

N O S O T R O S

EL SENTIDO FAUSTICO

EN una reciente conferencia tocóme comentar el Fausto, tras audiciones de los dos más grandes músicos de su misma nación, contemporáneos de Goethe y autores de los comentarios musicales que con más intensa y honda afinidad han interpretado ciertos aspectos de su lirica.

Por los primeros tiempos de la 9ª Sinfonía de Beethoven pasa el soplo anhelante de la inquietud fáustica, que, según Wagner, habría inspirado sus mejores pasajes. Las más bellas canciones de Goethe son inmortales y universales por la música de Schubert, que lleva directamente a todas las almas, sea cual fuere el idioma en que piensen, la emoción lírica casi intraducible en palabras de idiomas extraños.

Y bien: por una ironía amarga que sugiere cómo la obra del genio cobra existencia propia, independiente de su personalidad, Goethe repudió las canciones que Schubert le dedicara con ferviente admiración en copia autógrafa, y le horripilaba la música del hoy y siempre divino Beethoven, en la que sólo hallaba desorden, confusión y exageraciones estridentes.

De igual manera, el hombre moderno, en la agitación de su vida y su aspiración sin freno la antitesis de la equilibrada armonía clásica con que Goethe construyó su propia vida, es quien está dando todo su sentido a la creación magna de Goethe.

No deseo abordar sistemáticamente el asunto porque sin un desarrollo desmesurado serían sólo enunciados abstractos, un seco esqueleto. Más conducente considero destacar con breves co-

mentarios fragmentos de los puntos más salientes, en su texto original, porque tienen el relieve palpitante de la realidad, que siempre sugiere por sí misma, directamente, una imagen más clara del conjunto.

El Fausto es en cierto modo una obra autobiográfica; en su primera parte, por lo vivida; el segundo Fausto como una serie de símbolos de ideales en acción. Por eso mismo es universal, por ser compendio del espíritu más universal que haya existido hasta ahora.

Al hacerse compendio de una gran vida, el Fausto lo es de todas las vidas humanas, por la dolorosa chispa divina de la inquietud creadora, chispa divina que el diabólico espíritu de negación atiza sin cesar, "queriendo siempre el mal", con el resultado de "crear siempre el bien". En este "movimiento dialéctico", intuído por Goethe mucho antes que lo inventara Hegel; en este rasgo que no he encontrado puesto de relieve por los comentaristas en su analogía hegeliana, se resume el Fausto.

Ya desde las primeras frases del prólogo, en el cielo, en el diálogo de Mefistófeles con Dios, éste expresa en un verso uno de los conceptos más fundamentales de todo el poema. En mi traducción del primer Fausto dice así, en respuesta al pedido de autorización de Mefistófeles de tentar a Fausto, y a su jactancia de que conseguirá desviarlo:

Mientras aspira, el hombre yerra.

Al terminar su diálogo con Mefistófeles, se completa el pensamiento en las siguientes palabras con que el Señor le despide y luego se dirige a sus ángeles:

Fácilmente, a la espera de un reposo completo,
La actividad del hombre se aletarga;
Entonces a su lado bien venido el sujeto
Que le azuza y le agita.
Y como un diablo a proceder le incita.
Mas vosotros, los hijos auténticos del cielo,
Goza de la belleza viviente en derredor!
El devenir eterno de infatigable anhelo
Tienda hacia vos los lazos del amor!
Y lo que flota vago en el momento
Lo fijaréis en perdurable pensamiento!

El punto de partida de la tragedia fáustica es la inquietud despertada en el héroe al llegar más o menos a la edad de 50

años (y no a la edad propecta de los malos libretistas de ópera). La expresa en el sentimiento de haber malogrado su vida en estudios meramente librescos, en el magnífico prólogo inicial de la tragedia. Citaré la primera frase, que todos los alemanes cultos saben de memoria en el original:

He estudiado, ay! filosofía,
 Medicina, jurisprudencia,
 Y también, por desgracia, teología,
 A fondo, con ardiente persistencia;
 Y hème aquí, pobre majadero,
 Tan en ayunas hoy como el día primero!

La actitud de Fausto no es negativa. Ya desde el comienzo expresa su anhelo, todavía no definido, de algo superior, en este magnífico apóstrofe del mismo monólogo, ante la luna llena:

Ah! si subir pudiera hasta la cumbre
 Por el camino de tu suave lumbrel
 Flotar sobre el abismo con los genios alados,
 Tejer tu azul crepúsculo en los prados,
 Y libre de sabihondo desvarío
 Bañarme de salud en tu rocío!

En cuanto a la forma cómo el "espíritu travieso" comienza a actuar, cuando Mefistófeles consigue introducirse en la pieza de Fausto y éste le exige que explique quién es, Mefistófeles contesta con una frase, también famosa por su hondo sentido:

De esa fuerza soy parte
 Que siempre quiere el mal pero siempre el bien crea.

Es decir: el espíritu de negación de todo lo excelso, de toda vida, en su lucha por destruirla sólo consigue exaltar el bien por la reacción que produce en la inagotable fuerza inmanente de la propia vida. Fausto no tarda en comprender cuán vana es la lucha del espíritu de negación, y le dice:

Y por tal modo opones al eterno
 Al saludable esfuerzo creador,
 Frio puño que surge del Averno
 Y en vano crispase traidor!

A primera vista hay una contradicción entre esto y el hecho de que, sin embargo, Fausto llegue a aceptar el pacto con el diablo. Ello se debe a que en el propio Fausto luchan dos almas enemigas, como él mismo lo explicará más adelante:

... Dos almas ¡ay! conviven odiándose en mi pecho.
 Es una de ellas indomable potro
 De voluptuosidad que ávido aferra
 Sus cascos, como garras, a la tierra;
 La otra huyendo del polvo tiende el vuelo
 Hacia el Eliseo de los Grandes...

Si Fausto realiza el pacto con Mefistófeles es sólo en un desesperado esfuerzo para arrancarse de la prisión libresca en que se ha encerrado, para vivir la vida en su máxima intensidad y hondura.

Por eso rechaza de antemano las satisfacciones puramente materiales que Mefisto le ofrece para hundirlo en ellas. Le requiere, por el contrario, realizaciones que le dejen constantemente insatisfecho, y más que eso, que le inciten a aspirar con mayor anhelo hacia otras superiores. Eso no puede comprenderlo Mefistófeles, no puede creerlo, y se mantiene en la ilusión de que llegará a conseguir su propósito. Pero Fausto le dice:

¿Qué puedes darme, pobre diablo? Quién podría,
 De tu linaje, comprender un día
 La excelsa aspiración del alma humana?
 ¿Tienes acaso el alimento
 Que a quien lo toma deja hambriento?
 ¿Tienes acaso un oro vivo
 Que en la mano es azogue fugitivo?
 Tienes un juego en que jamás se gana?
 Doncella que en mis brazos toda halago y cariño
 A mi rival prométese de un guiño?
 La gloria, de los dioses dilección y congoja,
 Que, meteoro fugaz, desaparece?
 Muestra el fruto podrido desde antes que se coja
 Y el árbol que incansable se marchita y verdece!

Este punto ha sido en mi entender traducido equivocadamente, en sentido inverso, por todos los otros traductores. Entiendo que la interpretación que yo doy es la exacta, por la coherencia con lo que sigue. Mefistófeles le contesta irónicamente que también puede ofrecerle semejante lindeza, si le gusta, pero vuelve a incitarle a los goces materiales. A ello contesta Fausto, y Mefistófeles acepta estrechándole la mano cuando Fausto se la tiende para el pacto:

Si me tendiera en perezoso lecho
 Encuentre al punto en él mi perdición!
 Si llegara a sentirme satisfecho
 De mí por tu falaz adulación,

Si me engañas con goce sobrehumano,
Que sea aquél mi último día!
La apuesta ofrezco.

Mefist.

Choca!

Fausto

Mano a mano!

Si a un instante dijese:
Eres tan bello! Permanece!
Podrás encadenar el alma mía
Y acepto hundirme en el abismo incierto!

Antes de traducir este poema yo he escrito en un ensayo filosófico que: "la vida es lucha por la lucha misma; detenerse es morir". Tal vez estuvieran latentes en mi memoria las lecturas juveniles del Fausto. Porque al cerrar el pacto y observarle Mefistófeles que debe pensarlo bien, porque no podrá eludir su promesa, Fausto le dice:

Es tu derecho. No procedo
Con frívola improvisación;
Si me detengo, exclavo quedo:
Qué importa entonces el patrón?

La dualidad de sentimientos opuestos que sacude a Fausto se expresa sin embargo casi en seguida en el siguiente monólogo, en magnífico arranque lírico:

Las pasiones ardientes en la más voluptuosa
Profundidad vayamos a abrevar!
Intacta aún la magia de sus velos,
Milagros inauditos descubre a mis anhelos!
Lancémonos del tiempo al torbellino!
Todo lo que acontezca nos arrastre en su sino!
Que el éxito, el fracaso,
El dolor, el placer, toda emoción,
Alternen como puedan, al acaso:
Solo se afirma el hombre con incesante acción!

¡Pero Mefistófeles vuelve a la carga con su insinuación de las pequeñas lujurias, y Fausto exclama:

Lo oíste!... La alegría no cuenta para nada...
Al extravío me consagro, al doloroso
Placer, al odio enamorado, y al reposo
Que fatiga. Mi pecho, curado de la ciencia,
Queda ahora abierto a todos los dolores.
Lo que es multivaga experiencia
De toda la especie mortal

Lo habrán de concentrar mis mundos interiores,
 Alcanzará mi espíritu lo más alto y más hondo,
 Lucharán en mi seno todo el bien, todo el mal;
 Y así mi propio ser, de humanidad gigante,
 Como ella al fin zozobrará en el fondo.

Creo esto suficiente para poner de relieve con cuánto fundamento el sociólogo e historiador alemán Spengler ha llamado a la época moderna la época fáustica.

La primera transfiguración de Fausto no se debe a que se haya rejuvenecido materialmente, con el brebaje que le hizo beber Mefistófeles en la cueva de la bruja, sino solo subjetivamente. Mefisto cree hacerle tomar un poderoso afrodisíaco. Para Fausto el brebaje es una ceremonia tonta e inútil. La transfiguración es producida en realidad por haber visto reflejado en el espejo mágico de la cueva la imagen de la belleza inmortal: Helena de Grecia.

Despertado Fausto a la vida libre y abierto al amor, se apasiona por Margarita a primera vista.

Margarita es un personaje relativamente fugaz en el gran poema, pero está delineada tan maravillosamente en su ternura, su delicadeza, su finura intuitiva y su feminidad absoluta, que harto justificadas aparecen las palabras con que termina el segundo Fausto, redactado 30 años después de terminada la primera parte: "el eterno femenino".

El primer impulso de Fausto hacia Margarita ha sido pasional, casi fisiológico. Pero al penetrar en secreto en el cuarto de Margarita, la personalidad de la virgen adolescente se manifiesta tan clara en todos los detalles que sus sentimientos se transforman.

El amor puro, casi místico, en lucha con el violento impulso pasional, induce a Fausto a aislarse en la selva, alojándose en una caverna. A solas con la naturaleza, se impregna de panteísmo primario y cree tranquilizada su pasión. Pero comprende que esta paz no puede durar: es el admirable monólogo en invocación al espíritu terrestre, en endecasílabos blancos del más puro corte clásico, que termina con los siguientes versos:

Y así me precipito del deseo
 Al goce, y en el goce me consume
 Del deseo que sacio la nostalgia.

La pasión sigue su curso fatal. La astucia diabólica consigue que, además de llevar a su perdición a una niña de 14 años, que mata al hijo de sus entrañas, ella mate también a su madre con el narcótico que le dió Fausto para que no interrumpiera sus amores. Y Fausto se hace también involuntariamente homicida del hermano de Margarita.

Margarita, encarnación del amor y del anhelo de bien, encarcelada y condenada a muerte, se niega a dejarse raptar por Fausto con los caballos mágicos de Mefistófeles. Lo rechaza con horror, y se rinde a la justicia divina. Fausto no puede sino abandonarla a su destino, porque él todavía no ha ascendido a esa esfera. Con esto termina la primera parte.

El segundo Fausto, que Goethe terminó ya octogenario, es en su forma la antítesis del primero, pero en él también se expresa, por complicados símbolos muchas veces harto oscuros en una primera lectura, la expansión progresiva de la personalidad a través de una serie de transfiguraciones determinadas por las alternativas de su vida.

El episodio más magnífico y de más excelso simbolismo es el de Helena de Troya, semiresucitada para realizar la unión del espíritu clásico y el espíritu romántico, por el amor.

Todos esos episodios no hacen sino presentar, bajo aspectos y símbolos diferentes, la misma lucha expuesta desde la iniciación en fases de desarrollo progresivo hacia mayores alturas. En la primera nota de las *Paralipomena* se documenta que Goethe complicó y oscureció intencionalmente al segundo Fausto.

Al final, Fausto, en la extrema vejez, señor de vastas tierras ganadas al Mar del Norte por un sistema de diques y desagües, ya enceguecido por las parcas, no ceja, y ordena nuevas obras para realizar un inmenso plan de instalación de todo un pueblo, que templado por la lucha diaria contra los elementos, construya una sociedad libre e inagotable.

Hay en ese final versos admirables en el original, que he intentado traducir, consiguiendo una forma que me parece muy deficiente, pero ellos resumen la realización suprema a que ha aspirado Fausto a través de todas sus demasías y de sus transfiguraciones, y que previó fuera su muerte al fijar la condición fun-

damental de su pacto (que lo fué de lucha) con el espíritu de destrucción:

He aquí la ley final de la sabiduría:
 Consigue libertad, como la vida,
 Sólo el que a diario debe conquistarla.
 Y así, rodeada siempre de peligro,
 Larga será, y fecunda, la existencia.
 Quisiera ver tal multitud activa:
 En suelo libre en medio a un pueblo libre.
 A tal instante al fin decir podría:
 Eres tan bello, permanece...
 La huella de mis días terrenales
 No horrarán los siglos de los siglos...
 Presentir una dicha tan excelsa
 Me exalta ahora hasta el supremo instante.

(Cae muerto)

Quiere decir entonces, que el sentido fáustico, si fuera posible resumirlo en pocas palabras, es el ideal de la construcción de una sociedad humana solidaria para crear la libertad, que sólo se consigue en constante lucha para superarse, a través del error y las pasiones, lo mismo que es lucha la vida material; y la realización, siquiera en espíritu, de esa obra histórica de emancipación integral es el instante supremo que puede ofrecer la vida a la humanidad.

AUGUSTO BUNGE.

EL PROBLEMA UNIVERSITARIO ARGENTINO

YA tenemos nuevas autoridades y nuevo estatuto; pero cuando creíamos despertar de una pesadilla, después de varios años de desasosiego, resulta que también esta vez, ¿cuántas van ya,? uno y otras son provisionales. Se anuncian huelgas, se teme otra intervención, se desvanece el fantasma para reaparecer después, no se trabaja seriamente; la Universidad argentina no marcha todavía. ¿Desde cuándo y hasta cuándo? Los espíritus conservadores más simplistas fijan la nefasta fecha de 1918, que turbó la paz octaviana, iniciando esta era de inquietudes; pero, en realidad, la Universidad argentina fué siempre mera escuela de profesionales; como organismo propulsor de alta cultura y creador de Ciencia, no marchó nunca por el camino que le trazaron algunos de sus hombres superiores como Gutiérrez, Burmeister y González; aquel movimiento reformista fué siquiera un intento de vitalización, aunque en gran parte fracasado por sus propios excesos.

Mientras el agricultor, el industrial y el ganadero arrastran vida difícil, rayana a veces en la indigencia, y la múltiple losa de los impuestos gravita con su pesadumbre sobre las clases productoras, ¿es mucho exigir que rinda frutos proporcionados esta inmensa planta que muchos juzgan parasitaria, y que el tronco debilitado ya no puede soportar?

Los actuales momentos de desorientación obligan a opinar a propios y extraños diciendo cada cual su leal saber y entender; y es deber de gratitud hacia un país hospitalario contribuir siquiera en mínima parte a su progreso aun con la seguridad de merecer la repulsa de ambos contendientes.

I.—El frenesí electoral

Menudean los artículos y folletos de *re universitaria*; casi todos los que no tienen carácter personal se ocupan exclusivamente del mecanismo para las elecciones; se presentan varios proyectos de ley y apenas si tratan más que de elecciones; he aquí los goznes sobre los cuales parece girar todo el problema universitario. Analicemos, pues, objetivamente el funcionamiento de ese mecanismo.

En vísperas de elecciones, y a veces con antelación de meses y aun de años, dando algunos linceos universitarios pruebas de telescópica visión, que enfocada hacia la investigación científica daría frutos extraordinarios, se reúne la tertulia de un profesor influente, dispuesto al sacrificio y redacta una carta circular anónima, o bien prescinde de ella, y se pone con todo ardor a trabajar la candidatura. Con frecuencia el grupo madrugador obtiene plácidamente el premio a su actividad y la candidatura en que se propone a sí mismo alcanza éxito rotundo y hasta unánime. ¿Quién es el valiente que osa tachar en la lista algún nombre indeseable, a riesgo de que los hábiles electoreros descubrieran al autor de la ofensa personal, y menos hoy en que los votos son firmados?

Otras veces hay lucha reñida entre varias listas y entonces alcanza cada voto su máxima cotización. Parecería natural que esta diversidad fuese reflejo de las discrepancias ideológicas; que cada lista representase un programa y que cada grupo publicase su plataforma electoral; así suelen hacer los estudiantes para las elecciones de autoridades de sus centros; pero los profesores nunca: sus partidos parecen todos personalistas. ¿Cuál es entonces el terreno en que se desarrolla la lucha electoral? He aquí la contestación publicada por un distinguido universitario argentino, buen conocedor de toda la tramoya: "los procedimientos electorales descansan principalmente sobre promesas, halagos, empleos, amenazas, complacencias, etc. Alentada y realizada en gran parte por políticos de pésima escuela, la reforma universitaria parece que tendiera a desalojar de los altos institutos de enseñanza los nobles ideales de la docencia para reemplazarlos por vulgares apetitos de figuración y predominio personal".

Dejemos a su autor la responsabilidad de sus juicios; lo que

si puede observar cualquier espectador es que tras la reñida lucha suele venir como corolario obligado la reforma del plan de estudios, la supresión de alguna cátedra o puesto rentado, el desdoblamiento de otros, etc.; y el votante ingenuo se ve sorprendido por el inesperado programa legislativo que sus candidatos guardaban *in pectore*.

Un observador superficial de esta perfecta reproducción del panorama político en el pequeño escenario de la Universidad, vería solamente la aplicación del principio jurídico: justo es premiar los esfuerzos en pro del triunfo y justo es también dar la merecida sanción al enemigo. Y puesto que la venganza es placer de dioses, ese espectador superficial no vacilaría en calificar de semidivinos a ciertos consejos directivos. En efecto, la escueta aplicación del viejo principio *hinter hoc propter hoc*, llevaría a establecer una sorprendente relación de causa a efecto entre fenómenos inconexos. La inasistencia a un banquete, un saludo friamente retribuido, una frase despectiva sobre un colega que al cabo de los años llega a consejero influyente, vienen a veces seguidos, tras laboriosa gestación, de una grandiosa reforma del plan de estudios; la cual, a fin de cuentas, deja todo como está, excepto al autor del hecho, que él mismo tenía ya olvidado en el desván de los recuerdos. Y todo ello realizado con guante blanco, tramitado irreprochablemente, con todos los sacramentos burocráticos.

Y el observador superficial llegaría con su lógica infantil a esta conclusión hiriente y maliciosa: ¿se comprende ahora porqué son tan reñidas las luchas electorales universitarias?, ¿porqué son tan codiciados los cargos de consejero y en grado máximo el de Decano, que confiere amplísimos poderes, da prestigio, crea instantáneamente amigos y aun admiradores y hasta produce emolumentos nada despreciables?

Adoptar tan simplicísimo punto de vista sería empequeñecer el problema, el cual, sin ofensa para nadie, tiene una sencilla explicación humana. En la lucha por el poder hay a veces propósito de granjería, pero también se da con frecuencia el noble afán de organización, el sano propósito de elevar a los que se juzga más capaces y de postergar a los que se considera incompetentes, juicios que suele nublar la pasión; y entre ambos polos está casi siempre, como único acicate para la lucha, la simple

voluptuosidad del poder. Quien una vez lo gozó y pudo notar cuan entusiastas adeptos ganaban todos sus planes, llega a creer de óptima buena fé en la genialidad de sus ideas y procura con férvido entusiasmo plasmarlas en la realidad.

Estamos convencidos de que las máximas injusticias cometidas en la Universidad han sido errores de apreciación por apasionado desconocimiento. Impera en ella un evidente régimen de nepotismo, pero la falla no reside en los hombres que lo practican, sino en el sistema que lo permite y estimula.

En ciertas universidades provincianas este régimen tiene doble carácter: personal y local. Bajo el lema de proteger a los egresados de la casa, se va organizando una familia a la que no tienen acceso los competentes de sangre extraña. El trato diario va tejiendo una tupida tela de afectos e intereses mutuos, impenetrable a la entrada de los más capacitados para la enseñanza y la investigación. El presupuesto universitario se administra como un patrimonio familiar, olvidando que la institución se llama nacional y se nutre de rentas generales.

Pero tampoco debemos rasgar nuestras vestiduras y dirigir acres calificativos a quienes así proceden; sabido es que los lazos de amistad y la voz de la sangre son mucho más fuertes que toda justicia, sobre todo si no están contrapesados por una altísima competencia que permita contemplar la injusticia en toda su magnitud, refrenando los impulsos del instinto. No censuremos, pues, a los hombres, sino al Estado, que organizó las universidades en cotos cerrados, bien al contrario de casi todas las demás, que buscan fuera de sí mismas elementos capaces de juzgar con sólido conocimiento y sin pasión a los elementos que deben llamarse para integrarlas. Existe ciertamente alguna excepción, como por ejemplo Alemania; pero el espíritu de emulación entre sus diversas universidades las lleva a buscar con afán las máximas y menos cercanas capacidades, aun sin recurrir a jueces extraños; y el contrapeso de la tradición científica obliga hasta a los menos idealistas a no traicionar a la Universidad de cuyo prestigio multiseccular ante el mundo se consideran guardianes. Y sin embargo, con el sistema electoral argentino pronto se desmoralizarían.

Pero todavía hay otras causas que vienen a complicar el problema, simples reflejos del problema social argentino, mucho más

grave que en otros países; porque no solo se trata de una lucha de clases, sino también de una lucha de castas.

El primitivo estatuto de 1874 establecía un gobierno en cierto modo hereditario; era lógico que los dueños del país lo fueran también de la Universidad; al implantarse el gobierno electivo se llevó al palenque universitario la lucha entre la clase patricia y la inmigrante; entre los hijos de los colonizadores y los hijos de su propio esfuerzo; y éste es justamente el carácter que tiene la batalla en algunas facultades, las únicas donde el problema es realmente grave. En las demás se trata simplemente de un pugilato entre grupos de profesores y centros de estudiantes por la voluptuosidad del poder.

Siendo imposible extirpar aquella causa, parece que sólo hay una solución para poner fin al espectáculo: quitar la ocasión y el estímulo para la lucha, retirando el tablado y el trofeo. Colóquese un *ring* en el sereno ambiente de Göttingen o de Cambridge y pronto veremos entre los sesudos profesores escenas de pugilato, sin duda diferentes de las criollas, pero igualmente lamentables. Problemas sociales, religiosos, políticos o simplemente personales, que hoy latan silenciosos bajo el armónico ritmo de la labor científica y docente, se exacerbarían en el fragor creciente de la lucha y llegarían fatalmente a obsesionar los espíritus, apartándolos poco a poco de la investigación, que hoy ocupa el primer plano. ¿Qué extraño es, pues, que aquí acontezcan tales cosas, donde apenas si existe en esbozo este primer plano del paisaje universitario?

Las elecciones de autoridades llenan entre nosotros el ámbito académico; y tan reiterado funcionamiento ha engendrado la convicción de que la institución de los consejos y las consiguientes elecciones son consustanciales con la vida universitaria. Razona ingeniosamente Jeans en su último libro cómo un marinero rústico puede llegar a creer que el Universo está hecho para que él pueda construir nudos; y cualquier espectador nada rústico puede llegar a creer que la Universidad ha sido creada exclusivamente para que en ella haya elecciones. Como emblema debiera adoptarse este doble artefacto, casi desconocido en las demás escuelas del orbe: el bolillero y la urna.

Quizás hacemos para muchos un descubrimiento si declara-

mos que los consejos de Facultad son un producto de industria nacional; que su origen radica quizás en una errónea traducción del francés y que el problema universitario argentino es mucho más sencillo de lo que parece.

II.—El sistema de gobierno universitario

La Reforma, la traída y llevada Reforma, vino en buena hora a poner fin al régimen oligárquico de las facultades, gobernadas por las famosas academias, “verdaderas camarillas que se integraban a sí mismas” según conocida definición. ¿En qué país se inspiró la creación de estos organismos? En la organización universitaria francesa la academia no es una selección de personas, sino una integración de centros que forma un distrito en torno de una universidad y no es creíble tamaño error de traducción; lo más probable es que su origen resida en las academias de carácter científico, creadas con excelente criterio por el benemérito Burnmeister en Córdoba, que pronto degeneraron en comisiones administradoras de las facultades.

Los consejos de profesores, elegidos por todo el cuerpo docente, significaron sin duda un considerable progreso respecto de aquellas academias, restos del patriarcado colonial, y otro avance democrático fué la intervención de los estudiantes en las elecciones; pero hay otro sistema de gobierno mucho más democrático, que es el vigente en Alemania, Inglaterra, Francia, Italia, España... y tantos otros países, donde el órgano de gobierno de cada facultad es el claustro o asamblea en pleno de todos los profesores, con o sin asistencia de representantes de los estudiantes.

Tan sencillo sistema extirparía de raíz la llamada política universitaria o al menos suprimiría las elecciones, quedando relegadas éstas a los centros estudiantiles, para la selección de sus representantes.

Repasamos la organización de las universidades de los países que más pesan en el mundo y si bien encontramos en varios un cuerpo análogo a nuestro Consejo Superior, ni por excepción podemos encontrar nada paecido a los consejos de Facultad, inventados en el estatuto del Gobernador Acosta, que siguen dividiendo a los profesores en dos castas, con los frutos ya conocidos.

En Francia existe ciertamente además de la *Assemblée de la Faculté* el *Conseil de Faculté*, pero está formado por *todos* los profesores titulares y *todos* los profesores adjuntos; la sola diferencia estriba en que no figuran en él los encargados de cursos y los maestros de conferencias, que tienen acceso a la asamblea general.

En Inglaterra, además de la *convocation* o claustro extraordinario, que se compone de *todos* los graduados superiores de la Universidad, y que interviene en las elecciones de personal y otros asuntos internos, el gobierno de las facultades lo ejerce el *Senat* formado por *todos* los profesores numerarios.

En Alemania la *Fakultät* o claustro de profesores y el *General Konzil* o el *Konsistorium* o el *Akademische Konzil*, según las diversas universidades; pero en todas ellas este gran senado o claustro general está integrado por *todos* los profesores ordinarios y en algunas entran además los extraordinarios efectivos.

En España tampoco existen ni existieron los consejos de Facultad; el gobierno reside en el claustro formado por *todos* los profesores y delegados estudiantiles de cada facultad, que ratifica los acuerdos de los claustros de las diversas escuelas, cuando existen dentro de ella y para los asuntos de índole general funciona el claustro general de todos los profesores titulares y auxiliares de las diversas facultades, con la colaboración de delegados estudiantiles.

La organización norteamericana es algo distinta y varía de unos a otros estados. Mientras en Yale, California (Berkeley) y otros estados el profesorado es elegido por el cuerpo docente en pleno, previa una ponencia técnica, en otras la organización es análoga a la de una gran empresa industrial en que todos los hilos están en manos del gerente general, que en este caso es el presidente, quien busca el concurso de las máximas competencias para responder dignamente a la gravísima responsabilidad moral que gravita sobre su investidura.

No pretendemos en modo alguno al hacer esta sucinta reseña, que aquí se copie la organización de ningún otro país; aunque parece razonable que los tipos modelados por altísimas mentalidades y perfeccionados en el decurso del tiempo merecen siquiera la consideración debida a todos los frutos de mentes superiores

y de larga experiencia, frente a toda improvisación de hombres nada geniales, siendo además bastante probable que las ideas y métodos que en todo el mundo prosperan y se acreditan como buenas, habrían de tener aquí análoga eficacia. Prescindamos, pues, de tales modelos y analicemos lógicamente por qué aquí, como en otros países y quizás más que en ellos, es preciso y hasta perentorio establecer algo análogo en su esencia, aunque pueda diferir en su forma.

III.—Dos teoremas acerca de los consejos

La lucha electoral para la conquista del poder académico es un espectáculo único y parece una creación argentina. Admitamos el sistema y veamos que éste no ofrece en modo alguno garantía de que sean elegidos los mejores; pero supongamos el máximo acierto en la elección, postulemos todavía la absoluta integridad moral sobre la más honda competencia y veamos que no es posible que los consejos académicos elegidos a la manera argentina puedan desempeñar honestamente su cometido.

La primera parte de nuestra afirmación es casi un teorema físico y su demostración es innecesaria para los versados en cualquier ciencia estadística. El sistema democrático, esto es, la elección de los gobernantes por la propia masa gobernada, se basa en el principio de compensación que neutraliza las pasiones, los apetitos e intereses personales, en virtud de la ley de los grandes números. Cuando estas desviaciones del ideal abstracto son infinitamente numerosas, y en todas las direcciones posibles y contradictorias, la propia complejidad engendra por compensación una resultante armónica y una media equilibrada; tanto más armónica y equilibrada cuanto mayor sea aquella complejidad, esto es, cuanto mayor sea el número de los individuos componentes.

Este es el fecundo principio en que se apoyan hoy en día las ciencias de la naturaleza; pero aplicar este sistema basado en un principio estadístico a pequeñas colectividades, sean moléculas o ciudadanos o profesores, conduce irremediabilmente al predominio del libre albedrío de unos entes sobre los otros, a una resultante tendenciosa y parcial, esto es, a un caciquismo. Impera por esto el caciquismo político en los pequeños pueblos y no

puede prosperar en las grandes urbes; y hay caciquismo en la liga de las naciones por ser éstas en número notoriamente insuficiente para que sea aplicable el principio de la ley estadística.

Pero hay otro factor, por si esto no fuera ya bastante para desechar el sistema electoral académico; es una ley moral que el roce diario de las personas engendra inevitablemente, como en la clásica experiencia de Tales de Mileto, atracciones y repulsiones; por esto, bien al contrario de lo que acontece con los médicos, tanto más eficaces cuanto más cercanos al enfermo, los mejores jueces son los más lejanos.

Súmense entrambas causas, la exigüidad de la colectividad votante y la intimidad del ámbito social en que viven sus individuos; agréguese todavía a los sentimientos humanos los específicamente académicos (envidias, competencias profesionales, celos científicos...) y quedará sobradamente explicado el bien acreditado fracaso del sistema electoral vigente en las universidades argentinas y de cualquier otro análogo, para la selección de esas pretendidas aristocracias o consejos.

Pasemos ya a nuestro segundo teorema, admitiendo que por milagro providencial haya elegido cada facultad a sus miembros más competentes, a los más puros y desinteresados, y que tales consejos ideales se consagren abnegadamente al gobierno de la grey universitaria. Pero inmediatamente surge una dificultad: los consejos son en todas las facultades, y en grado sumo en la de Ciencias exactas, físicas y naturales y en la de Filosofía y Letras, es decir, en las dos facultades más universitarias, entidades heterogéneas y no técnicas en ninguna ciencia determinada; heterogeneidad que se agudiza en la facultad primeramente citada, bajo cuyo título netamente científico funcionan las dos escuelas técnicas que le dan su máximo contingente: la de Ingeniería y la de Arquitectura, que ya debieran gozar de vida autónoma organizándose en escuelas técnicas, o si se prefiere en facultades independientes de los doctorados en Ciencias.

Siendo, pues, los consejos de facultad agrupaciones mixtas, no competentes en ninguna ciencia determinada, su misión, caso de que se haga cuestión de amor propio el sostenerlos, para separarse del sistema universitario universal, no debe salirse ni una pulgada de la zona de cuestiones generales, (administrativas, dis-

puede prosperar en las grandes urbes; y hay caciquismo en la liga de las naciones por ser éstas en número notoriamente insuficiente para que sea aplicable el principio de la ley estadística.

Pero hay otro factor, por si esto no fuera ya bastante para desechar el sistema electoral académico; es una ley moral que el roce diario de las personas engendra inevitablemente, como en la clásica experiencia de Tales de Mileto, atracciones y repulsiones; por esto, bien al contrario de lo que acontece con los médicos, tanto más eficaces cuanto más cercanos al enfermo, los mejores jueces son los más lejanos.

Súmense entrambas causas, la exigüidad de la colectividad votante y la intimidad del ámbito social en que viven sus individuos; agréguese todavía a los sentimientos humanos los específicamente académicos (envidias, competencias profesionales, celos científicos...) y quedará sobradamente explicado el bien acreditado fracaso del sistema electoral vigente en las universidades argentinas y de cualquier otro análogo, para la selección de esas pretendidas aristocracias o consejos.

Pasemos ya a nuestro segundo teorema, admitiendo que por milagro providencial haya elegido cada facultad a sus miembros más competentes, a los más puros y desinteresados, y que tales consejos ideales se consagren abnegadamente al gobierno de la grey universitaria. Pero inmediatamente surge una dificultad: los consejos son en todas las facultades, y en grado sumo en la de Ciencias exactas, físicas y naturales y en la de Filosofía y Letras, es decir, en las dos facultades más universitarias, entidades heterogéneas y no técnicas en ninguna ciencia determinada; heterogeneidad que se agudiza en la facultad primeramente citada, bajo cuyo título netamente científico funcionan las dos escuelas técnicas que le dan su máximo contingente: la de Ingeniería y la de Arquitectura, que ya debieran gozar de vida autónoma organizándose en escuelas técnicas, o si se prefiere en facultades independientes de los doctorados en Ciencias.

Siendo, pues, los consejos de facultad agrupaciones mixtas, no competentes en ninguna ciencia determinada, su misión, caso de que se haga cuestión de amor propio el sostenerlos, para separarse del sistema universitario universal, no debe salirse ni una pulgada de la zona de cuestiones generales, (administrativas, dis-

ciplinarías, etc.) ni invadir campos inaccesibles para los no versados en una u otra disciplina científica. ¿Y cabe cuestión más estrictamente técnica, ni que exija mayor especialización que la de elegir profesor para una ciencia determinada, ni problema de mayor trascendencia para la Universidad que su propia constitución, dependiendo de tal nombramiento su avance o su retroceso durante toda una generación? ¿Por qué arte de magia es posible pesar y medir escrupulosamente los conocimientos y publicaciones de los candidatos, sobre una ciencia que todos o casi todos los consejeros ignoran fatalmente o sólo conocen muy de lejos?

Que la valoración de varios especialistas en química se encomiende a la llamada "comisión de enseñanza", y que este tribunal se forme con un zoólogo, un arquitecto y un estudiante de ingeniería y que su dictamen sirva igualmente como juicio básico para discriminar sobre Geometría superior o sobre Física matemática, tiene un solo nombre que a muchos parecerá excesivo: es una monstruosidad. Y sin embargo, nos hemos acostumbrado tan lamentablemente a este sistema, que hasta llega a parecernos cosa razonable y natural. Bien es cierto que en tales dictámenes no se penetra en el vedado recinto de la competencia técnica, es decir, se olvida lo único o lo más importante que debiera tomarse en consideración; en cambio, se cuentan escrupulosamente los años de antigüedad, se compara el número y tamaño de los diplomas, se discute si tal candidato desempeñó en interinidad un mes o dos más que otro cierto curso más o menos análogo, y se presume que su desempeño fué excelente cuando los alumnos lo toleraron sin llegar a la protesta colectiva; en cuanto a la contribución original que cada candidato haya podido aportar a la ciencia en cuestión, siquiera sea de orden didáctico, aportación sin la cual no se permite el acceso a la cátedra universitaria en Alemania, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Italia y desde hace algún tiempo tampoco en España, o se deja de lado como cosa suntuaria y sin finalidad práctica, o se toman las publicaciones al peso.

Tan hondas raíces ha echado el sorprendente original sistema en nuestras costumbres, que hasta ha llegado a proponerse en un proyecto de ley recientemente presentado por un distinguidísimo universitario, que para la elección de profesores se integre el con-

sejo con profesores elegidos por *sorteo*. ¿Entre los de competencia más cercana? No; el sorteo se realizará entre los profesores más *antiguos* de la Facultad. La antigüedad en el cultivo del latín crea, por lo visto, automáticamente competencia en Geografía, en Historia, en Filosofía, en Antropología... ¿y porqué no también en Botánica y en Cirugía?

Pero no sería justo dejar al lector esta impresión sobre el proyecto aludido; porque en verdad puede asegurarse que en este punto es el mejor de todos los presentados. Ninguno de ellos se preocupa en lo más mínimo de este magno problema de la elección de profesores, sobre cuya importancia no cesaremos de insistir, al cual dejan exactamente como está; este proyecto, ya que no del aspecto técnico, se preocupa siquiera de la faz moral y no puede menos de reconocerse que el procedimiento aleatorio puede neutralizar algo la tendencia, quizás parcial, del consejo. Y no es necesario aclarar más el punto.

Tampoco sería justo dejar flotando esta palabra inmoralidad que tácita o explícitamente suele aplicarse a raíz de una terna discutida; los consejos académicos argentinos no son ni más ni menos morales que lo serían en otro país análogas agrupaciones, si las hubiera; y justamente por eso no las hay.

La moralidad o inmoralidad de los jueces es función de su competencia. Quien ignora o conoce de lejos la materia enjuiciada comete pecado venial al saltar por alto diferencias que no percibe o que considera insignificante; pero quien es capaz de contemplarlas en su verdadera magnitud será hombre carente de todo escrúpulo si a sabiendas las atropella, perjudicando conscientemente a la Universidad quizás por toda una generación. La lucha de la conciencia con el instinto puede simbolizarse por la batalla del arcángel contra el dragón; y el arma homicida es en este caso la competencia técnica.

El juez más íntegro obligado a calificar varios discursos en lenguas que no posee, tendrá que hacerlo fatalmente llevado por simpatías o antipatías, por el tono de voz o el ademán. Cabe, se dirá, que busque información ¿de quiénes? de otros que supone deben entenderlas; y lo supone porque otros lo dicen. Lo grave y por desgracia probable es que a veces esos otros tampoco la saben sino a medias y por añadidura son amigos o enemigos de

los examinandos. Y entonces, la honestidad del buen juez va derecha, inevitablemente, hacia la iniquidad; y va con la conciencia tranquila y la seguridad del acierto.

Resulta, pues, que la integridad incompetente es más funesta que la competencia medianamente moral; pues cabe perfectamente matar al dragón sin tener nada de angelical; lo improbable es la victoria de un arcángel inerme. Pero a mayor abundamiento tal integridad es imposible si el juez convive con los juzgados en la intimidad de un pequeño centro de estudios, como ya hemos procurado demostrar; pues, a pesar de todos los esfuerzos de abstracción, la conciencia será suplantada por la subconciencia, sin que el propio juez llegue a darse cuenta del verdadero motor de sus decisiones.

Repitémoslo una vez más: las máximas injusticias académicas que se comentan entre los del oficio son errores más que inmoralidades. No son graves los abusos, sino los usos.

IV.—Cómo deben elegirse los profesores

Veamos cómo proceden las universidades más famosas para evitar tales errores.

En Alemania, donde es amplísima la autonomía para la elección de profesores, se procura llamar a los que actúan en otras universidades, buscando siempre sangre extraña para completar los aspectos culturales que faltan o están mal representados en la propia, e infundirle nueva vida.

La fecundación de las inteligencias sólo es posible gracias a su diversidad; he aquí el secreto de la perenne juventud de aquellas universidades seculares. Este principio biológico, mucho menos absoluto en la zootecnia que en la psicotecnia, lo conocen y practican perfectamente los hacendados argentinos; pero en las casas de estudios se hace justamente lo contrario, de aquí el diverso prestigio que ambas fuerzas vitales del país gozan en el mundo.

Y a pesar de aquellas normas, ya consuetudinarias en las Universidades germanas, a pesar del enorme lastre de una vetusta tradición científica que dificultaría el arrastre de las Facultades por pasioncillas y apetitos, la autonomía de la Universidad para

la elección de sus profesores no es completa. ¿Por qué? La contestación del filósofo alemán Paulsen (1) es elocuente y deberían meditarla nuestros legisladores:

“Una elección por la Facultad sólo sería indudablemente desastrosa, pues abriría la puerta al dominio de escuelas y camarillas y a los intereses personales e intrigas”.

En casi todos los demás países se forman comisiones *ad hoc*, con profesores de diversas universidades y con especialistas ajenos a ellas, incluso a veces extranjeros, que estudian las publicaciones y someten a los aspirantes a pruebas de índole diversa.

Así deberá procederse en la Argentina para la provisión de cátedras; sobre todo de aquellas disciplinas en que no hay suficiente número de entendidos, convendría someter los trabajos al examen de eminentes especialistas extranjeros, cuyos juicios serían casi siempre más autorizados y exentos de pasión que los nacionales; sobre todo si los jueces elegidos no visitaron nunca el país y todavía mejor si no aspiran a venir a él. Mientras tanto, en un largo período de prueba de los candidatos, los estudiantes podrían formar juicio sobre sus dotes didácticas; y una comisión de técnicos nacionales, lo más numerosa y dispersa posible, nombrada en frío, es decir con antelación a la vacante, formularía la terna con votos razonados y firmados. Solamente por razones graves, a veces inconfesables, y con gran mayoría de votos, podría la asamblea de profesores (o el consejo si hay empeño en sostener esta absurda institución contra viento y marea) alterar el orden entre los propuestos o devolver la terna, pero nunca introducir nombres nuevos.

Quedarían así curadas de raíz y a la par dos graves enfermedades de nuestra universidad: la viciosa elección del profesorado y el frenesí electoral. La mejor curación de éste se lograría por vía quirúrgica, extirpando los consejos de Facultad; pero, aun suponiendo la supervivencia de este recuerdo de épocas pretéritas, caro a los tradicionalistas, al limitar de este modo sus poderes hoy inmoderados quedaría *ipso facto* desatado el nudo gordiano de toda la maraña electoral. Convertidos los codiciados cargos en pesadas cargas, la lucha entre reformistas y antirefor-

(1) Report of the Commissioner of Education. Washington, 1892.
16 ★

ristas cesaría automáticamente y los elementos hedonistas universitarios encauzarían sus energías por otros derroteros, siendo elegidos, por exclusión, los pocos idealistas capaces de trabajar por el bien común.

Pero de nada serviría arrebatar a los consejos y aun a la asamblea el arma del nombramiento para puestos rentados, si se les deja el medio de eliminarlos por el ingenioso procedimiento de la reforma del plan de estudios o de las economías en el presupuesto.

Para dignificar a la Universidad hay que dignificar al profesor, hay que darle como en los demás países garantías de independencia e inamovilidad. Hay que dificultar el acceso a la cátedra y también la separación de ella sin causa grave; y si la reforma de la Facultad es necesaria, es deber de ésta dar otra colocación al excluído; y si no la hay por el momento, pagarle como excedente forzoso hasta que la haya.

La cátedra universitaria ya no debe ser, como en los albores de la independencia, una ocupación suplementaria y una simple ayuda para el presupuesto casero; hay que profesionalizar a los docentes si se quiere elevar su nivel científico; y mientras razones económicas obliguen a los profesores a dispersar sus energías en ocupaciones heterogéneas, hay que ir creando gradualmente, por agrupación de disciplinas afines encomendadas a quien ofrezca garantía de consagración, los eslabones de la nueva universidad; y esto es factible sin modificar sensiblemente el presupuesto.

V.—Democratización de la Universidad

No hay razón ninguna para no confiar en un porvenir glorioso, parejo del ya alcanzado o vislumbrado por otros países jóvenes o rejuvenecidos. El entusiasmo con que la juventud argentina viene luchando con admirable tenacidad por ideales que considera salvadores y el innegable desinterés que inspira a casi todos ellos, es índice de lo que se puede esperar cuando esas fuerzas espirituales se encaucen adecuadamente.

Pero la organización actual realiza una selección basada en el privilegio económico y no en el de la inteligencia; el rendimiento de la máquina universitaria será máximo si depura su

primera materia; y esto nos lleva a otro problema de índole económica.

Los aranceles que la Universidad percibe en pago de sus enseñanzas no alcanzan ni con mucho a sostenerlas; y alcanzarían mucho menos si las instalaciones fuesen lo que debieran. ¿Parecerá justo que los estudiantes de familia adinerada mientras dilapidan en superfluidades sus cuantiosas rentas se beneficien indirectamente con esta obligada aportación a las cajas universitarias de los más humildes contribuyentes para que aquellos puedan recibir una enseñanza a precio inferior a su costo? No parece que sea idea muy avanzada la de exigir que cada uno pague en su justo precio lo que recibe si tiene medios sobrados para ello. Es justo exigirlo y hasta resulta desdoloroso para ellos el eludirlo.

Pero la sociedad tiene interés muy alto en que sus futuros técnicos, en cuyas manos han de poner sus miembros salud y bienes materiales, sean los más capacitados y no los más ricos; y en su propio egoísmo está el descubrir en todas las clases sociales a los jóvenes más inteligentes, ayudándolos en su carrera y estimulándolos por todos los medios a seguirla.

El subsidio con que el país entero contribuye a sostener la enseñanza superior, no puede tener otro significado moral sino estos dos y a entrambos debe dedicarse íntegramente: al sostenimiento de la investigación científica, empresa de honor para el país, que exige cuantiosas erogaciones, cuyo rédito se cobra a larga fecha; y al pago de becas a los estudiantes superdotados que carezcan de medios de fortuna, mediante una selección cuidadosa que ya debiera comenzar en la enseñanza primaria; cara organización de rendimiento seguro y casi inmediato.

No hemos inventado el sistema, pues ya existe en mayor o menor grado en casi todos los países. En Alemania, por ejemplo, además de las innumerables becas oficiales o particulares, todos los estudiantes que lo necesitan obtienen total exención de derechos arancelarios. La dificultad de implantarlo aquí es más bien de orden práctico que doctrinal; pero en marcha ya el impuesto a la renta, la solución se simplifica y perfecciona sobremanera: bastaría establecer un arancel diferencial en función de la renta de la familia y quizás también del número de hijos estudiantes; se podría por el momento conservar el escasisimo arancel actual

para la clase media y elevarlo con un sobrecañón progresivo para los sujetos al impuesto sobre la renta global, que comienza desde el ingreso líquido anual de 25.000 pesos; las rentas inferiores a una cierta cifra obtendrían gradual disminución, hasta la total supresión de pagos universitarios, y debajo de ese límite de gratuidad se crearían numerosísimas becas internas para los estudiantes que actualmente necesitan emplearse para subvenir a sus estudios, y para otros muchos que no tienen acceso a las aulas, becas combinadas con la colocación de los más avanzados en sus estudios en los numerosos puestos de ayudantes que deben crearse si se quiere acabar con la ficción didáctica actual.

Pero hay todavía otro sistema de ayuda a los estudiantes que lo merezcan y necesiten, el cual tampoco hemos inventado, pues se practica con éxito constante en algunos centros extranjeros y entre ellos en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Madrid. Es el sistema de los anticipos reintegrables que recibe el estudiante en los últimos años de la carrera, cuando estrecheces económicas le impedirían terminarla y no quiere o no puede obtener una beca. El subsidio se recibe bajo palabra de honor de reintegrarlo una vez que el ejercicio de la profesión le permita satisfacer su deuda con la escuela. La experiencia ha demostrado que este compromiso moral ata mucho más fuertemente que todos los documentos; y no sólo ha funcionado hasta ahora el sistema sin quebranto ninguno para el Estado, sino que el ciclo de evolución de los fondos destinados a este servicio permite sostenerlo sin más desembolso que el inicial, pues los nuevos anticipos se hacen con las sumas reintegradas por los egresados. La rutina egoísta verá sin duda graves peligros para las arcas universitarias; pero quien tan bajo concepto tenga de la seriedad ajena (que suele ser reflejo de la propia) se tranquilizará pensando en que tras la falta de cumplimiento el Estado argentino podría llegar a la anulación del diploma.

Otros sistemas existen para resolver conjuntamente el doble problema de la eficiente dotación de los servicios universitarios y el problema del reclutamiento de alumnos selectos, sin gravitar más que hoy sobre el presupuesto nacional y hasta llegando a emanciparse de esta tutela económica; tal es, por ejemplo, el impuesto a las profesiones, lógico modo de reintegrar un *déficit*

causado por los estudios y de pagar un privilegio social. La falta de espacio impide penetrar más a fondo en esta cuestión, quizás la más importante de todas.

VI.—Otros problemas universitarios

La Reforma, así con mayúscula, ha sido elevada a la etérea jerarquía de mito; se combate por ella o contra ella, sin saber a ciencia cierta en qué consiste lo reformado; los mitos no se analizan.

Reformistas y antireformistas viven obsesionados por el mecanismo electoral y estos días hemos visto cómo altas autoridades académicas muy discutidas han dado a la publicidad en forma articulada sus ideas sobre el problema universitario; debiendo agradecerles que hayan zanjado así la enojosa discusión, documentando espontáneamente su vacuidad. El propio estatuto universitario que el Poder Ejecutivo quiere convertir en Ley, presenta ideas muy felices y hasta nuevas en este ambiente, como piedras preciosas ocultas en el fárrago de las triquiñuelas electorales, las únicas que hasta ahora han merecido atención.

Sin embargo, ¿cuántos otros problemas capitales quedan abandonados al borde del camino, justamente los únicos que deberían formar el estatuto! Algunos hemos analizado en las páginas anteriores; enumeremos otros que dejamos intactos.

Ante todo habría de plantear el estatuto esta cuestión previa a toda otra: ¿qué tipo de Universidad conviene al país? ¿El tipo educativo inglés, el profesional de cuño francés o el científico de modelo alemán? El análisis detenido del problema nos llevaría probablemente a un tipo mixto y armónico que además de habilitar para las profesiones lucrativas, completase la deficiente educación de los escolares y fomentase la formación de pequeños focos de investigación científica. Vendría después el problema de la formación humanística como base de todo estudio superior y también paralela a él, pero no entendiendo las humanidades a la manera arcaica y limitada del Renacimiento, sino en un concepto integral más moderno, esto es, como organismo de ideas vitales y actuales, científicas, filosóficas e históricas. Como una

prolongación de la formación humana que debiera dar la enseñanza secundaria.

Y esto nos llevaría de la mano a estudiar la acción social que la Universidad debiera ejercer fuera de su ámbito y muy especialmente sobre sus egresados, sobre el profesorado secundario y primario.

Habría que estudiar también las organizaciones complementarias tan cuidadas en los países más cultos: residencias (los dormitorios de la Edad media), becas internas y externas, servicios médicos y hospitalarios para estudiantes y profesores, como ya existen en tantos países de rango variado.

Y así tantos otros problemas que nada tienen que ver con las elecciones, algunos de los cuales han sido analizados valientemente con clara visión y sano criterio por nuestro colega doctor Gaviola en el único estudio objetivo que conocemos sobre el problema universitario argentino.

JULIO REY PASTOR.

UN INMORALISTA ACTIVO

Pieza paradójal pero razonable

POR VÍCTOR JUAN GUILLOT

Symc. — “Una paradoja ofrece la ventaja de recordarnos una verdad olvidada. — CHESTERTON, *El hombre que fué jueves*.”

Personajes: VALMARI, ladrón. LEFFIN, abogado.

ESCENA PRIMERA

(En el silencio de la alta noche han sonado pausadamente dos campanadas. Solamente la soledad nocturna de un barrio aristocrático del norte permite esa difusión solemne y profunda de las ondas sonoras. Un gran salón biblioteca. Las paredes están cubiertas de estanterías con libros bien encuadernados. Hacia un ángulo, una mesa escritorio, sobre la cual luce un gran tintero ornamental, en cuyo centro un joven Napoleón de bronce medita sentado sobre un cañón. Algunos cuadros decoran los espacios libres entre las bibliotecas. Cómodos sillones y carpetas de alfombra suave y muelle. El decorado infunde una sensación de lujo y denuncia el propósito de ostentarlo. Dos balcones dan hacia un jardín situado al frente de la casa. Una de las aberturas se halla herméticamente cubierta por una pesada cortina. En la otra, la cortina está corrida y la celosía entreabierta. Por uno de los vidrios superiores de la puerta penetra ancha faja de luz plenilunar que cae sobre una butaca a cuyo lado se distingue una mesilla japonesa con adminículos de fumar. Se adivina en el exterior la serenidad magnífica de una noche de enero. Desde largas distancias llega el rumor de automóviles en marcha. Una persona sentada en el interior podría deleitarse contemplando sobre la verja del jardín el derrame pluvial de las ramas de un jazminero cubierto de miriadas de pequeñas y fragantes corolas. Apenas se ha extinguido la vibración de las horas una sombra se transparenta sobre los vidrios del balcón libre de cortinaje. Exactamente como en los “films” policiales. Se deja oír el crujido de una puerta violentada y alguien penetra en la estancia. El intruso detiénese un momento como para escuchar u orientarse. Pasea por las paredes el destello de una linterna eléctrica hasta que descubre la llave de la luz. Corre entonces la cortina y hace girar la llave, iluminando la habitación. Procede con la tranquilidad propia de quien está seguro de hallarse solo en la casa. Es un hombre de mediana estatura, delgado, vis-

tiendo ropas usadas pero pulcras y de buen corte. En rigor, su figura no disuena con el tono del sitio en que se encuentra. Hasta podría haber sido el señor de la casa. Aparenta unos cuarenta años. Su fisonomía de rasgos finos parece prematuramente envejecida por los pesares o la enfermedad. Su frente es notablemente alta y sus ojos denotan singular aplomo y dominio de sí mismo. Nada más desemejante a esos tipos de profesionales del delito que coleccionan los álbumes policiales. Avanza unos pasos hasta quedar casi en el centro de la pieza. Sus miradas se pasean curiosamente sobre las cosas que lo rodean. Se habla a sí mismo a media voz, sin preocuparse de ser oído. Se ve que el soliloquio es un hábito en él).

EL INTRUSO. — Bien, bien; creo que tampoco me he equivocado esta vez. (*Lanzando hacia los cuadros una mirada de experto*). Psch... aquí hace falta gusto... La cuestión es saber dónde está... (*Sus miradas se dirigen al ángulo que forman las paredes detrás de la mesa escritorio*). Lógicamente, allí. (*Reparando en la puerta que se abre a la izquierda de la misma mesa sobre las habitaciones interiores o el "hall"*). ¡Hum! Ahí estaría el riesgo si no fuera que ese riesgo no existe... siempre que no mienta la "Vida Social" de los diarios. Bueno. (*Hace mención de caminar hacia la mesa pero se acerca a una biblioteca cediendo a esa atracción que sólo conocen las gentes familiarizadas con los libros. Va leyendo los títulos, encogiéndose de hombros o haciendo gestos de aprobación. De pronto su semblante refleja sorpresa y satisfacción*). Es coincidencia... (*Se apodera de uno de los libros y se pone a hojearlo de pie al lado del mueble. Subconscientemente, busca mayor comodidad y acercando un sillón se sienta tranquilamente en él, quedando de espaldas a la mesa y, por consiguiente, a la puerta. Exhala un largo suspiro de alivio y queda abstraído, evidentemente olvidado del sitio y de la hora. Transcurren algunos minutos. El intruso continúa leyendo como si se encontrara en una biblioteca pública. Suena el cuarto de hora. La puerta vecina a la mesa escritorio se ha abierto calladamente y un hombre en pretenciosa "robe de chambre" y con una pistola automática en la diestra queda iluminado por la radiante luz de la araña. Es un tipo sólido, bien alimentado, en esa segunda juventud que parece sazónada por el bienestar. Un bigote áspero y corto endurece los rasgos demasiado curvos y blandos de su rostro. Detenido a espaldas del leyente lo mira con más asombro que temor. Se ve que está seguro de*

su pistola y de su puntería. Por lo demás, el aspecto del otro, hundida la cabeza entre los hombros puntiagudos, ofrece una apariencia de endebles nada temible. Una pausa. El semblante del recién llegado va cobrando una expresión de perplejidad. No es dudoso que se pregunta cómo debe procederse en casos semejantes; el ¡arriba las manos! le resulta demasiado folletinesco y la tosecita convencional de los que no quieren ser indiscretos poco apropiada a la situación. Podría tropezar con un mueble pero algo le hace antipático tal recurso. Por fin parece decidirse; apunta cuidadosamente con la pistola y avanza tres pasos quedando a dos del desapercibido lector).

ESCENA SEGUNDA

EL HOMBRE DE LA "ROBE DE CHAMBRE" (con voz demasiado firme para que su serenidad sea auténtica). — Si le es molesto leerlo aquí, señor, podría... (Se interrumpe abocando la pistola a la cara del otro que se ha levantado y vuelto de un brinco). Quieto, amigo. Mi intención no es hacerle daño. (El arma, sin embargo tiembla ligeramente en su mano). Me parece que lo más conveniente sería... (La voz se le extingue en la garganta, estira la cabeza hacia adelante y queda contemplando al intruso con una expresión verdaderamente lastimosa).

EL INTRUSO (repuesto a la vez de la primera impresión de sorpresa y ya dueño de sus nervios. Una sonrisa burlona asoma a sus labios). Buenas noches, Leffin (corrigiéndose) Dr. Leffin, quiero decir. La verdad que este encuentro parece casi preparado por el mismo diablo. (Haciendo gala de una desenvoltura que resulta excesiva para que no sea una actitud). Con toda certidumbre que ni Vd., ni yo imaginábamos hace diez minutos que habríamos de vernos en esta situación.

LEFFIN (sobreponiéndose penosamente a su estupor). — ¡Pero es Vd., Valmari! Realmente... (Ha bajado el brazo armado, retrocediendo, empero, un paso). No puedo decirle... No puedo decirle... (Como quien se reintegra de pronto a la realidad y con tono frío). ¿Puede Vd. explicarme el significado de su presencia aquí? (Observando al otro con recelo). Por que no creo posible...

VALMARI (*friamente*). — Sí, es posible, Leffin.

LEFFIN (*apuntándole otra vez con la pistola*). — Es decir que Vd. es... es...

VALMARI (*con calma ya no fingida*). — Ante todo, guarde el arma, Leffin. Entre nosotros, no hay necesidad. Por otra parte, es Vd. físicamente más fuerte que yo. (*Leffin baja el brazo aun cuando no descuida la pistola*). Bueno; ahora le responderé; sí, soy eso que Vd. no se atrevió a decir. (*Mirándolo duramente en los ojos*). Soy un ladrón y había entrado aquí — ¡oh! ignoraba que la casa fuese suya, pero eso no hace al caso — para ejercer mi profesión, pues... (*Tiene todavía en la mano izquierda el libro cerrado, marcando el pasaje que leía con un dedo colocado entre las páginas. Una pausa. Los dos hombres se miran en silencio; el aire de Leffin no puede ser más irresoluto y confuso*).

LEFFIN (*Su semblante refleja el penoso trabajo mental que lo embarga. Visiblemente, no acierta con el tono que corresponde a la situación. Por fin, habla precipitadamente, como un mal orador que confía a la asistencia de la fortuna el buen éxito de su improvisación*). — Bueno, Valmari, yo, francamente: quiero decir que no pensaba en verdad que esta noche... aquí... (*Desesperado*). ¿Cómo diablos puede ser que Vd., Valmari, un abogado como yo, un antiguo discípulo de la Universidad?... (*Deja la pistola sobre un mueble y avanza gesticulando hasta meter las manos contra la cara de Valmari*). Por favor, hombre, explíqueme, explíquese, por que esto es para volverse loco. Yo... (*Calla, aturrullado ante la imposibilidad de adecuarse a la escena*).

VALMARI (*afectuoso*). — Cállese, Leffin; esa nerviosidad es vergonzosa en un hombre que debe pesar cerca de noventa... ¿Qué explicaciones quiere? Podría decirle que soy un excéntrico; que he entrado aquí a esta hora y por estos medios sabiendo que era su casa y para proporcionar una sorpresa a mi viejo discípulo y colega. Estoy seguro de que Vd. dispondría de la buena voluntad necesaria para creerme. (*Con un gesto de indiferencia y encogiéndose de hombros*). ¿Para qué? La verdad es la que le dije... (*Se detiene como quien es asaltado por un recuerdo*). Pero Vd., Leffin ¿cómo ha incurrido en la indiscre-

ción de encontrarse en su casa de Buenos Aires cuando regularmente debía estar instalado en su chalet de Mar del Plata? En cierto modo, Leffin, esa es una "gaffe" indisculpable en un hombre correcto como Vd. (*Se rie con fiadamente, sin amargura, a lo buen muchacho*).

LEFFIN (*confuso*). — Un tren perdido, Valmari; todavía hay quien pierde trenes...

VALMARI (*siempre jovial*). — El viejo truco de los maridos celosos. Pero reconozco que ha sido ventajoso para Vd., mientras que para mi... (*Se pone súbitamente serio*).

LEFFIN (*con verdadero pesar*). — Crea que si yo lo hubiera sabido... (*Se miran fijamente y cambian una sonrisa. El hielo del primer instante se va fundiendo y dando lugar a un ambiente casi amistoso. Animado, Leffin, prosigue*) Pero yo no puedo creer, Valmari... Esto es absurdo.

VALMARI (*afablemente*). — Pues hay que creerlo; de todos modos, no será el primer absurdo que haya aceptado como axioma. Se lo repetiré una vez más: Soy un ladrón y he venido con el propósito de robar; sorprendido por Vd., debo aceptar las consecuencias. Proceda como guste, Leffin. (*Se deja caer con abandono en el asiento que ocupaba momentos antes*).

LEFFIN. (*Las últimas palabras de Valmari precipitan su desconcierto. Evidentemente, hasta ese instante no se ha hecho presente a su espíritu la posibilidad vulgar de liquidar la escena con una intervención policial. Está como un jugador de ajedrez a quien un espectador oficioso instruye sobre una imprevista variante que complica sin mejorarla la simplicidad inexperta de su juego. Su proceso psíquico se le refleja en el semblante con tanta claridad como un paso cinematográfico en la pantalla. Si hubiera en él un átomo de maldad o insolencia tal vez resolviera la situación arrojando de su casa a Valmari con una apariencia de magnanimidad que disimularía o no la pobreza de sus recursos de carácter frente al caso que ha desbaratado su composición de lugar en la vida. Pero un hombre bonachón armado externamente en corso por la educación y la imitación, no acierta cómo salir del trance, dominado, además, por un sentimiento de piedad amistosa que corre por bajo de su sorpresa siendo a modo de vena de agua bajo la tierra revuelta. Han pasado algunos minutos.*

Leffin observa a Valmari y éste pasea sus miradas por los títulos de los libros. Al fin, casi quebrada la voz por una emoción pueril que podría resolverse en llanto, se adelanta hacia Valmari y le pone una mano sobre el hombro, mirándolo ansiosamente a los ojos). Todo esto es disparatado, Valmari; verdaderamente disparatado. Vd. y yo aquí... y ahora la salida suya. (Persiguiendo desesperadamente algo concreto). Ante todo hay que explicarse, ¿me entiende? Hay que explicarse. Cuando dos hombres se encuentran en una situación como ésta... (Con solemnidad enfática que atropella por lo cómico como un señor de levita entre una muchedumbre de bañistas). Vd. es un caballero, Dr. Valmari y un caballero no puede rehusar una explicación.

VALMARI (*con la derecha baja afablemente la mano posada sobre su hombro por Leffin y lo mira con verdadera extrañeza*). — No hay necesidad de ello; además, no me entendería.

LEFFIN (*asido desesperadamente a su propósito como un naufrago a la consabida tabla. Se vé que le asusta la perspectiva de buscar otra salida a la situación*). — Eso lo veremos en seguida. Tal vez esté yo más cerca... (*corrigiéndose precipitadamente*) quiero decir que aunque no esté de antemano dispuesto a justificar... (*con dignidad*) Soy un hombre comprensivo y me jacto... (*Esboza un gesto para terminar un pensamiento que ha quedado trunco dentro del cráneo*) Escúcheme, Valmari; no ha habido entre nosotros amistad pero el antiguo compañerismo, la solidaridad universitaria... (*se detiene, comprendiendo que está dando notas falsas*) Quiero decir que cuando un hombre como Vd. llega... a ser lo que Vd. pretende ser ahora, debe mediar alguna causa, alguna razón poderosa. (*Vacilante*) Es posible que esa... desviación pueda ser rectificada siempre que... (*más y más confuso*) En fin, Vd. comprende que, por muchas razones, una explicación es necesaria y crea que no hay aquí banal curiosidad... (*Parece propenso a enternecerse de nuevo y guarda silencio*).

VALMARI (*se ha vuelto hacia Leffin. Cruza la pierna izquierda sobre la rodilla derecha. En su semblante se refleja una expresión de duda un tanto irónica. Al fin hace un gesto como quien adopta una resolución desagradable y empieza a hablar articulando las palabras con frialdad como si relatara una historia indife-*

rente). — Le repito que no espero que llegue a entenderme Leffin; no se ofenda; pero creo que hay pocas personas en el mundo colocadas en una situación moral y mental menos accesible a esta clase de razones... Bueno; de todos modos, alguna vez había de abordar con alguien la cuestión. Pero para evitar un prólogo minucioso...

LEFFIN (*que ha recobrado algo la serenidad y desea demostrarlo*). — Un momento, "please". (*Acerca la mesa de fumar y un sillón, instalándose cómodamente en este último. Toma de la caja un cigarrillo, lo golpea por un extremo contra la uña del pulgar y lo enciende, arrojando una bocanada de humo. Invitado con un gesto, Valmari lo imita con soltura. Quedan fumando el uno frente al otro. Al verlos así, sentados con abandono, abstracción hecha de lo hora, cualquiera los tomaría por dos viejos amigos que matan ratos ociosos en una conversación sobre generalidades*). Excuse, Valmari; ¿Decía?

VALMARI. — Le preguntaba si ha sabido Vd. algo de mí. Quiero decir de opiniones o actitudes mías en los últimos tiempos.

LEFFIN. — ¡Hum! Ciertamente; me parece haber oído decir que había cerrado Vd. su estudio y que se le conocía como una especie de agitador; algo así como orador o redactor de diarios extremistas...

VALMARI (*cucogiéndose de hombros*). — Bueno; es suficiente. Y ahí está la explicación de todo. Esa calificación de extremista es algo imprecisa pero basta para comprenderse. (*Reflexionando un instante*) No sé bien como exponérselo; pero es el caso que cuando adquirí ciertas convicciones nuevas para mí, descubrí que ellas me exigían necesariamente un cambio de modo de vivir, cuya consecuencia fué... iniciarme... en el ejercicio de la profesión que hoy me ha proporcionado nuestro imprevisible encuentro.

LEFFIN (*confuso*). — Pero no pretenderá Vd... No lo entiendo bien, por que no veo que fatalmente lo uno determine lo otro.

VALMARI (*con calma*). — Le dije que no había de entenderme; pero trataré de que lleguemos a ello. Es cuestión de método. Oigame bien, Leffin. ¿Le parece a Vd. que un profesional mediano, un abogado, médico, ingeniero o profesor, pueda dentro

de la sociedad en que vivimos, permitirse el lujo de profesar públicamente ideas abiertamente antagónicas con los intereses predominantes en esa sociedad—intereses a cuyo servicio debe estar para vivir con cierta holgura—sin verse obligado, dentro de cierto tiempo a optar entre la miseria o el abandono de sus convicciones?

LEFFIN (*más y más confundido*). — En realidad, no estoy habilitado... eso es, no estoy en condiciones... así de improviso, de contestar... La cuestión es de tal naturaleza que... (*Tratando de recobrase*) Pero me parece que más que una cuestión sería, propone Vd. una paradoja... (*Se revuelve nervioso en su asiento y parece experimentar un gran alivio lo que Valmari toma nuevamente la palabra*).

VALMARI. — No se apure; tampoco es necesario que conteste, no era ese mi objeto, de todos modos. Sólo quería presentarle el caso con toda claridad. Por mi parte, mi respuesta está... en lo que Vd. ve; pero reconozco que al principio no lo vi muy claro y que he tenido mis vacilaciones, mis resistencias; porque, después de todo, no se salta así deliberadamente sobre prejuicios morales profundos sin encabritarse un poco antes de pegar el brinco. (*Reflexivo*) ¿Recuerda lo que antes se llamaban ideas innatas? Un disparate, convengo; pero si hay algo que parece haberse recibido como legado moral de las generaciones anteriores, dentro de cierto medio, se entiende, es ese concepto que se llama honradez y que consiste, en sustancia, en no tomar la propiedad ajena sin dar algo a cambio de ella. Siempre resulta un poco fuerte.

LEFFIN (*que no ha escuchado las últimas frases de su interlocutor porque mentalmente organiza argumentos para la controversia*). — Todo eso es inaceptable a mi juicio. La independencia de las ideas no es incompatible con la independencia económica adquirida en el ejercicio correcto de una profesión. (*Mira victoriosamente a Valmari, convencido de haberlo aplastado con un contundente aforismo*).

VALMARI (*con gravedad*). — Frases, Leffin, nada más que frases. La realidad es otra y no es lícito escamotearla entre palabras con banda de música. Concedo que lo que Vd. dice pueda ocurrir con esas personas que Bernard Shaw llama "algún dócil

profesor de la clase media que se interesa vagamente por la legislación fabril y la educación popular”, o que se atreve, de vez en cuando, a expresar su opinión de que la sociedad actual no está justamente organizada, para esperar reposadamente que otros vengan a corregir esa organización inícuca. Las ideas revolucionarias que profesan los hombres incapaces de ponerse al servicio de una revolución sólo demuestran que todo principio atrevido y generoso puede ser reducido a un triste estado de domesticidad. Nadie se inquieta por esa gente porque la sabe incapaz de provocar una inquietud. Pero cuando las mismas ideas son proclamadas por caracteres enérgicos y audaces, por las que llamaríamos voluntades militantes, entonces, el simple instinto de conservación de los intereses amenazados promueve entre ellos una tenaz e implacable hostilidad contra aquel que se atreve a tomar plaza en una guerra que no le incumbe. Nuestro caso, Leffin...

LEFFIN (*con sobresalto*). — No el mío, precisamente; por mi parte...

VALMARI (*sonriendo con cierto desdén*). — Desde luego, no se alarme, no ignoro que Vd. es un hombre cuya vida armoniza con sus principios y que sus principios se ajustan rigurosamente a los que imperan como dogmas en las esferas que hacen la ética y la moralidad social. De todos modos ya está clasificado; Vd. es un conformista.

LEFFIN (*respirando con alivio*). — Bueno; pero hablaba Vd. de aquellos que toman posición en una lucha que no les incumbe y, verdaderamente eso es poco claro. ¿Qué cosa que afecte a los hombres puede no incumbir a uno de ellos? (*Con énfasis*). “Homo sum...”

VALMARI. — Nada de citas, Leffin, por favor. Cuando se cita una opinión pasada en apoyo de una presente, es porque la debilidad de la última busca apoyo en la vejez de la primera. Sólo quiero decir esto: en la organización social contemporánea hay dos clases de personas que tienen fijada de antemano la posición estratégica que les corresponde, a saber, los que nada poseen y los que todo lo tienen. Para éstos últimos es lógico y razonable todo principio que afiance sus ventajas. Para los otros ocurre lo contrario. Admita que por más que se sutilice, hay una oposición directa entre el rico y el pobre, entre los intereses del uno y las

aspiraciones del otro. Por eso, ninguno de ellos puede vacilar respecto al sitio en donde debe combatir. Nacen bajo su bandera. Pero entre unos y otros existe una clase numerosa que ni está totalmente desposeída ni ha alcanzado tampoco el bienestar completo que proporciona la riqueza adquirida y consolidada. Son los que ejercen las profesiones liberales, los periodistas, escritores y artistas de segunda categoría. Flotan entre las dos líneas de batalla y aun cuando simpaticen con los unos saben que no pueden ser ayudados por ellos; y concediendo que no sientan mayormente el atractivo de los otros, no ignoran que están obligados a formar parte de su clientela porque sólo ellos poseen las riquezas y los hábitos que determina su posesión, de modo que fatalmente deben ponerse a su servicio para adquirir los medios que les permitan desenvolver con cierta holgura su existencia. Su táctica habitual es prudente; consiste en no penetrar "dans la mêlée" y esquivar como pueden los contragolpes de la lucha. Una forma disimulada de sumisión. Ahora bien; si alguno de ellos, por ésta o aquella razón abandona esa posición espectante para incorporarse a la acción en favor de una u otra clase, aparece ante una de las dos como un beligerante voluntario, cuya misma oficiosidad estimula rencorosas represalias. Por lo tanto...

LEFFIN. — Admitiendo provisionalmente que...

VALMARI. — Un momento más, Leffin, no hay por qué discutir. Vd. me pide una explicación y se la doy sin abrigar el propósito de obtener su conversión. Un abogado, por ejemplo, vive de los conflictos de intereses entre las personas pudientes, de suerte que razonablemente no puede esperar que éstas los confíen a su saber o probidad, sabiéndolo esencialmente adversario de ellos. Pueden ocurrir casos aislados; pero la regla general es la contraria y los jóvenes abogados más o menos revolucionarios de ideas saben por experiencia que están confinados a la tarea nada provechosa de defender delincuentes desprovistos de recursos para entregar su causa a los profesionales de gran reputación y correspondiente influencia. Tampoco los millonarios o personas que, aun no siéndolo, poseen fortuna, recurrirán jamás a un joven médico, oliente a plebe y cuyo nombre hayan oído citar alguna vez como el del líder o activo militante de eso que se llaman organizaciones extremistas. Lo corriente es que éste se vea

constreñido a ejercer la práctica de barrio, cobrando, cuando la cobra, una mísera suma por la consulta y tan obligado a entregarse totalmente al ejercicio de su penosa profesión a fin de costearse malamente la vida, que carecerá no sólo del tiempo necesario para una propaganda activa y vigorosa de sus principios, sino hasta para informarse a fondo de las experiencias y teorías que puedan renovar o robustecer sus corrientes de pensamiento. Porque no hay que perder de vista el hecho de que quien aspire a consagrar un gran espacio de tiempo al servicio de las doctrinas que haya aceptado como credo, debe tomarlo de las horas exigidas por sus obligaciones profesionales; de manera que a menor cantidad de trabajo míseramente remunerado menor ingreso en sus rentas domésticas, y, por consiguiente, mayores penurias emergentes de la pobreza...

LEFFIN. — No es posible generalizar casos aislados...

VALMARI. — Le repito, Leffin, que yo no he planteado una controversia; acéptelos Vd. o no, por esos razonamientos he llegado a la conclusión que... me obligó a cambiar de profesión. Tenemos el caso de los periodistas, los escritores que viven de la colaboración o los profesores. Por muchas razones entre los periodistas hay mayor número de disconformes con la organización social en que viven, que dentro de cualquier otro orden de labor intelectual. Es probable que si encontraran medio de sostenerse decorosamente y mantener a sus familias escribiendo según sus ideas o sus sentimientos en diarios de partido o de clase lo harían con gusto, sustrayéndose a la obligación penosa de alquilar sus inteligencias para defender intereses que los humillan y a los cuales en el fondo detestan. Pero como los grandes órganos de la prensa, los que poseen capacidad financiera para remunerar con largueza las plumas que contratan, son, precisamente, aquellos que representan los intereses de los ricos, quienes los sostienen mediante el pago de la publicidad comercial; y como los diarios de clase o de partido son ordinariamente pobres y de escasa circulación, un periodista que sienta escrúpulos de ponerse al servicio de las empresas representativas de privilegios que desearía ardientemente ver abolidos sabe muy bien que debe renunciar a toda situación en un órgano de publicidad fi-

nancieramente poderoso y si no lo sabe en un principio, muy pronto la experiencia enriquecerá duramente su ingenuidad.

Análogo es el caso del escritor que vive de la colaboración en las revistas, también subvencionadas por la publicidad comercial e industrial y tampoco deseosas de contribuir a sembrar inquietudes dentro de un orden social que les asegura su prosperidad. Hablo, recordémoslo, de gente sincera y valiente, cuya rectitud moral les induce a tomar sin transigencias un puesto de combate conforme a sus modos de encarar los problemas de la sociedad contemporánea. Los demás, por una causa u otra, forman la legión sometida y no están en cuestión. Queda el caso de los profesores. Ahora bien, si se recuerda que la enseñanza está monopolizada por el Estado y que el Estado es el único que puede pagar bien a los que enseñan, resulta evidente que un profesor sólo será admitido o tolerado al servicio de la enseñanza oficial durante el tiempo en que la presión que los privilegios dejan sentir sobre los actos administrativos pueda ser contrabalanceada por la resistencia defensiva opuesta en el gobierno por los representantes de la clase menos favorecidas que participen eventualmente de él, como ocurre en las democracias. De todos modos, se requiere cierta ductilidad, cierto fabianismo, cierta aceptación de un forzoso acotamiento, para conservar una situación de esa especie. Sé muy bien que Lenin no habría podido ser profesor en Rusia; pero dudo mucho que se le hubiera consentido en la enseñanza oficial de Inglaterra o Francia.

LEFFIN (*ha escuchado a Valmari haciendo de vez en cuando enérgicos signos negativos e intentando interrumpirlo con observaciones. Muy excitado, habla gesticulando nerviosamente*). — Pero eso es absurdo, sencillamente absurdo. Pretende Vd. que en la sociedad contemporánea existe como institución esa monstruosidad que sería la esclavitud del espíritu, en la cual caerían, precisamente las inteligencias más cultivadas y capaces de fertilizar la conciencia humana para una transformación... De modo que nadie, absolutamente nadie...

VALMARI (*encogiéndose de hombros*). — No se excite, Leffin, ¿para qué? Reacciona en Vd. el virtuoso sentimentalismo de un miembro de la sociedad que rechaza una inculpación injusta. ¡Bah! No introduzcamos los sentimientos en el cuadro de la rea-

lidad; las cosas son así, aun cuando Vd. las niegue. (*Cambiando de tono*) Por lo demás; no sostengo que esa servidumbre de la inteligencia sea universal y uniforme. Claro que hay excepciones. Los escritores de talento que pueden vivir de la venta de sus libros, los autores teatrales siempre que no ataquen muy directamente a los intereses dominantes y aun cuando los ataquen si saben hacerlo con ese tono ligero que adoptan ciertos dramaturgos para no inspirar demasiada desconfianza; algunos dibujantes, músicos, escultores, aun cuando, en general, los artistas no son temibles, porque sus obras, después de todo, no difunden la dinamita peligrosa de las ideas. Pero la gente mediana, es decir, la generalidad de los que forman la clase media instruída en las universidades o que cultiva formas de trabajo intelectual, debe acatar tácitamente la ley que se le impone pues en caso contrario no tarda en convencerse de que se ha colocado ante la disyuntiva de someterse o dimitir. Por eso cuando alguno de ellos se siente enérgicamente inducido a militar públicamente en contra del privilegio organizado no le queda otra opción...

LEFFIN' (*como un esgrimista que ha esperado la oportunidad de que se descubriera su adversario para introducir una estocada por la abertura de la guardia*). — ¿Qué le impide trabajar como obrero manual? Sería lo más lógico.

VALMARI (*sonriendo sarcásticamente*). — ¿Por qué no mendigo? ¿O corredor de publicaciones pornográficas? ¿O cualesquiera de esas maneras de vivir miserables, innobles, que todos los días dispersan por las calles a centenares de individuos ansiosos y deprimidos por el problema de algunas bocas a mantener?

LEFFIN' (*con mal contenida indignación*). — ¿Quién sostiene semejante absurdo? Mi objeción es lógica; si Vd. toma una posición ideológica afín con las que sostienen las masas proletarias, nada más razonable que compartir su suerte y su vida material. Y aun la hipótesis del mendigo no es descabellada: la mendicidad metódicamente ejercida proporciona subsistencia sin sacrificio del ocio y de la independencia. Entre ser... ladrón o mendigo yo no vacilaría...

VALMARI (*jovialmente*). — ¡Yo tampoco; hay que ser ladrón y por eso lo soy! Pero hagamos a un lado momentáneamen-

te esta "boutade" y encaremos eso que Vd. llama decisión l6gica: la de hacerse obrero manual.

Aparentemente Vd. tiene raz6n y para muchos su argumento ser6 irrefutable. Pero no es asi. Veamos como ocurren las cosas en la realidad.

Se trata de un hombre que ha alcanzado los treinta a6os, instruido, dotado de una salud mediana y con h6bitos de higiene personal como el ba6o diario, comidas variadas y frescas, por ejemplo, que le ser6 penoso y tal vez malsano abandonar... Un momento, Leffin, veo venir su objecci6n: cuando se elige la carrera de ap6stol no hay que detenerse en sacrificios. Pero es que mi hombre no posee pasta de ap6stol ni tiene por qu6 sacrificarse sin objeto, aparte de que carece de vocaci6n para ello. ¿Qu6 ventajas obtendr6a si abandonara su profesi6n para ganarse la vida como jornalero? Ve6moslo. Como carece de edad para realizar un buen aprendizaje t6cnico, le corresponder6, desde luego, desempe6ar las tareas que no reclaman conocimientos especiales, las m6s penosas y desagradables, y, por consiguiente, las peor remuneradas. Admitamos que su escaso vigor f6sico le permitiera desempe6arlas sin quebranto. ¿Cu6l ser6a su existencia? Ganando un jornal reducido, se ver6a obligado a vivir miserablemente, en condiciones antihigi6nicas, en una mala habitaci6n, aliment6ndose deficientemente, desprovisto de libros y de medios para adquirirlos, privado hasta de ropas convenientes para frecuentar las bibliotecas p6blicas; cosa que s6lo podr6a hacer, adem6s, siempre que las horas en que 6stas permanecen abiertas no coincidieran con su jornada de trabajo y que el tiempo que desear6a aprovechar leyendo libros o tomando apuntes no le fuera necesario para hombrincar sacos, volear ladrillos o manejar un volante. Ahora bien; ¿qu6 habr6a ganado, lo repito, con el cambio? ¿A qui6n beneficiar6a ese sacrificio verdaderamente idiota, muy comprensible en quienes admiran la santidad ro6sica del poverinismo, pero repulsivo y frustr6neo en un hombre moderno e inteligente que debe saber escoger su camino por la ruta m6s adecuada a la realizaci6n de sus prop6sitos? Porque no debe olvidar que mi hombre no abandona el ejercicio c6modo de una profesi6n respetable en la que podr6a hasta enriquecerse dominado por el impulso m6stico de un personaje de Tolstoi o Dosto-

icewsky. Ha arrojado lastre para navegar mejor. Lo deja como un instrumento en adelante inútil y sería necio que lo hubiera trocado por otro peor, convirtiéndose en un obrero inepto sin otra compensación que el goce espiritual proporcionado por la participación en las miserias y sufrimientos de aquellos que sólo los soportan porque no encuentran modo de eludirlos. Necesita tiempo para servir enérgicamente sus ideas y medios para sostenerse en una posición material cómoda que le asegure, a la vez, esa independencia económica sin la cual ningún hombre puede jactarse de ser verdaderamente libre. ¿Cree Vd. que esas condiciones ideales necesarias están al alcance de un hombre de treinta o cuarenta años que a tal altura se inicia en la vida dura de un trabajador manual? La respuesta es obvia. La elección de tal camino sólo indicaría una estupidez tan superlativa como la que se necesita para escoger una muleta cuando se requiere un motor. Ya ve, Leffin, dónde ha ido a parar su famoso argumento lógico...

LEFFIN (*batiéndose en retirada y como quien no admite la inferioridad de su posición sino su aptitud para defenderla*). — Con todo, Valmari, yo no puedo aceptar que el robo sea el único camino... La defensa de la sociedad exige...

VALMARI (*plácidamente*). — Yo no sostengo que sea el único; insisto solamente en que es el mejor. ¿Recuerda Vd. la respuesta de Sócrates a sus jueces? Bueno; soy un hombre que no ha esperado la gratitud de sus conciudadanos para instalarse en un Pritaneo donde la sociedad lo mantiene un poco a pesar suyo, o, por lo menos, sin saberlo. Por lo demás, aplico a mi sistema tributario la parquedad que el Estado usa con sus contribuyentes y que consiste — según se nos enseñó cuando estudiábamos Economía Política — en desplumar la gallina de modo que no se queje. (*Ante un gesto de Leffin*) Si, ya sé que va a esgrimir Vd. el buen y viejo argumento de la moralidad; no hay por qué responder a eso. Entre tanto, observe Vd., Leffin, que el robo como forma de actividad, todo lo antisocial y anti-jurídica que Vd. quiera, es una prestación de servicios que legitima una remuneración. El trabajo es una prestación de fuerza, inteligencia o habilidad que apareja, a la vez, cierto riesgo. El robo — y me refiero a la forma clara y franca de tomar lo

ajeno y no a esas sendas oblicuas que elige la bribonería — es un trabajo no contratado — he ahí el requisito jurídico que le falta — donde la categoría especial del riesgo justifica un suplemento de ganancia. Y vea que yo no trato de agazaparme en la trinchera hipócrita de excusar la elección del medio por la bondad del fin. No; sostengo, sencillamente que cuando un fin, cualquiera que él sea, exige, para ser cumplido, la existencia de las condiciones ya expuestas, el robo convenientemente explotado es el procedimiento más apropiado para crear y¹ mantener esas condiciones, exclusión hecha del aspecto ético de la cuestión. (*Una larga pausa; Valmari silba entre dientes, mientras Leffin, profundamente abatido, parece hundido en una penosa meditación. A través del silencio pasan, sonoras y acompasadas, cinco campanadas. Más allá de la ventana, en lo alto, se ve clarear levemente el firmamento. Lejanos rumores anuncian el despertar de la ciudad*).

LEFFIN (*se pone de pie y Valmari lo imita*). — Vea, Valmari; yo... mi deber sería... (*tratando de hablar con firmeza*) consistiría en abrir esa ventana y llamar al policía que está en la esquina para entregarlo a Vd., sorprendido por mí en mi casa. Vd. es un hombre peligroso... Quiero decir que no solamente es peligroso en sus obras sino que su cinismo... (*Se detiene; está rojo y sus ojos brillan como humedecidos por lágrimas internas*).

VALMARI (*tranquilamente*). — No me sorprende su actitud, Leffin. Pero no olvide que también yo tengo el deber... de proceder como lo que soy. (*Se apodera de la pistola abandonada antes por Leffin*) Cada profesión tiene su lógica y sus exigencias. Creo que Vd. preferirá dejarme ir tranquilamente... (*Mira a Leffin y una expresión de cansancio infinito se refleja en su semblante*) ¿Pero para qué? Después de todo, tanto da ahora como más tarde... (*Su cara ha perdido toda la frialdad irónica de antes. Ahora refleja en ella una angustia trágica*). Acaso nadie puede comprender todo el horror, el infinito horror que significa... (*arroja la pistola sobre el asiento que ocupaba Leffin, volviendo a su calma anterior*). Proceda conforme a su conciencia, como obraría, precisamente, cualquier pilar de la sociedad en el caso suyo.

LEFFIN (*que lo ha observado en silencio, asombrado como quien se siente incomprendido*). — Pero no, Valmari, no. ¿Cómo

ha podido Vd. creer? Hablaba de un deber pues quería establecer categóricamente que lo infrinjo porque hay otras cosas... (*acercándose a Valmari con expresión verdaderamente enternecida. Nunca sus abultados ojos ingenuos han reflejado mayor tontería que en ese instante*). Vd. saldrá por esa puerta conmigo, luego se irá adonde le plazca. (*vacila un instante*) Yo no quiero ofenderlo, Valmari; pero comprendo que mi presencia aquí ha abortado sus planes... una verdadera sorpresa... (*sonríe a través de sus lágrimas*) Y si yo... (*embarazadamente*) si Vd. quisiera aceptar... (*hace un gesto como para sacar la cartera pero lo detiene un ademán brusco de Valmari*).

VALMARI (*alejándose de Leffin y con verdadero afecto*). — Siempre buen muchacho, Leffin; pero, la verdad, siempre un poco "gaffeur"... ¿Cómo diablos puede Vd. creer que las circunstancias le autoricen a transformar un hombre libre en un sablista matinal? (*Riendo jovialmente*). Vamos viejo sobresaliente en Obligaciones Civiles; ¿y el enriquecimiento sin causa? (*El uno al lado del otro caminan hacia la puerta frontera a la mesa escritorio. Ya entra por la ventana la luz crepuscular del alba*).

LEFFIN (*deteniéndose para dar paso a Valmari que lo sigue. Con solemnidad conmovida y perdurablemente necia*). — Y ahora, Valmari, crea que jamás, jamás, se sabrá por mi boca que Vd. es... es...

VALMARI (*riendo espontáneamente*). — Un inmoralista activo, Leffin; nada más que un inmoralista activo; no se rompa la cabeza en busca de otros eufemismos. (*Pasa por delante de Leffin y sale seguido por éste*).

TELÓN

LA REVOLUCION ESPAÑOLA Y LOS INTELLECTUALES

La propaganda izquierdista por medio del libro

HACE algún tiempo —antes de que se proclamara la República en España— algunos periódicos franceses, italianos y no recordamos si también ingleses, se hicieron eco de la abundancia que sus corresponsales habían encontrado en España en materia de libros de tendencia avanzada. Eran, naturalmente, periódicos de derechas y señalaban un peligro en la existencia de esos libros. Por lo que se refiere a los italianos no puede sorprendernos ese comentario, ya que Italia está sometida a una dictadura férrea que impide la publicación de cuanto no sea grato al fascio. No ocurre lo mismo con referencia a Francia, porque España ha producido muy pocos libros de esa tendencia y la casi totalidad de ellos es traducción del francés, del alemán y del inglés, es decir libros que también se encuentran en el idioma de Francia, pero como esos corresponsales no solían hacer gratis su visita a nuestro país —los periódicos franceses aprovechan muy bien el mayorazgo intelectual de Francia— tenían que formular sus comentarios de acuerdo con los intereses de los que les habían invitado.

Ahora, después de la revolución española, aquellas observaciones aisladas y no muy espontáneas, comienzan a adquirir, sobre todo en la América hispánica, los caracteres de una campaña que impulsan las fuerzas derechistas. Se afirma que hay un buen número de editoriales españolas subvencionadas por Rusia para difundir libros revolucionarios por todo el mercado de idioma castellano. Se habla del empleo de medios indecorosos para la captación del pueblo. En una mescolanza absurda aparecen judíos y comunistas sembrando dinero a manos llenas

para corromper a nuestro proletariado. Y como todo eso carece de fundamento, creemos oportuno explicar en detalle la gestación de esas editoriales y las razones de sus triunfos.

Sabido es que durante la dictadura primorriverista la prensa española estaba sometida a la censura; cuanto se publicaba tenía que pasar previamente por el gabinete del censor, que autorizaba lo que creía oportuno y prohibía lo que juzgaba inconveniente. En estas circunstancias un grupo de jóvenes, del que formábamos parte y en el que figuraban algunos de los iniciadores del movimiento rebelde entre el estudiantado, publicaba una revista titulada *Post-Guerra*. La publicación era extremadamente modesta y se efectuaba con muchas dificultades económicas; mensualmente contribuíamos con las pesetas posibles a su sostenimiento, lo que no impedía frecuentes apuros. En una de las reuniones convocadas para tratar de esos agobios de *Post-Guerra*, estuvimos de acuerdo en que nuestro esfuerzo era enteramente inútil: lo que publicaba la revista era lo que autorizaba el censor; equivalía a editar un periódico anticlerical con censura eclesiástica. Si alguien podía beneficiarse de la publicación de *Post-Guerra* era el dictador, porque le servía de una parte para amedrentar a las clases conservadoras mostrando la revista como muestra de la existencia de un ambiente revolucionario y de otra para aparecer de tolerante, ya que permitía una publicación que no ocultaba sus simpatías hacia la revolución rusa. Decidimos suspender *Post-Guerra* y emplear nuestro esfuerzo en la edición de libros, pues el libro no estaba sometido a la censura previa; el dictador autorizaba la publicación sin censura de todo volumen que excediera de doscientas páginas, suponiendo que su circulación había de ser mucho más reducida que la del periódico y, por tanto, poco peligrosa.

Tras múltiples vicisitudes logramos formar una empresa con un capital de 20.000 pesetas, que iríamos aportando en cuotas mensuales los diez asociados. Éramos éstos: Díaz Fernández, que por aquellos días lograba un gran éxito con su libro *El bloqueo* y actualmente diputado radical-socialista; Joaquín Arderius, novelista muy estimado entre la generación joven, y que acababa de abandonar el campo monárquico para pasarse a las fuerzas revolucionarias, a consecuencia del golpe de Estado; Balbontín, joven

y elocuente abogado, destacado por su posición extrema en política, aunque dentro de la burguesía, hoy diputado radical-socialista revolucionario; Bustelo, joven ingeniero, de gran posición económica pero de ideas muy avanzadas; don Juan Díaz Caneja, distinguido abogado y escritor, persona de amplia significación social y de tendencia derechista, que entró en el grupo por razones de amistad; José Lorenzo, joven escritor, de ideas republicanas pero muy moderadas; Justino de Azcárate, que acaba de terminar la carrera de Derecho, perteneciente a una familia de gran significación social y posición económica, hoy diputado y secretario del grupo "Al servicio de la República" que preside Ortega y Gasset, después de haber sido subsecretario de Justicia al proclamarse el nuevo régimen; Fernando Diz, abogado, de tendencia derechista, emparentado con Azcárate; Giménez Siles, joven farmacéutico, que compartía con Balbontín la tendencia extrema; un amigo de Siles cuyo nombre no recordamos y que fué el primero en separarse porque tenía un cargo oficial en la dictadura y temió que su participación en la empresa le causara perjuicios, y, por último, el autor de estas líneas, que pertenecía al partido socialista. Este grupo, en torno al cual había otros amigos que no participaban en la empresa por no disponer de los medios económicos indispensables pero que cooperaban a ella, fundó *Ediciones Oriente*, primera de las editoriales españolas que tenía como programa la traducción de obras avanzadas.

Nos sorprendió el éxito que tuvieron nuestros libros. Nosotros aspirábamos exclusivamente a que nuestro esfuerzo fuese lo más fecundo posible, permitiéndonos publicar la mayor cantidad de trabajos desinteresadamente. Pero nos encontramos con una demanda superior a nuestras previsiones. Los hechos nos demostraron que en aquel intento había posibilidades de negocios fructíferos.

No tardó en aparecer, en consecuencia, el segundo grupo editorial. Lo formó Giménez Siles incorporándose la colaboración de Graco Marsá, joven propagandista muy avanzado, perteneciente a familia adinerada, y de Juan Andrade, que figuraba entre los dirigentes comunistas, si bien combatía violentamente al gobierno ruso a causa de su conformidad con la posición de Trotsky. Este grupo se llamó *Editorial Cenit*. Se fundó a base de

la dirección de Juan Andrade, que por conocer profundamente los medios revolucionarios de Europa y los idiomas francés, inglés y alemán, estaba en excelentes condiciones para adquirir los derechos de las obras que ofreciesen interés, con el concurso económico de Marsá y con la aportación de una imprenta, parte de cuya propiedad pertenecía a Siles. *Cenit* no tardó en destacar sobre *Ediciones Oriente*; había en esta empresa un interés económico, del que carecía la nuestra, y más coincidencia espiritual entre los que la formaban. La participación de Graco Marsá fué brevísima; separado de este grupo se unió a otros amigos y creó la *Editorial Zeus*, tercera en el orden cronológico de estas editoriales "vitandas". No tardó *Cenit* en resentirse, a pesar de su éxito, de la falta de capital, y entonces logró el concurso del notario don Diego Hidalgo, actual diputado radical, quien primero fué prestamista, luego socio y finalmente se ha separado de la empresa, ya que su significación presente en la política española es de derechas.

Ediciones Ulises ha sido la cuarta. La creó José Lorenzo, al disgregarse casi por completo el grupo de *Oriente*, e incorporó a ella a Julio Gómez de la Serna, que había colaborado con nosotros en *Oriente*, al joven escritor César M. Arconada y a otros amigos suyos que realizaron una modesta aportación económica. La última por ahora es *Ediciones Hoy*, creada al separarse Juan Andrade de *Cenit*, dirigida por éste y propiedad de la *Compañía Ibero-Americana de Publicaciones*, empresa editorial española de gran envergadura y ampliamente conocida.

Ninguna de esas editoriales es declaradamente comunista. Ninguna publica los libros que Rusia considera ortodoxos. En los catálogos de todas ellas se encuentran títulos cuya publicación no habría tolerado la Tercera Internacional, de haber tenido influencia para ello. Existe la titulada *Editorial Roja*, que antes se llamó *Europa-América*, que publica los libros ortodoxos del comunismo oficial, pero no tiene influencia en el mercado y apenas si edita más que folletos de abierta propaganda. Controla esta editorial el partido comunista español —antes estuvo instalada en París— y su situación económica es tal que su esfuerzo máximo lo dedica al diario *Mundo Obrero* y recientemente tuvo que solicitar 14.000 pesetas de donativos de sus lectores para poder se-

guir publicándose; por cierto que, dentro del apremiante plazo señalado para reunir esa suma, se recaudaron 22.000 en donativos que en su casi totalidad eran de céntimos.

No sería reprobable que el comunismo, que es una doctrina internacional, emplease los recursos de que pudiera disponer —en este caso, los rusos, ya que en Rusia posee el poder— en propagar sus ideas por el mundo. La iglesia católica no hace otra cosa y a nadie se le ocurre protestar contra ello, juzgando que está en su derecho al propagar su doctrina. La Sociedad Bíblica tiene un ejército de agentes en el mundo dedicados a la propaganda de sus ideas. El Ejército de Salvación utiliza la misma táctica. No vemos por qué ha de ser inmoral que la utilicen los rusos y se empleen en ella los que simpatizan con las ideas comunistas. Es tan lícito, tan correcto, tan moral y tan confesable como las otras propagandas mencionadas. Luego, aunque fuese verdad que Rusia subvencionaba editoriales comunistas, no habría por qué ocultarlo ni existiría fundamento alguno para considerarlo intolerable. Lo único procedente, en los enemigos del comunismo, es aportar su esfuerzo a la propaganda contraria, como hacen los ateos en sus campañas contra la iglesia y la iglesia en las suyas contra los ateos.

Pero, ya se ve que no hay tales subvenciones. Hay demanda del público, que pueden confirmar cuantos intervienen en el negocio de ediciones y venta de libros, y en respuesta a esa demanda hay empresas que tratan de realizar el negocio consiguiendo. Casi al mismo tiempo que nacían todas las editoriales mencionadas —todas con gran apuro económico, que ninguna ha logrado superar enteramente, apesar de sus triunfos— surgía la editorial *Voluntad*, creada por un grupo de millonarios católicos, con un poderoso capital y con el apoyo de la dictadura para distribuir sus ediciones en los centros oficiales de enseñanza y, por supuesto, en los colegios religiosos. Actualmente está en liquidación, fracasada en absoluto. En cuanto ha cesado de pasar facturas al ministerio de Instrucción Pública ha dejado de existir. ¿Qué le hemos de hacer? La gente no quiere los libros católicos. Y lo peor es que de cada diez lectores actuales en España, acaso nueve han pasado por un colegio religioso y todos, desde luego, han tenido una educación católica. No hay forma de evitar la

guir publicándose; por cierto que, dentro del apremiante plazo señalado para reunir esa suma, se recaudaron 22.000 en donativos que en su casi totalidad eran de céntimos.

No sería reprochable que el comunismo, que es una doctrina internacional, emplease los recursos de que pudiera disponer —en este caso, los rusos, ya que en Rusia posee el poder— en propagar sus ideas por el mundo. La iglesia católica no hace otra cosa y a nadie se le ocurre protestar contra ello, juzgando que está en su derecho al propagar su doctrina. La Sociedad Bíblica tiene un ejército de agentes en el mundo dedicados a la propaganda de sus ideas. El Ejército de Salvación utiliza la misma táctica. No vemos por qué ha de ser inmoral que la utilicen los rusos y se empleen en ella los que simpatizan con las ideas comunistas. Es tan lícito, tan correcto, tan moral y tan confesable como las otras propagandas mencionadas. Luego, aunque fuese verdad que Rusia subvencionaba editoriales comunistas, no habría por qué ocultarlo ni existiría fundamento alguno para considerarlo intolerable. Lo único procedente, en los enemigos del comunismo, es aportar su esfuerzo a la propaganda contraria, como hacen los ateos en sus campañas contra la iglesia y la iglesia en las suyas contra los ateos.

Pero, ya se ve que no hay tales subvenciones. Hay demanda del público, que pueden confirmar cuantos intervienen en el negocio de ediciones y venta de libros, y en respuesta a esa demanda hay empresas que tratan de realizar el negocio consiguiénte. Casi al mismo tiempo que nacían todas las editoriales mencionadas —todas con gran apuro económico, que ninguna ha logrado superar enteramente, apesar de sus triunfos— surgía la editorial *Voluntad*, creada por un grupo de millonarios católicos, con un poderoso capital y con el apoyo de la dictadura para distribuir sus ediciones en los centros oficiales de enseñanza y, por supuesto, en los colegios religiosos. Actualmente está en liquidación, fracasada en absoluto. En cuanto ha cesado de pasar facturas al ministerio de Instrucción Pública ha dejado de existir. ¿Qué le hemos de hacer? La gente no quiere los libros católicos. Y lo peor es que de cada diez lectores actuales en España, acaso nueve han pasado por un colegio religioso y todos, desde luego, han tenido una educación católica. No hay forma de evitar la

confesión del fracaso. La culpa será de los españoles, por lo visto nativa e invenciblemente perversos —según dicen los frailes—, o será de éstos, que no han acertado a que sus discípulos amen sus doctrinas; mas la realidad es que las editoriales católicas, auténticamente subvencionadas y con la adhesión de los grupos económicamente poderosos, no pueden subsistir; en cambio, las editoriales comunistoides se multiplican como Cristo multiplicó los peces, y unas cuantas pesetas —reunidas a trozos y con incontables apuros— dan de sí lo bastante para que perduren y se desenvuelvan.

Y esto es cuanto hay en esa supuesta corrupción que Rusia lanza sobre los países de idioma castellano. Si es tal corrupción está en ellos, sin que Rusia necesite llevarla. Las clases humildes, los jóvenes estudiantes, los intelectuales pobres, aportan su esfuerzo a lo que creen que señala el rumbo de un porvenir más generoso y menos egoísta. Frente al entusiasmo de ellos las fuerzas retardatarias inventan maniobras diabólicas, subvenciones misteriosas y siembras corruptoras, que no existen más que en su imaginación. Deberían convencerse de que no hace falta nada de eso para que vaya creciendo la rebeldía de los oprimidos. Por lo menos así situarían el problema en sus términos exactos y podrían buscar actuaciones eficaces para sus fines. Lo otro no es más que lanzar frases grotescas y absolutamente inútiles.

La actitud de la intelectualidad

Es inconcebible cómo, a la hora presente, puede cualquiera formular un juicio sobre la revolución española y desconocer que el motor de ella ha sido la clase intelectual. Si tomamos el proceso revolucionario y llegamos en nuestro examen hasta los días actuales, vemos que la primera rebeldía contra la dictadura la produce don Miguel de Unamuno, intelectual máximo y conductor de la intelectualidad española; el momento cumbre de la lucha contra la monarquía, que logra fundir en un haz las diversas corrientes revolucionarias, lo determinan el artículo de Ortega y Gasset, *Delenda est Monarchia* y la convocatoria subsiguiente que firman Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, otros tres conductores del pensamiento español; y el gobierno actual, que es ex-

presión directiva de la revolución triunfante, está formado, no ya por hombres cultos como lo están generalmente todos los gobiernos, sino por intelectuales de profesión: Azaña, Zulueta, Fernando de los Ríos, Giral, Albornoz, Marcelino Domingo, es decir catedráticos y publicistas. Desde la rebeldía de Unamuno a la hora presente todas las agitaciones producidas en España para derribar la monarquía han sido encabezadas, dirigidas, cuando no limitadas exclusivamente a la clase intelectual; los enemigos más constantes, los combatientes más ardorosos han sido estudiantes y profesores. Creyeron que su deber era ése y no dejaron de expresar —Jiménez de Asúa, uno de los más representativos, lo reiteró muchas veces— que su actividad revolucionaria y política era circunstancial y transitoria, pues que su ocupación primaria, normalizado el país y regido decorosamente, había de ser la cátedra, el laboratorio, la biblioteca. Frente a estos hechos habrá quien sostenga que la intelectualidad española procedió y procede con error, pero no puede haber quién desconozca su actuación directora del movimiento revolucionario.

Sin embargo, se publican supuestos estudios y ensayos delirantes en torno a la situación de España desconociendo un hecho tan evidente. Así, quienes suponen que el Parlamento constituyente está formado por analfabetos, cuando pasan del centenar los catedráticos que hay en él e incluso entre los socialistas abundan los profesores y los que, en general, se dedican a profesiones intelectuales: Besteiro, Fernando de los Ríos, Jiménez de Asúa, Sanchís Banús, Fernando Sainz, Margarita Nelken, Bujeda, Julián Zugazagoitia; el grupo "Al servicio de la República" que dirigen Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala, está formado íntegramente por intelectuales; otro tanto le sucede a la minoría "Acción republicana" que dirige Azaña y no hay partido alguno cuya plana mayor no sea de intelectuales. E intelectuales son los diputados que figuran como independientes: Unamuno, Sánchez Román, Melquiades Alvarez, Ossorio Gallardo, Santiago Alba... El Parlamento será bueno o malo, pero si creemos que es malo tendremos que reconocer que no lo puede haber mejor en España: no hay fuera de él veinte españoles ilustres. Nunca tuvo la monarquía un Parlamento de esa calidad.

Junto a los que creen, con la misma agilidad mental con que

una tribu africana cree en sus piedras totémicas, que el Parlamento constituyente ha sido reclutado a lazo entre unos centenares de salvajes que teníamos preparados los españoles para tal fin, están los que se dedican a enjuiciar la actitud de la intelectualidad española y a examinar su conducta para deducir que ha pervertido su función primaria.

Tenemos ante los ojos una revista argentina, de indudable prestigio en el sector de sus afines, con un artículo titulado *El izquierdismo en la joven intelectualidad hispana*, artículo que está elaborado, más o menos, con los mismos materiales que podríamos nosotros reunir si llegásemos a Buenos Aires, penetrásemos en un café e hiciéramos que un camarero —a ser posible gallego o italiano— nos diera una impresión respecto a la intelectualidad argentina. El autor del artículo mencionado cita los siguientes nombres al referirse a la juventud intelectual de España: Francisco Pina, Alvarez del Vayo, Pedro de Répide, Antonio Espina, José Díaz Fernández, Joaquín Arderius, César M. Arconada, Alberti, Ramiro Ledesma Ramos, Marín Civera, Juan Guixé, Gonzalo de Reparaz, Alfredo Nistal, Luis Araquistain, Siles, Roces, Falcón, Balbontín, Benlliure, Bergamín, Teófilo Braga, Guillén Salaya, Salazar Chapela, Benjamín Jarnés, Juan Chabás, Antonio Porras, Alardo Prats, Juan López de Carrión, Fernando Valera, Sender, Suárez Picallo, Cristóbal de Castro y nosotros. Nunca pudo decirse tan exactamente de una relación que ni son todos los que están ni están todos los que son. Entre esos nombres de jóvenes hay algunos que no cumplirán setenta años porque ya los han cumplido, lo que hace que su juventud sea demasiado relativa, antes y después de la teoría einsteiniana. Otros hay que para ser españoles no les falta más que haber nacido en España. Y tampoco escasean los que para ser considerados intelectuales necesitarían cuando menos escribir una carta a la familia, porque no se sabe que hayan tenido ninguna actividad pensante de la que es indispensable para ir por la vida sin que lo atropellen a uno los ómnibus. También hay izquierdistas del tono de Ledesma, por ejemplo, que hasta ahora no se ha dedicado más que a intentar la formación de un núcleo fascista y antimarxista siguiendo las huellas musolinescas e hitlerianas. En cambio sería muy difícil extraer de esa lista seis nombres de intelectuales pu-

ros, es decir jóvenes que dedicados a tareas puramente intelectuales las hubiesen abandonado para consagrarse a la política o las hubiesen pervertido tiñéndolas con un matiz político.

La mayoría de esos nombres, eliminadas las inclusiones arbitrarias, pertenecen a periodistas, más ilustres unos, más modestos otros, que han tenido una significación política desde que escribieron su primera línea, incluso algunos que si tienen una personalidad es política y su actividad de escritores es una consecuencia de su verdadera personalidad. Tomemos nuestro ejemplo, ya que el autor del artículo incluyó nuestro nombre y pues que la referencia a nosotros es la más inocente que podemos realizar: hemos ejercido el periodismo durante unos cuantos años en un diario republicano —*El Liberal*— y a tono con la ideología del periódico que, más o menos, coincidía con la nuestra; hemos cesado en esa actividad profesional para dedicarnos a negocios editoriales; hemos continuado escribiendo, no muy frecuentemente, y casi sin excepción sobre temas políticos. ¿Se puede afirmar que nuestra escasísima actividad intelectual ha sido pervertida por la política? Ni tenemos para qué figurar en una relación de la juventud intelectual española, más que apurando la lista, ni hay motivo alguno para que se nos considere más intelectual que político. Si en algún casillero se nos puede incluir es en el de los periodistas políticos; luego, tanto se puede decir que nuestro politicismo ha perturbado nuestras cualidades periodísticas como lo contrario. La cita de nuestro nombre, con el juicio que le acompaña, equivale a decir:

—Ese caballero construye hábilmente jaulas para grillos, pero ¡ah! si en vez de construir esas jaulas se hubiese dedicado a tocar el violín sería un violinista maravilloso. ¡Lástima de hombre pervertido por el ansia de fabricar grilleras!

Lo que no quieren ver quienes se obstinan en que la realidad corresponda a su deformación visual, es que España está viviendo un periodo revolucionario muy intenso y, cuando esto ocurre en la vida de un pueblo, todo él ha de contagiarse forzosamente de esos estremecimientos que le sacuden. La llamada generación del 98 es la que inicia esto que para muchos es un renacer de España. Aquel núcleo de españoles inteligentes se encontró con un país en crisis, que se obstinaba en desconocer sus realidades para dedi-

carse a la evocación grandilocuente del pasado. Sordos y ciegos ante los ruidos y las luces del mundo los españoles habían encontrado más cómodo dar por supuesto que eran el primer país del planeta y rechazar la demostración porque eso sería ofensivo. Así, Letamendi, el médico entonces triunfante, reducía sobre la pizarra a unos sencillos trazos de tiza la fórmula de la vida, sin enterarse de que el país carecía de sanidad y tenía una mortalidad espantosa; "Clarín", nuestro primer crítico de entonces, se burlaba desdeñoso de Rubén Darío y declaraba que una zapatilla de Núñez de Arce estaba mucho más cerca del Olimpo que toda la obra rubeniana; Echegaray, nuestro gran matemático y gran dramaturgo, señalaba a la bicicleta como el vehículo del porvenir y hasta Menéndez Pelayo —lo que demuestra la terrible influencia del ambiente aun en los hombres más extraordinarios— puesto a demostrar que teníamos un pasado científico de primer orden, nos descubrió a un geómetra que había rectificado a Euclides, rectificación aclarada piadosamente después por Rey Pastor y que consistía en dividir una circunferencia en veinte trozos y afirmar que cada uno de ellos era una recta, después de lo cual nuestro geómetra cenó tranquilo y dejó a Euclides hecho polvo.

La generación del 98 se revolvió contra todo esto. Es cierto que exageró el pesimismo, pero era la reacción inevitable ante un optimismo delirante. Su actitud —indudablemente política— era la que correspondía a un grupo inteligente que desea poseer solvencia y seriedad. Así, en vez de comenzar rectificando a Euclides, procuraron que la gente estudiase geometría; en vez de aspirar a grandes inventos quisieron que los ingenieros construyesen puentes que no se hundieran, los médicos estudiaran con interés y curaran lo que fuera posible, los escritores se asomaran al mundo y tuviesen sensibilidad, etc., etc. Al hacer la crítica de cuanto les rodeaba se encontraron con un Estado que era una falsificación de los Estados del siglo XIX: pervivían el feudalismo y el absolutismo bajo una apariencia constitucional; Cánovas había inventado una Constitución que permitiera no cumplirla, de igual forma que los médicos daban fórmulas definitivas mientras se les morían los enfermos. Por esto la actitud inicial de la generación del 98 fué contra el Estado. Acababan de oír a un general —que después continuó, sin embargo, siendo una supre-

ma reserva de la patria— que le bastaba una compañía para entrar en Washington y poco más tarde veían que los yanquis nos ganaban la guerra sin sufrir más baja que la de un marinero que resbaló. ¿Cómo no habían de sublevarse contra esa gigantesca falsificación de los valores, del pensamiento, de la organización de un país?

El progreso de los pueblos es siempre la obra de una minoría, que actúa como un berbiquí taladrando la resistencia de la masa y abriendo el camino hacia el futuro. La generación del 98 comenzó negando todo lo que había, echando —la frase es de entonces—, siete llaves al sepulcro del Cid y renegando del pasado. Mas, como la vida no desaparece aunque se la niegue, esa tarea destructiva lleva aneja inevitablemente la tarea constructora. En suma —porque de otra forma serían muy extensas estas líneas— el tono de la vida española adquirió seriedad: cada uno se aplicó a ser honradamente lo que era, ni más ni menos, y todos a tratar de mejorar con la mayor modestia su propia obra y, en consecuencia, su propio país.

Durante treinta años en España se ha trabajado con esa seriedad y con esa modestia. Pero a este trabajo se oponía incesantemente el Estado. Como descansaba sobre una falsificación —ya demostró Ortega y Gasset insuperablemente lo que muchos pensábamos también con más torpeza, esto es que la monarquía no era un Estado nacional— no podía consentir que España se edificase sobre realidades. De aquí la hostilidad que en todo momento separó a la intelectualidad española de la monarquía; aunque hubiese intelectuales —y algunos meritorios— que se declarasen monárquicos o se desentendieran de las incidencias políticas, no hubo uno solo que encontrara en los ambientes palatinos la estimación y el estímulo para su obra. De esta forma fuimos llegando a un momento en que el Estado no pudo mantener su ficción, arrojó la máscara y se organizó en dictadura, para sostenerse por la violencia, haciendo uso de los medios coercitivos del poder. Pérez de Ayala definió certeramente lo ocurrido al decir que España había crecido como una almendra y su envoltura se había resquebrajado, quedándole inservible. No fué otra cosa lo sucedido. Por eso, los que ahora se acercan a España desconociendo nuestra vida en lo que va del siglo, experimentan una

gran sorpresa al encontrarse con núcleos ampliamente preparados y ampliamente capacitados y creen que esa ha sido una creación súbita germinada durante la dictadura y en magnífico florecimiento al llegar la República. Sin negar a la dictadura el estímulo que su estupidez producía por reacción en los españoles inteligentes, avergonzados de que su gobierno ofreciera ese espectáculo y ansiosos de que su propio esfuerzo demostrara que toda España no era lo que presentaban la dictadura y la monarquía, la realidad es que el impulso venía de 1898.

En ese período de lucha nadie ha podido sustraerse a lo que era el auténtico empeño vital del país. Los más desdeñosos, los más refractarios a las intervenciones en la vida del Estado, tuvieron que ir abandonando su aislamiento para atender a lo más urgente, de igual forma que el investigador tiene que abandonar el análisis en su laboratorio si la techumbre se resquebraja en ruinas. Pero esto no puede significar que se malogre la obra de nadie. Al contrario. La intelectualidad está estimulada por la creación de un tono más inteligente y más culto, en el que será más fecunda su obra. Es cierto que interviene en las incidencias cotidianas de la política, pero ello, aunque ahora puede restarle tiempo para sus tareas propias, es una necesidad del país, que estando en período constructivo reclama a sus hombres más valiosos, y sirve para dotarla de los medios que necesita para trabajar mejor. Elijamos unos casos de los más representativos: Ortega y Gasset, Marañón, Jiménez de Asúa y Fernando de los Ríos. ¿Quién negará la eficacia y la dignidad de las intervenciones de Ortega y Gasset en cuanto hasta ahora se viene realizando? ¿Es que puede ser más urgente para España en estos momentos recluir a Ortega en su cátedra y en su despacho que utilizarlo en la orientación del Estado? Si para que Ortega y Gasset tenga una cátedra eficaz y para que pueda crear discípulos y trabajar con ellos, es indispensable dotarle de la casi totalidad de medios materiales! El caso Marañón es aún más expresivo: durante largos años trabaja en el Hospital general hasta conseguir que su servicio de patología adquiera renombre dentro y fuera de España y acudan a él médicos nacionales y extranjeros; pretende dotar el trabajo de él y sus discípulos de los elementos materiales precisos —los pocos de que disponía habían sido creados con

su peculio personal— y planea el Hospital para infecciosos que luego se llamó del Rey; porque no accede a visitar y rendir pleitesía en su despacho a Martínez Anido —excelente sujeto!— se le aparta de la dirección de esa obra científica; ¿cómo puede apartarse de la política, si la política llega hasta su clínica y no le deja trabajar? La República le utiliza ya con una cátedra en la Facultad de Medicina, cuidará de que su obra de clínico esté asistida con los medios precisos para su desarrollo y ahora le requiera para que su consejo y su opinión no falten en el momento de organizar todo el país, organización en la que entran la sanidad, la enseñanza médica, la investigación científica, etc. Pero ¡si el Instituto Cajal, al que acuden médicos de todo el mundo a trabajar junto al venerable don Santiago, está en construcción hace ya más de diez años, no llevaba camino de ser concluido nunca y lo que hay edificado no sirve para los fines a que se destina! Jiménez de Asúa ha presidido a los comisionados para redactar la Constitución, y ahora preside la Comisión jurídica asesora que presentará todas las leyes complementarias; sin duda Jiménez de Asúa podría estar dedicado a elaborar un tratado de Derecho penal, pero sin desconocer el valor que esa obra suya nos daría a todos, es evidente que ofrece mayor urgencia utilizarle en la redacción de las leyes básicas del país, lo que no es tampoco una tarea desdeñable. En cuanto a Fernando de los Ríos, aunque ha interrumpido su labor en la cátedra, está dedicado a organizar toda la cultura del país desde el ministerio de Instrucción Pública, lo que tampoco es una “pochez”. Díganosenos si, en serio, se puede afirmar que está pervertida la función de los intelectuales, sustraídos a sus investigaciones para tenerlos dando gritos en las calles.

Y esto es lo que sucede en lo que se llama juventud intelectual. Nadie ha podido sustraerse a la intervención en la vida pública, como nadie puede permanecer tranquilo en un edificio cuando está envuelto en llamas. Mas los poetas siguen haciendo poesía, los médicos estudiando medicina, los estudiantes en sus aulas --a las que les fué imposible ir en los últimos años de monarquía --y cada uno en su sitio, sin abandonarlo aunque a él haya llegado la política con su pasión.

El articulista —es un decir— que nos está dando motivo

para estas consideraciones, destaca, entre los jóvenes intelectuales que cree malogrados por la política, a los de más relieve en un grupo del que formamos parte: Antonio Espina, José Díaz Fernández y Joaquín Arderius, que dirigieron el grupo de *Nueva España*. Nadie puede afirmar que Antonio Espina dedique hoy a la política más actividades de las que dedicara antes y dedicó siempre; tuvo una significación izquierdista, sigue teniéndola, quizá hable ahora de política más que otras veces y continúa el ritmo de su vida como en las etapas pasadas; en los momentos de más dura lucha contra la monarquía actuó activamente en *Nueva España*, como en años anteriores había actuado en *España*, la revista que dirigiera Ortega y finalmente Azaña, pero estamos seguros de que sus actuaciones políticas no le han perturbado lo más mínimo en sus tareas literarias. José Díaz Fernández ha sido más conquistado por la revolución, que lo utiliza como diputado constituyente, pero desde sus primeras líneas ha tenido una actitud combativa y no-conformista; sus tres libros —*El bloqueo*, *La Venus mecánica* y *Nuevo romanticismo*— son tres libros de tendencia, los tres dirigidos contra el Estado español destruido el 14 de Abril. En cuanto a la obra de Arderius, que podríamos decir estaba influida por un extremismo literario, ha pasado a tener una orientación de extremismo social, pero no se le puede considerar un captado por la Revolución, sino más bien un evolucionador, que ha ido desde su posición casi dentro de la Monarquía antes de la dictadura —por cierto, posición ventajosa— hasta su ingreso en el partido comunista y su lucha ardorosa contra la actual República burguesa.

Como las revoluciones se suelen hacer con la cabeza, es lógico que sea la intelectualidad española la que haya creado el ambiente revolucionario. Y no es menos lógico que, triunfante la revolución, los que la han producido sean los encargados de encauzarla. España está en un momento en el que se dispone a cambiar toda su estructura interna. Si para esa tarea utilizamos las mejores cabezas que tenemos, posiblemente no saldrá la cosa tan mal como si nos ponemos a hacerla con las extremidades inferiores. Y, si durante ese período constructivo, el oficinista y la mecanógrafa, al salir de su trabajo, hablan de política o asisten a un acto político en vez de ir a un partido de fútbol —general-

mente se acude a los dos sitios— no creemos que por eso las oficinas queden abandonadas y se oxiden las máquinas de escribir. Nuestros intelectuales, jóvenes y viejos, y los que no son intelectuales —casi la mayoría de los que figuran en la lista mencionada— no pueden sustraerse a un ambiente que llena todo el país. De donde no hay que deducir que las tareas del pensamiento han sido arrinconadas para cuando tengamos vagares. Y creer que la generación joven es inferior a la antigua, se atribuya o no a la influencia política, es creer una paparrucha, porque las generaciones de hoy son mejores que las de ayer, como las de mañana serán mejores que las de hoy, aunque falten en una etapa personalidades cumbres comparables a otras de etapas anteriores. Aparte de que revelaría mala fé, de no revelar angostura moral, establecer comparaciones entre la obra de los hombres más eminentes del 98, obra ya cimada y depurada, y la obra en promesa de los jóvenes de hoy.

JOSÉ VENEGAS.

Madrid, febrero de 1932.

LA INQUIETUD CONTEMPORANEA

UNA ojeada superficial sobre el conjunto de la civilización de nuestra época advertirá en ella síntomas de involución y así lo declararon aquellos que por impaciencia o *parti pris* conformáronse con la impresión desnuda o el examen somero. Pero el que logre analizar su fondo, desdeñando las fáciles apariencias, no hallará la placidez inerte y monótona, la pacata mediocridad que distingue el ocaso de los pueblos y las razas. Una inquietud profunda agita las bases de nuestra cultura, una búsqueda afanosa y apasionada en el caos de los tambaleantes principios para limitar y establecer un principio nuevo. Tanto en la historia global de la vida, como en la historia del hombre, decadencia es sinónimo de labilidad y escasez de *formas*, la inquietud es el fermento de creaciones futuras.

Profundas grietas asoman en el edificio de la cultura burguesa que recogió las grandezas y los errores de la cultura aristocrática, ahondando el abismo de la desigualdad económica bajo los oropeles de la igualdad política. Deslumbró durante un siglo que figurará entre los más interesantes de la historia, merecedor de críticas justificadas, nunca de desdén. La progresiva competencia industrial, las luchas económicas y su corolario indispensable, la paz armada precipitaron la última guerra, dando un rudo mentís a todos los soñadores y los idealistas à *outrance*. Las hipocresías post bélicas, al mostrar el fondo de encono y la imposibilidad de una armonía real y duradera hicieron aún más visibles las fallas y la impotencia de los viejos sistemas. Sobre el dolor y la miseria de los pueblos tendióse el astuto cinismo de los dirigentes, perdió el concepto de nación el contenido espiritual que le había otorgado el siglo romántico. Solo quedaba el

desnudo conflicto de intereses sobre los escombros de un mundo agonizante.

El trastorno bélico, esfuerzo brutal e inútil para liquidar viejos conflictos capitalistas, señaló las deficiencias íntimas de una cultura y en lugar de subsanarlas, acentuó el desconcierto con una innoble ralea que no se había visto desde los días del Directorio, desencadenó la codicia sin escrúpulos de los arrivistas de la Bolsa y del Poder.

La reacción de los vencidos, de aquellos que nada ganaron y todo lo perdieron sacudió las bases del mentido liberalismo. Un viejo concepto que venía de Phaleas de Calcedonia y de Platón, acariciado por los utopistas de todos los tiempos, desde Campanella hasta Cabet, levantóse en son de guerra. Exhibía como Evangelio El Capital de Karl Marx, admirable esfuerzo para otorgar un cariz científico a la eterna quimera. Alejándose de la marcha lenta y progresiva del socialismo oficial acudió a los métodos violentos preconizados por Sorel, llegando a esos terribles excesos que mancharon a las masas revolucionarias en casi todos los pueblos del mundo. Quiso realizar lo que se juzgaba imposible, la tartarinesca aventura de Cabet, el trágico episodio de la Comuna; pero en gran escala y con medios y hombres más adecuados. Substituyó la prudente idea de evolución por la de mutación brusca. Y la gran experiencia biológico-social llevóse a cabo en la lejana y semiasiática Rusia por un grupo de fanáticos decididos, bajo el impulso certero de un político de genio. Contradiendo las opiniones básicas de Marx estalló la renovación de los valores económicos en un país primitivo bajo muchos aspectos, eminentemente agrario, apenas salido de la servidumbre feudal. Triunfó el núcleo ético-social del movimiento, ayudado por una fuerte dosis de misticismo racial; pero las consecuencias prácticas sufrieron numerosas mermas, compromisos forzosos e ineludibles abdicaciones mostraron hasta qué punto la realidad se impone a los principios teóricos. Innovaciones culturales dignas de encomio, un nuevo concepto de la educación, excesivo y admirable a la vez, un capitalismo de estado en lucha con los últimos restos de la propiedad privada resurgidos con la NEP, una organización revolucionaria severa y astuta, un esfuerzo encomiable hacia la industrialización empezada por Lenin y proseguida por

Stalin en su Plan quinquenal, todo esto constituye el centro indudable de una nueva estructura y una constante amenaza al viejo sistema de Occidente.

Frente al peligro inmediato, después de sofocar anárquicas intenciones las tendencias burguesas se coaligaron, manteniéndose en algunos países con un matiz de liberalismo, resucitando en otros el predominio tiránico y francamente medioeval de un hombre bajo el amparo de una clase. Todos los adelantos del siglo individualista, las conquistas democráticas de la burguesía ilustrada, las nobles tendencias que inspiraron la Revolución Francesa y el movimiento libertador de América fueron negadas y perseguidas con encono. El fascismo, expresión acabada del oportunismo reaccionario, copió en sus grandes líneas los métodos maximalistas, poniéndolos al servicio de rancios conceptos sociales, éticos y religiosos, presentados como bases de un sistema ultramoderno por filósofos asalariados.

*

El individualismo en la economía, la actividad social, filosófica, artística y moral fué el rasgo eminente de la cultura del siglo XIX. Bajo su faz económica, substancial en la vida práctica de los pueblos, condujo al desarrollo desmedido de la propiedad privada, de donde una desigualdad enorme bajo las apariencias de la justicia teórica. No hubo limitaciones legales, como en Grecia, ni éticas, como en la Edad Media, para el acrecentamiento excesivo de la riqueza. La intensificación de la industria, la mayor rapidez en los medios de comunicación, la posibilidad de operaciones sin menoscabo alguno hicieron de este siglo la época propicia del capital. Por otra parte, el individualismo básico relacionado con la actividad cultural, aplicado a los hallazgos de la verdad relativa, produjo una de las más admirables floraciones científicas de la historia, en la que se manifestó el apego a la realidad inmediata, la sutileza en el análisis y el desarrollo gigantesco de la técnica. Contenido en los límites racionales por Comte y Spencer el individualismo filosófico del siglo desbordó más de una vez, atacando a la misma cultura que le dió origen, haciendo *tábula rasa* de todos los valores sociales

con el desenfrenado egotismo de Stirner y de Nietzsche. Abandonada a sí misma, negando toda sanción superior para sus actos o manteniendo la sombra de una religiosidad teórica la burguesía ilustrada rechazó el individualismo excesivo que atentaba contra sus privilegios; pero aceptó una ética de compromisos entre su concepción de los principios naturales y su insaciable deseo de dominio.

La nueva cultura aún no ha dado sus frutos, hállese en pie de guerra, proclamando la lucha temporaria de clases hasta el logro de su sueño comunista, lo que se refleja en una tensión excesiva, una actitud rígida de defensa o de ataque. Al concepto individualista opone el fondo colectivista de la doctrina que alcanzó su madurez científica a mediados del siglo XIX. Trata de despertar y afianzar un hondo sentimiento gregario, cultiva al individuo para convertirlo en un elemento activo de la máquina social. La conciencia de clase no es más que una táctica transitoria para llegar a la nivelación. Basándose en las modernas doctrinas biológicas afirma su ideal colectivo, la interdependencia funcional de cada una de las células del organismo justo y equilibrado, limitando las atribuciones individuales, las iniciativas arriesgadas en pro de la armonía del conjunto. Compréndese desde ya qué dosis de optimismo informa tales principios, toda innovación ha dejado en su marcha más de un sueño que sirvió de elemento propulsor a sus acciones. La realidad psicológica es superior a los designios de algunos hombres entusiastas.

Y si los planes francamente colectivistas hallaron cierta oposición en Rusia, patria del fatalismo y del *nitzchevo*, donde la docilidad gregaria es puramente asiática, podríamos pensar lo que sucedería si la nueva cultura se impusiera a los pueblos occidentales. Debería aceptar compromisos y modificaciones que la transformarían, no tanto en su base económica substancial, sino en las manifestaciones sociales superiores que llegarían a quebrar su uniformidad y su teórica armonía. Solo una minoría puede aceptar conscientemente un programa definido, minoría agitada por el sagrado entusiasmo del ideal, los más acatan por pereza o por temor lo que choca con sus intereses mezquinos, su egoísmo rapaz y limitado. Sólo una secta apasionada, llámese cristianismo apostólico o partido comunista ruso puede tener tal dosis de

con el desenfrenado egotismo de Stirner y de Nietzsche. Abandonada a sí misma, negando toda sanción superior para sus actos o manteniendo la sombra de una religiosidad teórica la burguesía ilustrada rechazó el individualismo excesivo que atentaba contra sus privilegios; pero aceptó una ética de compromisos entre su concepción de los principios naturales y su insaciable deseo de dominio.

La nueva cultura aún no ha dado sus frutos, hállese en pie de guerra, proclamando la lucha temporaria de clases hasta el logro de su sueño comunista, lo que se refleja en una tensión excesiva, una actitud rígida de defensa o de ataque. Al concepto individualista opone el fondo colectivista de la doctrina que alcanzó su madurez científica a mediados del siglo XIX. Trata de despertar y afianzar un hondo sentimiento gregario, cultiva al individuo para convertirlo en un elemento activo de la máquina social. La conciencia de clase no es más que una táctica transitoria para llegar a la nivelación. Basándose en las modernas doctrinas biológicas afirma su ideal colectivo, la interdependencia funcional de cada una de las células del organismo justo y equilibrado, limitando las atribuciones individuales, las iniciativas arriesgadas en pro de la armonía del conjunto. Compréndese desde ya qué dosis de optimismo informa tales principios, toda innovación ha dejado en su marcha más de un sueño que sirvió de elemento propulsor a sus acciones. La realidad psicológica es superior a los designios de algunos hombres entusiastas.

Y si los planes francamente colectivistas hallaron cierta oposición en Rusia, patria del fatalismo y del *nitzchevo*, donde la docilidad gregaria es puramente asiática, podríamos pensar lo que sucedería si la nueva cultura se impusiera a los pueblos occidentales. Debería aceptar compromisos y modificaciones que la transformarían, no tanto en su base económica substancial, sino en las manifestaciones sociales superiores que llegarían a quebrar su uniformidad y su teórica armonía. Solo una minoría puede aceptar conscientemente un programa definido, minoría agitada por el sagrado entusiasmo del ideal, los más acatan por pereza o por temor lo que choca con sus intereses mezquinos, su egoísmo rapaz y limitado. Sólo una secta apasionada, llámese cristianismo apostólico o partido comunista ruso puede tener tal dosis de

misticismo imperativo para transformar la agresividad individual en cohesión colectiva; para los retrógrados, los indiferentes, los oportunistas y los adversarios queda el imperio de la fuerza o la costumbre convertida en ley. Por lo tanto, la aspiración a la cultura colectivista absoluta, ahora como en el tiempo de Platón, es un ideal al que tratan de acercarse los iniciados; pero condenado fatalmente a empequeñecerse, a reducirse, a perder el prestigio de su entereza tras las múltiples irrupciones individualistas. De él solo quedará con el tiempo lo asequible y real, acaso el *nous* íntimo que sobrevive a las contingencias del tiempo. Sirvan como ejemplos otros grandes procesos históricos que impusieron su fisonomía a la cultura de una época, el helenismo transportado a Roma y al Oriente, el cristianismo, la Revolución Francesa.

Insistimos sobre estos puntos porque el bolchevismo no es, como creen algunos, un cambio puramente económico de las relaciones entre el capital y el trabajo, pues tiende a implantar una civilización nueva con todas sus ramificaciones y superestructuras artísticas, científicas y morales.

Algunas obras más o menos imparciales, entre las que recomendamos la del profesor Dillon, podrán darnos una idea sobre el aspecto actual del problema y sus posibles proyecciones en el futuro de un pueblo determinado. Es menester alejarse por igual de los propagandistas *á outrance*, idealistas, fanáticos y exasperados y de los enemigos que solo buscan las lacras, exhiben documentaciones absurdas y cubren sus intereses económicos o de casta con la fácil filosofía de Gustavo Le Bon y Lothrop Stoddard. Después de un siglo aún hay admiradores incondicionales y detractores sistemáticos de la Revolución Francesa; unos consideran el flagelo circunstancial del Terror y olvidan las leyes sabias dictadas por los convencionales, otros exaltan al pueblo con un entusiasmo místico, aplaudiéndolo en sus desmanes y glorificando sus violencias. Michelet y Taine se miran frente a frente. Pero sobre los hechos transitorios, las grandezas, las locuras y los crímenes de los hombres, los procesos íntimos que llevan a la transformación o a la renovación de una cultura son los únicos que merecen la severa atención del estudioso.

En el período de transición por el cual atravesamos merma

el ideal del pasado y asoma el temor del futuro. La vieja cultura se disgrega. La hostilidad y la desconfianza entre las naciones, el proteccionismo aduanero casi universal agravan la crisis económica provocada por el exceso de producción, las especulaciones monstruosas, las deudas de la post-guerra. El escepticismo de los unos y la rapaz hipocresía de los otros son rasgos típicos de una honda crisis moral, disfrazada por los viejos hábitos que aún no se han podido destruir. La espléndida floración científica del siglo pasado se esteriliza en la mediocridad, el predominio de la técnica, el amor al detalle. Y en cuanto al arte se arrastra la decadencia de las viejas escuelas entre la inquietud, la falta de originalidad profunda, la *pose* artificial, el impúdico afán de lucro de los innovadores.

La nueva cultura ofrece a la investigación ansiosa de los contemporáneos, sobre todo de las clases productoras, la relativa realización del viejo sueño de justicia económica, el predominio social de los que trabajan, con una marcada e injusta predilección por el esfuerzo manual, substanciales reformas en la moral que tiende a ser más libre, más de acuerdo con los dictados naturales; pero confundiendo a veces la libertad con la licencia de costumbres. Esta cultura, ensayada en Rusia entre dificultades innumerables, en un medio a menudo adverso, debiendo sostener la hostilidad de los campesinos y la guerra larvada de las naciones capitalistas no ha salido hasta ahora de su estado de experiencia precipitada, impuesta por la fuerza. No se sabe hasta qué punto sus fracasos hallaron compensación en los éxitos alcanzados, tan confuso es el panorama que nos presenta, perdido entre nubes de encono y de apasionada retórica, disimulando los actuales errores con la mágica visión del porvenir. Y una estructura, si moralmente vale por lo que promete, solo satisface por lo que da.

Un punto hay que caracteriza a la nueva cultura, el monopolio general del Estado, cuya consecuencia inmediata, la fiscalización insistente y necesaria hasta en los más nimios detalles del complicado organismo irrita las susceptibilidades individuales, choca por su autoritarismo con el impulso de libertad de las almas superiores. Esta censura tiránica conduce fatalmente al predominio de la clase dirigente o de un partido que cree con-

servar con unción mística los sagrados principios. Los tutores del proletariado ejercen, durante la minoría de la clase que representan, una dictadura inquisitorial. Escogida como método de guerra contra los enemigos internos y externos debe fatalmente eternizarse en sus funciones; lo prueba una serie de circunstancias psicológicas, históricas y sociales. Sabemos que los adalides del comunismo juzgan esta situación como transitoria, impuesta por las condiciones adversas y la incapacidad *actual* del proletariado para regir sus propios destinos. El Estado desaparecerá automáticamente con el tiempo. Lenin insistió más de una vez sobre este aserto, sin otra base que sus reflexiones teóricas. El optimismo de Rousseau, punto de partida de toda construcción ideológica social, hace *tábula rasa* de lo que milenios de historia nos enseñaron sobre la sutil y atravesada psicología del *Homo Sapiens*, que es también el *Homo homine lupus* de Hobbes.

El hombre contemporáneo tiene la sensación angustiosa de haber llegado a una encrucijada de la historia. Dos culturas substanciales, análogas por el espíritu materialista y técnico; pero enemigas por sus principios económicos y morales están frente a frente. A pesar de los desaciertos de los gobiernos, la increíble ceguera de los dirigentes, sus enconados bizantinismos y sus hipócritas tratados no puede saberse que vitalidad oscura alienta aún en el fondo del viejo sistema que domina al mundo. Roma fué lo bastante fuerte para resistir durante siglos a las oleadas de los bárbaros; el genio práctico de algunos Emperadores retardó la posibilidad de caer bajo aquella avalancha que arreciaba, insinuándose en el seno mismo del más colosal de los organismos políticos, ocupando la milicia, la administración pública, conservando, bajo la romanización aparente, el odio heredado de los abuelos. Pero circunstancias extremas pueden abreviar el derrumbe de una cultura; lo prueba la Revolución Francesa que liquidó en pocos años el complejo aristocrático y centralista que había sucedido al régimen feudal. Edificios sociales que parecían soberbios e impecederos precipitaron al menor empuje, mostrando su contextura en plena decadencia. Negar la lucha contemporánea, reducirla a un fenómeno contingente en un pueblo determinado es dejarse arrullar por un peligroso optimismo; exagerar su importancia, evocar fantasías de Apocalipsis y del

año Mil no es bueno ni prudente, pues despierta el pánico en unos y facilita la irrupción de sueños mesiánicos en otros.

Pero abstracción hecha del tiempo, siempre circunstancial y variable, los grandes ciclos históricos siguen su curso con la regularidad de una ley biológica. Los hombres solo pueden esperar, temer, luchar para abreviar o retardar el desenlace, seguir la corriente canalizándola o presentándole diques transitorios. El hecho histórico *en sí* está mucho más allá de su voluntad y de sus medios.

Un conjunto social decae, su agonía puede prolongarse durante años o siglos; pero acaba por desaparecer parcial o totalmente para ser reemplazado por una cultura nueva, mejor o peor según los casos, a veces una copia modernizada de lo antiguo en el eterno retorno de las cosas. Arriesgado sería hablar de un progreso ineludible y fatal en el sentido romántico, porque puede ser todo lo contrario y aún en las formas de evolución franca parciales involuciones señalan ya *ab initio* los puntos débiles que más tarde, merced a causas contingentes y variables, provocarán la decadencia y la muerte de la nueva cultura.

HERNANI MANDOLINI.

NUESTRA CIVILIZACION

QUIEN sea capaz de discernimiento y de imparcialidad, no necesitará largo estudio para comprender que el genio, el heroísmo, la resolución y hasta los dones menores que realzan y han realzado el nivel común de la humanidad, superando ese pobre existir animal o vegetativo en que se diluyen tantas vidas, son independientes y ajenos a la educación.

La educación según la entienden sus panegiristas exaltados, subordina la conducta del hombre a normas inventadas por ciertos hombres, y viene a ser un determinismo contrario al de la naturaleza. Tal educación no puede tener y no tiene la eficacia que le atribuyen sus paladines.

Se nace con un determinado caudal de propensiones y posibilidades; el ambiente y el conjunto de las circunstancias en que transcurre la vida de cada ser humano, desarrollarán unas u otras de esas propensiones, y resultará tal o cual temperamento, carácter y personalidad; pero la influencia especial y deliberada que con el nombre de educación se quiere ejercer allí, no conseguirá nada importante si no existe el terreno apropiado. Solamente podrán madurar la inteligencia y otros gérmenes cuando *preexistan* como vocación.

La educación según se la entiende hoy, es un completo error. Todavía está en boga esa especie de moral oficial y doméstica cuyo manual resobadísimo prescribe como una salvación los propósitos educadores cual los únicos que pueden dar vigor al espíritu, librándole de una futura debilidad ante el mal. Esto no pasa de ser una de las tantas supersticiones propias de una ética falsa.

Afirman algunos optimistas, que la civilización al educarnos, nos hace más responsables. La verdad es que la educación civili-

zada, no en teoría, pero de un modo tácito, práctico, eficaz, enseña a cada uno a eludir las grandes responsabilidades, sin preocuparse de enseñar la independencia y la dignidad del alma; y es que en lo secreto, prefiere la cobardía, el miedo, el disimulo y la astucia.

Macaulay comparaba la sociedad de su tiempo, con una partida de caza formada por liebres y lebreles. Hoy esta verdad es evidente. Hemos asistido al gran fracaso de las falsas creencias. Ya nadie se atreve a dudar de ciertos hechos. Pero conviene comprobar el conjunto de errores reincidentes e intencionados, que como muralla o aparato defensivo han construido los aduladores pensantes, para favorecer a una minoría interesada.

La humanidad no se ha corregido de su cobardía supersticiosa.

Con toda impunidad, cada generación ha mistificado a las subsiguientes. Casi no hay más que encubridores y víctimas; éstas no por cierto, del todo inocentes.

Siempre queriendo engañar el remordimiento y disimular los yerros, se han promulgado los símbolos y las palabras de sonido brioso; y el engaño mantuvo y acreció su categoría ilustre y su significado trascendente de arte heroico.

Marcelina Desbordes Valmore, canta en una poesía su pena al dejar a su hijo el primer día en la escuela. Es el sentimiento que sobrecoge a toda madre inteligente, ante una educación que no continúa la vida y que lejos de perfeccionarla, la vuelve subterránea, artificial y enferma en sus raíces.

El primero y peor fruto malo de la civilización —fruto que casi todos recogen y comen— es esa huida de lo verdadero. Esa fuga de la existencia máxima cuyo complemento y consecuencia es lo bello, significa precisamente el renunciamiento de la Belleza, que es todo el valor de la vida humana. Al huir de lo natural, por obra de la educación y sus modelos ejemplares, hemos abominado de lo verdadero y hemos perdido lo hermoso.

Ni el *actualista* más alucinado, podrá encontrar belleza a las expresiones propias de nuestra época, ni a las formas y manifestaciones con que se hace presente. A esta civilización en que nos movemos, la caracteriza una jamás alcanzada fealdad. Una fealdad no solo reñida con los cánones clásicos, sino también con toda inspiración popular.

La antigüedad, logró una armoniosa grandeza ; con el milagro de sus líneas destacó la gracia fuerte de lo proporcionado. Egipto y Asiria equilibraron lo colosal y lo desmesurado con cierta graciosa inquietud y un entrañable sentido de lo artístico. Grecia poseyó la medida, la superior geometría de los templos, la música escultórica de las danzas.

Y posteriores pueblos, lograron cada uno alguna belleza sobresaliente. La Edad Media alumbra por cualquier ojiva o roseta vidriada y multicolor de sus catedrales góticas ; el Renacimiento es un retorno a los dorados cielos paganos ; en la Edad Moderna, sobresale el ansia de saber, la inquietud y la curiosidad ante lo desconocido ; cada edad tiene su rasgo, su perfil, su aroma o bien todo un conjunto relevante. Pero desde el final del siglo XVIII, desde que la máquina y la industrialización comienzan, la fealdad de nuestra civilización se vuelve más lastimosa cada vez, sobre todo a partir de la guerra mundial.

Vive el mundo preocupado de números y dimensiones, con un concepto infantil o senil de la grandeza.

Y la turbamulta opina, que la *utilidad*, quita toda importancia a la Belleza. Esta utilidad es la de una mecánica capaz de servir a los gustos más exigentes. Pero el más leve discernimiento nos dice que todo ese aparato de esclavos mecánicos a nuestro servicio es el monstruoso tirano impersonal, intangible, que nos va remachando la cadena de la esclavitud más espantosa.

Duhamel, en su reciente libro sobre los Estados Unidos, habla de la ficticia comodidad de que goza un hombre en un hotel de cuarenta pisos. Allí la vida se mueve organizada por una red de botones eléctricos ; una para cada necesidad, y el individuo se debate como preso en la complicada red creada para su solaz.

El hombre que antes era esclavo de otros, ahora lo es de sí mismo. ¿Cómo se ha llegado a eso? Por una educación o inculcación —por la escuela, la prensa periódica, y el ambiente de la calle—, por la imitación de las falsas superioridades, a causa de un criterio moral artificioso y del más estúpido y nefasto de los cultos: el culto de sí mismo. Así cada hombre aprendió y sigue aprendiendo a satisfacerse, bajo el pretexto de superar el nivel común de la humanidad. No aprendió a renunciar a muchas

cosas, para ganar otras mejores. Se encerró en los límites de su ignorancia por un engeguamiento progresivo. Desde niño se le enseñó a manejar con mucha suficiencia conceptos y teorías que no comprendía. No aprendió nada parecido a la gran certidumbre clara y serena que tanto se necesita en la vida: la idea sencilla de que se ignora todo; la ingenuidad, que no trazándose rutas, goza profundamente y aprovecha de todo lo imprevisto: y cuando lo imprevisto tiene mal aspecto, no está inhabilitado para afrontarlo.

El hombre de estos días turbios de la historia, llegó a creer que lo fuerte, lo grande, el impulso y la pasión, igual que las cosas materiales, tenían límites susceptibles de medirse y su anhelo fué superar las mayores dimensiones, lanzándose a la conquista del único mundo que conocía: el mundo exterior. Por eso nuestra época, además de fea y desmesurada, es triste. Triste la música multiplicada por el prodigio mecánico, y triste el color elocuente de los letreros que no son luces de fiesta, sino vulgares gritos de competencia comercial.

La solución se presenta difícil, pero clara: limitar deseos, que es igual a suprimir necesidades. El hombre actual debe arrancarse de sí mismo, para comenzar su cura. Sólo el retorno a lo simple y natural puede salvarlo. Empiecen a comprenderlo los individuos jóvenes, que buscan campos de vida para sus arrogancias naturales y aire más puro para sus pulmones ávidos.

En el arte *actualista* —le llamaremos así para descansar de los ismos— no todo es despreciable. Si se separa la porción de mala fe ordinaria, su balbuceo puede descubrir algo hacia un retorno claro.

Parece haber un propósito inconsciente en los tanteos pueriles y en las equivocaciones vacilantes: en la simplicidad arquitectónica y edilicia, en la estilización con tendencia a lo primitivo en pintura y escultura y en la preferencia sintética de poetas y prosistas; en todo ello, hay un germen sano que pugna por emerger a la luz.

En los primeros años del siglo XX, nuestra civilización cuyo comienzo podemos datar en los días de la Revolución Francesa, vivió su momento de mayor brillo: en la música elegante de los valsés alemanes, en la licenciosa aristocracia de los círculos re-

finados de Viena, de París y de San Petersburgo, en los libros ultraexquisitos y en las filosofías de poético entusiasmo. Y todo eso lo devoró la hoguera roja del 14. Desde entonces vivimos en la franca decadencia, puesta en claro por esa crisis. Pero en América sólo la hemos vivido de reflejo.

Las convulsiones llegaron como ondas temblorosas para quietarse en nuestras playas. Porque esta parte de América es la promesa grande del mundo. Y aquí ha de encenderse otro sol que alumbrará las viejas tierras turbias. Muchas cosas nos son propicias: no tenemos conflictos internacionales, ni exceso de población. Tenemos seguro instinto para conocer lo mejor y hacerlo nuestro. Como la tierra absorbe y transforma la materia, esta tierra de América ha de absorber y transfigurar la Humanidad conocida.

Hacerlo, es la obra magna de *crearnos*, con el fulgor radiante de verdaderas novedades: otra educación, otras direcciones, otros propósitos para lograr otros *frutos*.

Queremos que después de esta civilización que se acaba, aparezca la verdadera humanidad. La lograremos, aprovechando todas las experiencias del camino, no condenando a nadie, sin dolernos del pasado que no nos pertenece, ni del presente que podemos superar, respondiendo a los llamados de la Naturaleza, en el desprendernos de cortezas sucesivas, hasta encontrar lo medular, generador y eterno.

W. G. S. M.

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ.

Buenos Aires, 1932

MUCHACHA DESNUDA

A Arturo Capdevila.

I.—INICIAL.

UNA muchacha linda se desnuda en mi verso.

Y su perfume a carne joven y sensitiva
abrillantar no puede mis ojos de lascivia.

Baña su desnudez en el agua del verso.

Me bastan su mirada, su voz y su sonrisa
y el ánfora marmórea de su belleza limpia.

Y hay un olor a carne de muchacha en mi verso.

IX.—EXTASIS.

COMO una tenue víbora de seda
se ensortijó en tus bucles mi mirada,
la atrajo la mentira de tus perlas
y bajó hasta enroscarse en tu garganta.

Y hubiera descendido hasta tus senos
a realizar la muerte de Cleopatra,
pero cerré los ojos y la víbora
cayó de golpe y se arrolló a tus plantas

* Fragmentos de un poema.

X.—ANACREONTICA.

SOBRE los hombros se te posa
 tras el cansancio de su vuelo,
 un casal de palomas rosa.

(El casal te ha acercado al cielo)

Yo no sé qué, pero imagino
 que un velo místico te escuda
 y emanas un claror divino.

(... pero te encuentro más desnuda!)

XI.—DORMIDA.

GUARDAS bajo las párpados luces de amaneceres;
 tu savia corre lenta como en tallos marchitos.
 Una alba de pureza te ilumina las sienes:
 quien tiene alba en las sienes debe soñar con lirios.

Carne para la fiesta de los siete puñales.
 (A los siete puñales me los mella el instinto)
 Mirándote dormida rezo sobre tu carne
 la plegaria angustiosa de mis cinco sentidos.

Un ensueño te inquieta como espina en la carne.
 Mis pensamientos hieren tus pensamientos limpios.
 Sin duda estás soñando que te muerde los senos
 el cachorro sediento de mi instinto.

XII.—GUARDIAN

COMUNIDAD del agua de tus ojos
 y el de la mansedad de tu tristeza
 y el de la limpidez de tus palabras.

Plasmada en azucenas,
 si entrecruzas las manos sobre el pecho
 y, como abroquelada de inocencia,
 echas sobre el camino la celeste
 lentitud de tu sombra fina y rezas
 las elegías de tus años mozos
 la tarde tiende un velo de pureza
 desde el divino mármol de tu cuello
 hasta el pie de divina transparencia.

A beber de tus ojos
 bajan los pájaros de mi adolescencia
 y duermen en tus manos su fatiga.

(Más desnuda que Tú,
 la tarde danza su primer estrella.)

Me he clavado el cilicio de las uñas
 y, cachorro sombrío de una angustia pretérita,
 tiéndome junto al hielo de tu planta
 a custodiar la triste castidad de tu bestia.

XIII.—MADUREZ.

DESPERTAR de la savia si el gorjeo me anuncia
 la fiesta de los cinco sentidos.
 Dueño de las palabras de los niños
 quedo como una poma a la lluvia.

Este paisaje es primavera
 y es primavera tu alegría;
 peinan tus manos pájaros de albricias
 y tus ojos escintilan poemas.
 En tus cabellos aprisionas
 las arañas del sol y de la luna.
 Tienes veinte años y una
 primavera aromosa y luminosa.

La piel suave,
 rosada y fraganciosa de la poma
 después de la llovizna pasajera, ágil, loca
 de esta tarde
 y su pulpa dehiscente
 jugosa y dulce,
 me hicieron degustar el sabor de tu púber
 juventud amagada de serpientes.

Y hubiera hecho como con la poma
 con la frescura de tus años mozos. . .
 Siento el gusto a la sangre de tus labios
 y el sabor a la carne de tus senos redondos.

XV.—DANZA.

D^{ESEO} verte bailar desnuda
 la danza egipcia de la luna
 sobre un lago de púrpura
 flordelizado en estrellitas rubias;
 poner las manos juntas
 y tenerlas así hasta que una lluvia
 de luz las llene y bajen una a una
 las golondrinas ciegas de la luna.

Verte agitar desnuda . . .
 los senos redondos como frutas
 y bien maduros como frutas,
 ondular y glisar todas las curvas
 de tus carnes blanquísimas y puras
 y arrodillarte como nunca
 hasta que el manto fino de tu rubia
 cabellera te cubra
 y te haga como un copo de espuma
 sobre un lago de púrpura.

Ver alzarte, desnuda
desde los pies hasta la nuca,
y correr y danzar bajo una lluvia
de estrellas que te ciegan y te acucian,
y te sangran, te encienden y te punzan
hasta hacerte agitar en la locura
de rasgarte la túnica
que no has tenido nunca . . .

Verte ahorcada después en un rayo de luna.

GASPAR L. BENAVENTO.

Chaco.

ANA MARIA BENITO

DIÓGENES buscando una mujer en vez de un hombre, hubiera extinguido su linterna una vez descansado el foco inquisitivo y anhelante sobre la faz espiritual de Ana María Benito. Metafóricamente, eso hice yo cuando tuve la suerte, plena y breve, de encontrarla. ¡Qué gloriosa sorpresa de hallazgo! ¡Y qué incurable desolación de pérdida!

Ahora... ahora la linterna ha vuelto a encenderse. Pero ya no es la llama proyectada hacia adelante, la llama esperanzada en el hallazgo: ahora es llama de vuelta alumbrando una ausencia, velando en el recuerdo la existencia de un alma que, de admitir el concepto de Unamuno, no había cuajado aún completamente, porque no tuvo tiempo. "Nacemos sin alma —nos decía hace poco en el Ateneo madrileño nuestro gran castellano de Vasconia—; nacemos sin alma; algunos mueren con ella: los que han hecho una obra."

Y aquí, precisamente aquí, está la refinada y estúpida crueldad del sino de Ana María Benito: en no dejarla que tallara hasta el fin la maravilla en potencia de su alma, la obra magnífica que gestaba despacio —"sin prisa y sin pausa"— su talento preclaro.

Yo sé, además, que el Destino nos la arrancó en su mejor instante, en un momento trémulo de ímpetu de creación, de proyectos difusos y proyectos concretos resueltamente encaminados a una producción densa y numerosa. A través, primero, de una entrañada comunicación verbal; a través, en los últimos meses, de una correspondencia frecuente y minuciosa, acendrada de confidencias y de mutuas incitaciones al trabajo, yo sé que la muerte quebró, con su aldabonazo ineludible, un momento febril de actividad creadora, cuando la obra de Ana María Benito

—es decir, su alma, admitiendo el concepto de Unamuno— estaba en trance de lograr un enorme estirón.

Desde el día gris de mi despedida de América, hasta el día negro de su marcha del mundo, Ana María Benito produjo varios notables trabajos. Ahí está su ensayo sobre Arnold Bennet, su estudio sobre Hanson, su conferencia titulada *Shakespeare y la melancolía*. En este mismo volumen con que el fervor de unos amigos quiere darle un poco de la gloria literaria que ella, de haber vivido, hubiera conquistado, hay aún otros trabajos realizados en sus dos últimos meses de vida corporal. Espero que mi insigne compañero y amigo Enrique Méndez Calzada destacara técnicamente los valores literarios de estos trabajos. Ya ellos dan una idea de lo que hubiera llegado a ser la obra cuajada y plena. Sin relacionarlos con la obra en potencia, ellos en sí son ya bastante, son ya cosa lograda, obra parca, medida y controlada con cuidado exquisito, con el decoro aristocrático de no apedrear al público con las propias ideas, de no apresurar la edición de una obra propia en la que siempre desconfía un espíritu selecto y autocrítico. Ana María Benito sentía con exceso esta desconfianza. Respondiendo a un consejo mío, me decía en una carta —fecha “Tres de la República Española”—: “Tus observaciones a los trabajos que te di no pueden ser más justas. Dos cosas originan u originaban mi didactismo: el tener que hablar a personas no enteradas y mi absoluta falta de confianza en las propias opiniones.”

Aquí está su obra trunca. De la obra y de la autora podría decirse quizá lo que Oscar Wilde decía de sí mismo: “He puesto mi genio en mi vida. En mi obra sólo he puesto talento”... Pero tampoco así la frase es aplicable exactamente al caso de Ana María Benito. Si su genio no estaba, todavía, en su obra realizada, tampoco muy patente en su vida, al menos en su vida exterior. Su vida exterior era ese curso un poco gris y un poco a contrapelo, amable a los demás, benéfico a los demás, que es el vivir de un espíritu excepcional en cualquier capital de provincia mercantil.

Intimamente, yo sé bien que su vida era una llama atormentada por la propia ardentia y por las limitaciones del ambiente. Yo sé bien que el ambiente era tan estrecho a su ímpetu de vuelo

contenido, que la simbólica línea del horizonte inexistente se hacía realidad de filo tenso para herir el alma en carne viva de Ana María Benito.

Su genio no está, pues, ni en su obra trunca, ni en su vida exterior, condicionada y limitada por la fatalidad del medio. Su genio era ella misma. Era la armonía perfecta de su espíritu, la grandeza potencial de su talento, la elegancia serena de su juicio exacto, la rectitud ejemplar de su conciencia moral e intelectual, la sensibilidad extremada, su apreciación literaria y humana.

Sensibilidad extremada, equivalente a una infinita capacidad de gozo y sufrimiento. ; Cómo le dolía todo! . . . "Le dolía el misterio" —otra expresión genial de Miguel de Unamuno—; le dolía su destino; le dolía su patria; le dolía la mía; le dolía el arte —el arte maltratado por los gestos histriónicos de una pobre generación desorientada—; le dolía, sobre todo, el barullo intelectual.

Y así se fué, dolorida de todo, llena de heridas. Yo sé también que pocas gentes vieron estas heridas, porque las ocultaba su decoro bajo la geometría perfecta de su serenidad, porque sabía bañar su ala quebrada contra la raya tensa del horizonte en esa solución cordial que sirvió siempre para aliviar, para disimular al menos las heridas románticas: en esa solución cordial que es la templanza conciliadora del humor.

Le dolía su patria. Las cartas suyas que conservo —y las conservo todas como iconos sagrados— están llenas de alusiones doloridas a la situación política argentina y a una posible dictadura argentina. Según me informa una amiga común, su cuidado postrero fué averiguar la marcha de la elección presidencial.

Le dolía mi patria, porque también la amaba. Vivió con la misma intensidad que yo los acontecimientos políticos de España, y esperaba en ellos con ardiente esperanza. Desde Rosario me enviaba a París este mensaje: "20 de julio; ; España! ; España! He llorado leyendo la apertura de las Cortes Constituyentes. Yo he nacido para eso, para vivir en un ambiente caldeado por el fuego de las ideas. . ." Y en otra me decía: "Cuéntame muchas cosas de España; de su situación política; de sus grandes figuras del momento; del estado de opinión popular; de lo que promete la futura Constitución y el futuro Gobierno. . ."

Le dolía el arte maltratado por los gestos histriónicos —por

los gestos dramáticos— de una pobre generación desorientada. Comentaba en otra de sus cartas: "Recibí un número de *La Gaceta Literaria* de Madrid escrita toda por G. C. Me ha indignado. Estos jóvenes idiotas suponen que con frases y literatura desvergonzada se arreglan los problemas serios. ¡Qué falta de hombría y de señorío espiritual hay en esta llamada nueva generación!"

Le dolía el Misterio, le dolía el propio destino. . . Le dolía todo, porque lo amaba todo, porque sintió todos los modos de amor, todos los modos de pasión: el amor de amor, el amor de amistad, el amor intelectual, la pasión política. . . Demasiados amores, demasiada pasión para vivir en esta vida —dirá la gente—. No, decimos nosotros: el necesario amor, la pasión necesaria, lo indispensable y justo para vivir en esta vida, para merecer vivir en esta vida.

Pero el Destino piensa sin duda como "la gente". Y nos la llevó, sin piedad y sin justicia, un día de primavera americana.

En tan corto espacio temporal —menos de un año entre nuestro conocimiento y su muerte— ninguna otra existencia ha imprimido en la mía una huella tan honda.

Nos conocimos una tarde de febrero porteño, y nuestra coincidencia fué instantánea. Muy pocos días después, la coincidencia fué anudada, remansada y firmada en una larga conversación inolvidable, bajo eucaliptus y laureles de la plaza más emotiva, más sugerente, más propicia a la confianza y al ensueño, más humilde, más íntima y señera que tiene Buenos Aires: la Plaza de San Martín. Bajo nuestra palabra desfiló aquella noche nada menos que todo el panorama espiritual del mundo.

Después, nuestra amistad fué de todos los días. Confundimos anhelos y proyectos, entre los cuales era central el de su viaje a España. En junio siguiente, el destino menor que dispone los viajes de posible retorno, me hizo partir de la Argentina. Nos dimos una cita conmovida para Madrid. Aliviamos con esto el drama de la despedida. Pero aquel drama apenas aplazado se hizo después tragedia. Ya no hay remedio. Ya no hay remedio: el Destino mayor, el de los viajes sin retorno, torció implacable el rumbo.

Ya no será en Madrid nuestro primer encuentro. Será en esa misma tierra de Rosario de Santa Fe; en esa tierra que ya era para mí sagrada, porque me ganó el alma con uno de los gestos más cordialmente hospitalarios que ampararon mi vida caminante; en esa tierra que, hoy, es sagrada dos veces, porque en ella reposa Ana María. Junta a tanta solicitud viva, me llama ahora a la Argentina la cita eternamente romántica y eternamente misteriosa de una tumba. Si el Destino me deja, yo acudiré, no sé cuándo, a esa cita.

Entretanto, me seguirá en mis rumbos su recuerdo.

Su recuerdo de niebla. Era tan grande la atracción que la niebla ejercía sobre ella —soñaba con ir a beberla sin tasa en Londres—, que la tremenda nube del Eterno Misterio fué toda imán para su alma y la arrastró consigo. Se hizo ella misma niebla. Niebla sutil, mezcla de luz y sombra, que ya, a sus amigos, nos alumbrará siempre el camino, nos oscurecerá siempre el camino de nuestra propia vida.

CONSUELO BERGES.

Madrid, marzo de 1932.

LOS PREMIOS MUNICIPALES DE POESÍA

TAREA difícil es, sin duda, la del crítico y, especialmente, la del crítico literario. Finca la dificultad, ante todo, en el esfuerzo requerido para efectuar la análisis serena de los valores constitutivos de una obra. Luego hay que lograr, y esto es lo más arduo, que la síntesis de nuestra labor, síntesis exteriorizada con noble fin, no se anule ante la ceguera o la ira con que el amor propio acostumbra cegar a los autores. Ocurre con las artes lo que con la buena sociedad: tanto ésta como cada una de aquéllas, exigen ciertos procedimientos primordiales sobre los que resultaría pueril toda controversia. Un pintor, por ejemplo, habrá estudiado, entre otras cosas, dibujo, y manejará técnicamente los colores, sin lo cual nadie ha de tomarlo en serio. Pero contra la literatura, que es una de las más difíciles y, sin disputa, la más enciclopédica de las artes, hemos arremetido, cada uno en nuestro momento, los jóvenes ardorosos e incultos, los dómnes anquilosados y los políticos violentos y presupuestófagos. Entre los literatos porteños, pulula el personaje inculto y, por ende, insidioso, agresivo. Con frecuencia, que es bajo índice de nuestro valor intelectual, se responde con agravios personales a los reparos, justos o injustos, opuestos a las obras. Falta técnica literaria, falta disciplina mental, ejercicio inteligente de la democracia, elevación serena del espíritu. Por tal camino, ni mejoran los escritores ni podrán ascender nunca los críticos, y ha de seguir la vida literaria reducida a encontronazos rastreros y política turbia. Por otra parte, los grandes diarios, con su sección de crítica anónima, suelen prolijar, sin quererlo, intereses bastardos. Y, desde el baluarte de su periódico, el crítico despótica o hace despótica contra su probable competidor en el concurso, ensalza a quien le interesa o "perdona la vida" a quien está por encima de

él. Ocurre también que no siempre acertamos al suponer fina sensibilidad y educación correcta en nuestros literatos. A veces, bajo el fulgurante caparazón de gomina, se agazapa la melena crinuda y, bajo ésta, el concepto cerril. En otras oportunidades, el sedoso y colorido plumaje de la literata canora, disfraza a una hembra viperina y procaz. Pero dejemos estas reflexiones que, desde luego, no se refieren ni pueden referirse a ninguno de los tres gentiles poetas cuyas obras paso a considerar. Ellas son una flor deletérea que arranqué, por medio de una caña, a nuestro enervante jardín literario. No conozco personalmente a ninguno de los autores comentados en esta nota bibliográfica. Sólo el ejercicio regular de la crítica que he iniciado en *Nosotros*, hace me ocupe de las tres importantes obras premiadas. Por otra parte, es verdad sabida que un libro publicado comienza, en cierto modo, a ser ajeno al autor: fué vendido al público y éste tiene derecho a analizarlo como crea conveniente. La decencia impone un límite: respeto a la obra y, en primer término, al hombre.

Hace algún tiempo un jurado municipal le dijo a un autor a quien, injustamente, no premiaron: —“Yo no voté por su libro porque, si bien se mira, no tiene otro mérito que el de estar bien escrito”. Y el poeta le contestó: —“¡Ya quisieran muchos jurados que de sus libros pudiera decirse otro tanto!”. Efectivamente: solemos escribir tan mal en la Argentina, que muchos escritores y hasta los mismos jurados (que debieran ser todos —oh, imposible!— personas doctas y de buen gusto), piensan que la belleza formal y hasta la corrección del léxico son requisitos triviales en una obra literaria.

En el amor del viento, por Augusto González Castro, es —a mi ver— el mejor de los tres libros laureados. Obtuvo el segundo premio. Tiene, entre otros méritos, el de estar bien escrito. Lo enriquece un caudal emotivo fácilmente perceptible y una versificación de extraordinaria fluidez. El poeta mismo manifiesta, sinceramente, sus felices dotes de versificador:

Dicen que trabajo el verso
y nada es menos verdad:
me sale como me sale,
como me sale se va,
unas veces peripuesto
y otras veces cachafaz,

pero tan ágil y fácil
que hasta vergüenza me da.
Dicen que trabajo el verso
y nada es menos verdad.

(Romance del verso fácil).

Ronda de los pies ligeros
y de las mejillas rojas,
¡qué lindo es en este sitio
bailar la ronda catonga!
Muchacha, no tengas miedo,
que tu media no está rota,
baila que te baila, baila,
sigue bailando, paloma.
Muchacho, no temas nada,
que no has perdido la gorra,
vuela que te vuela, vuela,
baila la ronda catonga.

(Ronda de los pies ligeros).

La versificación flúida no impide que el poeta caiga en algún verso vulgar. Pero esto ocurre muy pocas veces. Véanse algunos ejemplos:

Y no esgrimas así las tijeras,
ni te enojas ni nada de eso.

(Canción elemental para Rosa María).

Ni el dolor interior, ni el de la herida,
ni la verdad serena que supura...

(Cuatro sonetos que resucitaron).

Tibio y suave hijo mío,
mi corazón es un vientre maduro...

(El Hijo).

Pero los defectos antedichos no afectan grandemente el valor de la obra. ¿Por qué se llama *En el amor del viento*? Lo expresa la poesía inicial:

No concentrarse jamás
y no tener nunca historia.
Ir en el amor del viento
y en la merced de la onda.
Tener sueltas las palabras
y las ideas remotas,
y en la lejanía avara
o sobre la arena pródiga,
ir vaciando lentamente
las impalpables alforjas:
el humo de nuestros sueños,
la espuma de nuestras horas.

(Romance del fuego y de la ola).

¿Qué canta el poeta? La evocación, dulcemente nostálgica, de la primera novia, el crepúsculo en el puerto, la noche, la luz, el aire, el humo. En varias oportunidades aparece la luna, con novedad y sin cursilería; otras veces la madre, el hijo. Hay en el libro una original composición, disminuída por el título inadecuado: llámase *Poema simple de la cocinera*. Parece inspirada en un ser querido, de superior jerarquía, el cual desempeña accidentalmente las delicadas funciones culinarias en que descansa, por lo general, la paz de los hogares. Hay una poesía incomprensible. Trátase de una niña a quien se invita a coser y, al fin de cada estrofa, se le dice: "La aguja... está en el delantal de tu madre." "Los botones... están en el delantal de tu madre." "La elegancia... está en el delantal de tu madre." Termina así:

Lo que te he dicho es una canción.
Una canción con algo de bueno.

(*Canción elemental para Rosa María*).

Mucho me temo que la niña no haya entendido ni j, como tampoco el lector. Quién estará en el secreto, ha de ser la madre de Rosa María; pero, en tal caso, hay que dedicar la composición a la señora y no a la inocente criatura.

Numerosas poesías y fragmentos merecerían transcribirse. Elegiré una breve, que tiene el mérito de ser como síntesis de la honda vida sentimental del poeta:

Tuve la mano suave para todos los nudos
y los nudos se hicieron fáciles en mi mano.
Anduve largamente por los caminos rudos
y se volvieron dulces bajo mi pie liviano.

Cortesía y ternura, timidez y paciencia
fueron mis cuatro muros y mi gran lejanía.
No dejé de ser niño y así aprendí la ciencia
de dar cuerda al juguete nuevo de cada día.

Siempre maravillado, nunca desfallecido,
encontré veinte veces el sendero escondido
que conduce a lo feo y que orilla lo vano;

porque andando y andando por los caminos rudos,
tuve la mano suave para todos los nudos
y los nudos se hicieron fáciles en mi mano.

Augusto González Castro es autor de otros dos libros de poemas (años 1928 y 1930), y de un volumen de cuentos (1927).

Seis libros integran el acervo literario de Eugenio Julio Iglesias. El último, *Ruta de soledad*, le valió el primer premio en el reciente concurso. Resulta extraño que el poeta, para expresar cómo lo atrae la *vieja emoción del romancero*, se valga del enea-sílabo en vez de usar el verso de romance. Ciertamente que agrega, refiriéndose a dicha emoción:

por remozarte en este siglo,
sueño;

pero aunque dicho remozamiento podría consistir en la modificación de la forma, tal objetivo —que sería destruir el romance— no es atribuible al autor, porque Iglesias usa en el volumen, abundante y correctamente, de tal forma poética, y no quiere “incurrir en el error pueril de considerar el medio expresivo como finalidad”. Pero lo que ha de señalarse como inconveniente, inarmónico, es la aparición de dos decasílabos al lado de los versos anteriores:

Surges joven, audaz y alada.
y cabalgas por ruta eterna,
gracia
del ritmo recio que no pasa.
voz del siglo XV, que en mi labio
surges joven, audaz y alada.
.....
Vieja emoción del romancero:
llévate mi alma y no la vuelvas.
Siento
tu eternidad en mi venciendo
a lo vano de este siglo mío,
vieja emoción del romancero.

(*Vieja emoción, y nueva, y eterna*).

En el verso *a lo vano de este siglo mío*, la preposición *a* es innecesaria, de modo que el mismo adolece de un doble defecto: métrico y sintáctico. El poeta evoca, como se habrá visto, la voz del siglo XV. Refiérese, por tanto, a la época de los romances llamados viejos. Y emplea voces que, sin llegar a ser arcaísmos, resultan poco usuales en el habla criolla. Consigue así cierto sabor de antigüedad con expresiones como *aguesos*, *acuciaba*, *señero*, *nudez*, *por filo del alba*, *haber* (por tener), etc. El autor repite palabras, logrando, unas veces matizar el concepto; otras,

sin obtener resultado alguno, evidencia la reiteración innecesaria del *procedimiento*. Véanse algunos ejemplos:

comprendí que comprendía
mi alocada sed de amor.

(Romance de la partida).

Caminaba mi camino
caminante de dolor.

(Ibidem).

“Dame, Vida, vida sola
con mi yo de compañero”.

(Romance desesperado).

mueertos que olvidan sus muertos!

(Ibidem).

No quiero saber de amores,
que de amores harto sé.

(Dos romances a la vanidad vencedora).

Negra de venganza
me ha de dar en lo más claro
de mi alma, que es mi alma.

(Canción de una danza loca).

He de rodar a su abismo
como la nada a la nada.

(Ibidem).

Solo de soledad, mi cuerpo, y quieto.
Y el alma, multitud de soledad en vida,
danzará y cantará...

(A mi carne).

y estoy del todo en mi todo.

(Romance del santo orgullo).

El mundo de todo el mundo

(Romance de los dos mundos).

¡Oh, mundo de todo el mundo...

(Ibidem).

“Soy el ser que ser ansiaste...”

(Romance del hijo vencedor).

He aquí algunas expresiones anfibológicas:

¿No son aquéllos gigantes?

—No, Sancho, que son molinos.

(Ultimo romance de Quijote).

El acento diacrítico no salva el desorden de la construcción. Puede responderse a quien pregunta: "No son aquéllos, sino éstos". Pero lo que quiere saberse es si son o no son gigantes. Luego hay que preguntar: "¿No son gigantes aquéllos?" El romance al que pertenece la interrogación comentada, termina de la manera siguiente:

Levantóse el caballero,
cuesta abajo ha descendido,
la luz que daba en su yelmo
prontamente se ha escondido,
y, mientras Sancho solloza
a la orilla del camino,
en las tinieblas del mundo
para siempre *se ha perdido*.

¿Quién se ha perdido? ¿El caballero o Sancho? He aquí otro ejemplo. Termina así una poesía:

—Cállese el desventurado,
y si de mundo se duele
cante canciones de mundo
porque el mundo *en sí* no quede.

(*Dos romances a la vanidad vencedora*).

¿A quién se refiere al decir *en sí*? ¿Al mundo en sí mismo o al mundo en el desventurado? Veamos otros versos censurables por la impropiedad de los vocablos:

en *l'agua* de su mirada
a mis pupilas ahondé.

(*Ibidem*).

Creo que ningún poeta moderno puede decir ahora *l'agua* ni *l'alma*, y no dudo un instante de que en el segundo verso la preposición *a* sobra, porque es bien sabido que el acusativo "de cosa" (en este caso *pupilas*), no debe llevarla. Suprimiendo la *a*, el verso lograría, sin dureza, la medida que le corresponde. Pasemos por alto algún galicismo y alguna cacofonía, para detenernos en un pronombre enclítico que resulta intolerable después de la negación:

—No diéronme en las mejillas,
que en la cabeza fui herido.

(*Ultimo romance de Quijote*).

De la colocación del pronombre se ha ocupado, en Buenos Aires, Mauricio Schneider, en uno de los cuadernos del Instituto

de Filología. Véanse las citas que trae a colación: "Bello, en su *Gramática*, califica de "trasposiciones horribles que ni aun a los poetas se les permitirían, no obstante la libertad de que gozan en el uso de enclíticas", los siguientes ejemplos: "no *celebróse* la boda con la solemnidad que se esperaba"; y "si *representáse* *La Mojigata* de Moratín, esta noche, iré a verla". Califica asimismo, de "construcciones insoportables" las siguientes: "El instrumento total en que *extendióse* el contrato" o "refieren los historiadores que *rindióse* la ciudad". No debe posponerse el pronombre átono al verbo cuando a éste precede un adverbio negativo, el pronombre o conjunción *que*, etc. En otro orden de ideas, hay que señalar una incongruencia iconográfica:

Del fondo de mi conciencia
el Cristo Jesús se alzó;
la barba, nieve sin mácula...

(*Romance de la partida*).

Todos sabemos que el hijo de Dios fué crucificado a los treinta y tres años de edad, y esa barba nívea, no explicada por el resto del poema, resulta desconcertante.

Léanse ahora varios versos, elegidos entre los buenos del volumen:

vile a través de los ojos
la rosa del corazón.

(*Romance de la partida*).

"¡Tu nombre es una caricia
hecha en la sombra, y en silencio!"

(*Canción del deseo adolescente*).

Yo me burlo de la noche
dándole aleva pedrada
con guijarro que es de luz.

(*Canción de una danza loca*).

Ruta de soledad revela un espíritu fuerte y austero, bien reflejado en esta transcripción final:

"Sólo mi presencia advierto;
a solas hablo conmigo.
Para la voz de los otros
cerráronse mis oídos;
para mis virtudes sólo
tengo mis frases de estímulo;

para mis pecados, sólo
mi sentencia y mi castigo:
soy mi señor, y me mando;
y soy mi siervo, y me sirvo."

(*Romance de la soledad lograda*).

Es Manuel Alcobre autor de dos libros. Treinta son sus *Poemas de media estación*, que han logrado el tercer premio. Es obra sin mayores complicaciones sentimentales ni técnicas. Está dividida en cinco capítulos, cuyos epígrafes son: *Restauraciones*, *La urbe*, *Trilogía*, *Los paisajes errantes* y el del volumen, que abarca seis composiciones. Unas veces evoca el poeta, con tranquilidad, su niñez: las viejas películas gustadas en el cinematógrafo pueblerino, la visita al jardín zoológico, la escuela aldeana, una pesca a orillas del Paraná, etc. En otras oportunidades, anota impresiones de momento. Dice así en la bella *Fijación del paisaje*:

Antes que este prodigio de luz y de belleza,
que la tarde ejecuta con la naturaleza,
se diluya en la ausencia del sol y de la hora,
he de encerrarlo dentro de un inmóvil ahora.

.....
... y esa niña que pasa entre el aire violeta
de los jacarandás, quedará siempre quieta,
como una diosa agreste, presidiendo el paisaje
con sus cabellos blondos y su rosado traje...

En esas impresiones momentáneas abundan los temas de carácter municipal: la plaza, el tranvía, el café, una barriada solitaria, un paso a nivel. Como son poemas de media estación (¿de primavera, de otoño?), abunda en ellos la llovizna, la lluvia, la niebla, la nieve y el granizo. El lenguaje, en general correcto, lo sería más sin algunas ligeras imperfecciones. Las señalo, tan sólo, porque creo huelga el comentario:

Y luego es tan oscura y fría el aula,
donde apenas si brilla un débil fuego,
que *más propio* diríase una jaula...

(*Primera rabona*).

Y en los cuadros de vidrieras,
que la lluvia da barniz,
contemplamos...

(*Intervalo*).

Abusa el autor de cierta defectuosa pronunciación, común a la Argentina y a ciertas regiones de España, pronunciación que diptonga de continuo vocales fuertes. En algunos casos podría tratarse de admisibles sinéresis; pero bien sabemos que, en nuestro país, cuando decimos *tea-tro* o *tia-tro* (por *te-a-tro*) y *Al-vear* o *Al-viar* por (*Al-ve-ar*), no intentamos ninguna figura prosódica. Es así como el poeta considera trisílabas voces tetrasílabas: *al-de-a-nos*, *o-le-a-das*, *ce-re-a-les*, *pa-se-an-tes*, *ho-je-an-do*, *pe-a-to-nes*, *co-rre-te-ar* y *sol-fe-a-ba*. Es la sinéresis una figura inarmónica, que oscurece la límpida sonoridad de las vocales; pero no censura, en este caso, el uso sino el abuso de la misma. El autor incurre algunas veces (Pgs. 23 y 32), en versos consonantes que son, simultáneamente, asonantes de los inmediatos, con lo cual amengua la variedad musical de la composición. He aquí una de las buenas poesías del volumen:

La noche sobreexcita la frialdad del ambiente.
 Mi vagar se ha tornado descanso en este puente
 que se incorpora sobre las cintas ferroviarias.
 A lo lejos la urbe se quema en luminarias,
 y, debajo, la sombra de una locomotora,
 en cuyo propio fuego por momentos se dora,
 avanza y retrocede, en tanto mancha el viento
 con un humo azulado, que a veces es sangriento.
 El cambista, fantasma luminoso en la noche,
 se pierde y reaparece por entre coche y coche.

.....
 Entre tanto, la noche, más rica que la aurora,
 luce la pedrería que en lo azul atesora.
 La urbe envía vagos rumores de tormenta,
 que interrumpe la máquina, cuando silba o alienta.
 Los semáforos tienden rubies y esmeraldas
 Tengo la urbe al frente y el campo a mis espaldas:
 por un lado el silencio y por el otro el ruido.
 ¿Dónde estará la suerte de la paz y el olvido?...
 Así, dilucidando misterios del DESTINO,
 mientras libro al futuro para un nuevo CAMINO,
 por borrar del presente las pretéritas huellas,
 me pongo a sumar puntos de luz a la distancia,
 lo mismo que en las noches serenas de mi infancia
 solía entretenerme contando las estrellas.

(Pausa).

Tal es la opinión que me inspiran los tres importantes libros de versos premiados en el último concurso municipal.

AUGUSTO CORTINA.

SOBRE HIEROGRAFÍA HINDÚ (1)

SON buenos libros los que despiertan curiosidades y urgencia de mayores esfuerzos. Si es así —y no hay, supongo, quien pueda dudarlo—, el de Vicente Fatone, *Sacrificio y Gracia, de los Upanishads al Mahayana*, es de aquellos libros que hacen honor tanto al escritor como a quien los lee. La honradez con que está concebido le confiere un lugar de excepción en la producción bibliográfica de nuestros jóvenes.

Dos grandes problemas, o “momentos”, se propone esclarecer el autor de este meditado ensayo de historia religiosa. El primero es el largo proceso que atormentó el espíritu de la India antigua durante aquel intenso período de especulación y discusión doctrinal que puede considerarse terminado con la aparición y desarrollo del Budismo. El segundo problema es la existencia de un nexo que, partiendo de la inquietud upanishádica, la ensambla con la predicación de Gotamo “el despertado” y sus epígonos, formando una línea, sinuosa sí, pero continua.

Diré inmediatamente que Fatone demuestra poseer erudición y un dominio profundo de los textos y de la literatura exegética, y que de este dominio logra convencer al lector ya desde la primera página. Es realmente este que resumimos, el primer escrito que se publica en el país sobre esta materia, que no esté recopilado a expensas de manuales o compuesto de fáciles lirismos y lugares comunes.

El autor evita tanto las generalidades como los preliminares, porque los supone conocidos por el lector. Es ésta una posición que he recomendado yo mismo, también con el ejemplo, en nom-

(1) Apostilla al libro de Vicente Fatone: *Sacrificio y Gracia. De los Upanishads al Mahayana*. Buenos Aires, 1931.

bre de la seriedad de propósitos que debe asistir al escritor, y de la densidad de cultura que es propia de nuestros días.

No voy a esconderle a Fatone que esto le acarrea también desventajas. Hablo de la resistencia de todo aquel mundo esnobista y gárrulo que se nutre, intelectualmente, de juicios hechos y de frases a la moda.

Hijo de la Superficialidad, ese mundo confunde a menudo el concepto de "religiones positivas" con el "movimiento religioso" de que ellas son epifenómeno, y, en cierta medida degeneración formulista y oficializada.

Hijo de la Moda, ese mundo es esclavo de frases vagas e imágenes nebulosas, como la pretendida diversificación dicotómica entre Occidente y Oriente, creada sin espíritu de crítica y sin finura de observación, pero aceptada como verbo revelado por todos los que están desprovistos de posibilidad crítica personal.

Las cuestiones tratadas por Fatone en los dos "momentos" que hemos mencionado son, principalmente, las siguientes:

En primer lugar la naturaleza ascética de gran parte de la especulación religiosa conocida bajo el nombre, algo impropio, de Induismo. Mientras algunos autores, por ejemplo Guenon, han afirmado que "el misticismo es totalmente desconocido en Oriente", Fatone logra convencernos de la inexactitud de esta negación. En realidad, es necesario aceptar la conclusión de Fatone: "parece difícil negar misticismo a los Upanishads".

El defecto de aquella negación tan rotunda estaba justamente en su pretensión de síntesis. ¿Qué es el Oriente? ¿Qué es lo Hindú? Como bien lo dice Fatone, "intentar una caracterización de lo Hindú presentándolo como una doctrina, es absurdo". "¿Cómo hablar de un único círculo donde siempre concluye ahogándose la personalidad?"

Podría añadir que muchos olvidan que lo que llamamos India fué y es un conjunto abigarrado de muchas naciones.

En cuanto a las Upanishads (prefiero conservar el femenino), la verdad es que ellas son obra de pensadores y escuelas distintas, y a veces en lucha, y por tanto presentan, más que una doctrina o una tendencia o estado de alma, gran abundancia de posibilidades y actitudes, y para ser más exactos, todas, o casi

todas, las tendencias o actitudes posibles al espíritu humano. Con respecto al problema central, que es la naturaleza del Brahman, tenemos la imagen de un Brahman disuelta en la concepción panteísta al lado de otras de un Brahman personal y absoluto, que puede ser parte de la conciencia, o, en cambio, colocarse frente a la conciencia. Cuando de la especulación y de la discusión nacieron los sistemas, que son tantos y tan diversos, y unos han pasado más o menos íntegramente a la literatura "canónica", mientras otros fueron rechazados como herejías por la selección oficial, el Vedanta polarizó la primera de aquellas concepciones, y el Sanckya la segunda. Quien ha asistido mentalmente al laborioso proceso de todo movimiento religioso, ve con claridad, también con claridad, también, por ejemplo, en el Cristianismo, que es idéntica la mole y la combatividad del pensamiento humano que conduce, a través de contradicciones y audacias sin límite, hasta la extinción del movimiento mismo, en cuanto energía virtual y creadora, para estancarse en las formas apicales que conocemos y que el vulgo considera representativas de la religión de un pueblo.

La falta de concepción histórica y elementales ignorancias del mecanismo creativo de un sistema religioso, han sido la causa principal de un error desgraciadamente muy difundido entre los lectores de aquellos libros en que la nebulosidad de la literatura sánscrita y su práctica inasequibilidad para la mayoría de las personas, están aprovechadas en un sentido confusamente neomístico, o, más bien, ocultista. En tales escritos se llega a hablar corrientemente y con la mayor desenvoltura, de la "unidad lógica", de la "construcción sistemática" y "congruencia íntima" de las religiones y el pensamiento de la India antigua, como si el intenso movimiento creativo realizado entre la desnuda y uránica religión de los Veda hasta la formación del anacoretismo postulante y predicador de los tiempos clásicos, si ese larguísimo proceso fuese el efecto instantáneo y repentino de una fugaz actitud del espíritu y de un subitáneo estado de conciencia. Esquemas, subordinaciones y edificios lógicos son —como lo sabemos documentalmente— obra de arreglos posteriores, cuando —después de enconadas resistencias— la casta sacerdotal se decidió a admitir las escrituras. Es sorprendente que se encuentren

tantos comentadores dispuestos a ignorar este “ananké” que incumbe a toda la literatura sagrada de la India, cuyo estado actual, aun hablando de los libros más antiguos, como el Rig, lleva, como ningún otro documento de la antigüedad, las huellas profundas y profusas de una “sabiduría” canónica que debía velar por los intereses de sectas más o menos generalizadas. Se habla corrientemente de la coordinación del poema homérico por Pisistrato; pero su confrontación con la “diasquéuasis” brahmánica de los viejos himnos y textos de *indigitamenta* del período hindo-ariano nos pone en presencia de una “recopilación” infinitamente más amplia e interesada. Que estos hechos sean dignos del descuido de un clásico *Pandit* o de un teósofo de hoy día, es asunto que nos interesa hasta un cierto punto. Ello no quita que el examen crítico de las fuentes y —en lo posible— su restitución al estado original, constituyen la piedra fundamental de todo estudio del ciclo filosófico-hierológico hindú.

Otro punto de importancia tratado por Fatone es la oposición de culturas que desde algún tiempo se suele condensar en el binomio Occidente-Oriente. Fatone niega contenido sustancial a esta antinomia. Pero ya otro gran hierógrafo, Foot-Moore, ha demostrado la vanidad de esta antinomia en asuntos religiosos. Foot-Moore en cada instante explica y compara reacciones musulmanas, cristianas o católicas con las correspondientes del pueblo hindú. Yo me asocio *toto corde* a la negación de Fatone. Hace ya algún tiempo que estoy acariciando la idea de mostrar en otros terrenos extraños a las religiones, la vanidad y el escaso contenido científico de esa antinomia.

En lo de la fórmula *historicidad-ahistoricidad*, que se pretende paralela a la otra Occidente-Oriente, nos es dado oponer argumentos más cortantes que los que esgrime Fatone. La cuestión de la ahistoricidad del pueblo hindú ha sido desvirtuada por consideraciones filosóficas, mientras es simplemente un hecho contingente. El pueblo hindú ha tenido la desgracia de quedar documentado, ante nuestra curiosidad reconstructora, tan sólo por escritos de la casta Brahmánica, y de interés exclusivamente religioso y moral. De esas fuentes nos ha sido forzoso sacar los elementos para estructurar su historia. A ello se debe que, aparentemente, en la India no existieran otras preocupaciones que

las filosófico-sacerdotales, y no hubiera otra actividad, ni otra "historia". Digamos, con franqueza, que un estridente contraste con esta visión ya lo teníamos en las escasas piezas de literatura profana que lograron llegar hasta nosotros. Por un designio irónico de algo parecido a lo que los Franceses llaman *le hazard des fouilles*, esas piezas son todas eróticas, y de un erotismo sensual y agudo que las hace inconfundibles. Pero ya hoy día los indicios de una vida y de una historia hindú menos unilateral y mutilada empiezan a asomarse por todas partes. Se empezó por ver que las monedas y las inscripciones no están de acuerdo con la llamada "historia" deducida de los libros de la casta Brahmánica. Se ha concebido mucha esperanza en el aporte de las excavaciones que la arqueología podrá iniciar en el espesor de los estratos históricos y protohistóricos. Se habla ya de la existencia de inexplorados manuscritos profanos, familiares, provinciales, comerciales, administrativos, que podrán desempeñar al menos por las épocas posteriores, el mismo oficio que la innumerable papelería sacada de los sarcófagos de Egipto. Es indudable que el pueblo hindú vivió su vida, sin delegar por entero esa misión en la casta sacerdotal. Rhys Davids acaba de escribir una historia del pueblo hindú que opera una revolución: ella se basa no ya en la tradición Brahmánica, sino en el punto de vista de los Rag'put, o Ksatriya, es decir, la segunda clase, o nobleza militar. Quien haya seguido este nuevo camino, tan promisorio, no puede evitar de sonreirse ante la confusión de quien niega *a priori* a la historia hindú la posibilidad de llenar un día los enormes vacíos que hoy lamentamos, en cuanto a cronología, historia política, asuntos militares, comerciales y económicos, y a la vida diaria del campo y de las ciudades, en los numerosos estados de la maciza península. La visión *sui generis*, casi sin planos y sin sucesión de épocas, que nos muestra la tradición hindú, no es efecto de otra cosa que del escorzo deformado en que la casta sacerdotal ha descarnado de todo elemento contingente y concreto la multiforme existencia de tan variado grupo de naciones.

En el libro de Fatone, prescindiendo del número de páginas, la parte sustancial no es el periodo budístico, sino el que lo precede, o de preparación. Se ve que el autor lo "siente" más inten-

samente. Y con toda razón, pues es el menos conocido por el vulgo, y el menos fácil de tratar.

Naturalmente, al leer este libro, no he olvidado un instante que su autor es un filósofo, y en filosofía, un místico.

Y, justamente, el gran problema del "No-nacido", o del Uno, que representa también "lo que es" y se consubstancia con *Satya*, la verdad, ha sido por Fatone tratado como conviene a un filósofo. Muy natural resultaba a una mentalidad estrictamente filosófica la visión de formas sucesivas, ligadas por vínculos internos de causalidad y paternidad.

Ahora bien, la sucesión: "época védica" o de sabiduría derivada, "época upanishádica" o de especulación sistemática y jerárquica, y "época budista y jainista" o de predicación positiva, puede sólo dentro de ciertos límites presentarse como un proceso de maduración interna y desarrollo espontáneo. Estos límites, sacando las sumas, no trascienden de una cierta unidad lógica y ontológica. Viceversa los fermentos que modifican y remueven imágenes y tendencias engendrando esos tránsitos, son de otra índole, externa, y escapan a la indagación puramente filosófica, de la misma manera que han escapado, hasta hoy, a la indagación puramente étnica. Así, por ejemplo, la mentalidad jerárquica que convierte el pueblo hindú en una construcción de varios pisos superpuestos, así también el monismo upanishádico, que no puede entenderse explicado mediante una frase como la siguiente: "los numerosos dioses primitivos del Rig-Veda debieron concentrarse en la realidad de un Dios único" (Fatone, 24).

El método propio para la investigación de tales fermentos, o "motores", es la culturología, o doctrina histórica de las Culturas humanas.

Pero veo que este escrito ya es muy largo, y amenaza sobrepasar los confines de una bibliografía. No me queda más remedio que reservar el desarrollo de los varios puntos que he tocado para un ensayo que he decidido dedicar a estos problemas, capitales para la historia del pueblo y el pensamiento de la India antigua.

CRÓNICA

LETRAS ARGENTINAS

Camperas, "fábulas santafecinas", por *Jerónimo del Rey*. Editorial Surgo. Buenos Aires, 1931.

Dos libros, datados ambos el año último, desenvuelven en marco de calidad literaria el tema animalístico en nuestras letras: *Los animales de Dios*, de Carlos B. Quiroga, y *Camperas*, de Jerónimo del Rey.

Autores distintos los dos, casi hasta excluir todo intento de cotejo y medida, han coincidido sin embargo al tomar por asunto de sus libros el panorama animal de sus respectivas regiones en cuanto tiene de más característico. Quiroga, incidiendo sobre el tema cordillerano, enfocado ahora en su fauna, renueva y amplía motivos ya conocidos por anteriores obras suyas y otra vez afirma las tónicas de su literatura: eficacia pincelaria, observación prolija y exacta, amplitud lírica y emoción. Del Rey, pseudónimo con el cual nos enfrentamos por vez primera, presenta en su laborioso volumen frutos que nada tienen de primerizos, a través de los cuales adivinanse andanzas luengas entre libros y observación directa, ya convertida en experiencia madura, de la naturaleza.

Camperas trae consigo otra novedad, a más del tema general, y es la forma de fábula que da a sus breves relatos. Confírmase al leer que si no todas buen número de las contenidas son fábulas "de verdad", y por los nombres, costumbres y ambiente alcanzan estimable originalidad. Respecto a que sean sólo "santafecinas", como reza el subtítulo, es cuestión algo discutible dadas las semejanzas de la población animal y del medio físico aunque más no sea consideradas dentro de las provincias y gobernaciones litorales, pero el punto es extraliterario y no hay razón para hacer hincapié en él. Fábulas santafecinas o del litoral, podrán certificar oriundez ubicándolas por lo menos dentro de los grandes ríos del sistema platense. Tampoco *Los hijos del Llastay*, de Franco, son todos vecinos al cerro donde la tradición hace morar el dios tutelar de las bestias de valles y riscos; algunos son también del *País de la selva*, o de las *Tierras de Inti*, pero la porción regional siempre puede recortarse dentro de la mayor área del total suelo patrio. Tal es el significado nacionalista, significado raigal, que a las creaciones literarias puede darse. El arte necesita fisonomía, objetivación geográfica para ser verdaderamente arte. Lo particular y concreto es el único camino para lograr la universalidad, meta lejana que condicionan factores innumerables. He ahí la razón del regionalismo, o, visto el problema con mayor latitud, del sello nacional que debe caracterizar la labor de los países con literatura propia o en vía de formarla.

Paisaje fluvial, pinceladas de bosque chaqueño, hombres y animales de nuestra mesopotamia, las avechitas del cielo y los fluviales hijos del Paraná materno que con destreza tanta filosofan, forman el bullicioso elenco de *Camperas*. Se cierra el libro con el deleite de haber visto no pocos conocidos y haber anudado amistades que por tiempo largo reno-

vará el recuerdo. Hay allí un río Amores, una laguna Pipo, un monte Las Toscas que el autor evoca con unción, con el cariño de unas vacaciones inolvidables, acaso. Las cosas del alma impregnando el contorno, creando poesía. Acá se verán peces, serpientes, animales de la selva; un don Cobaya ladino como el raposo tradicional; pájaros que dialogan como sus remotísimos ascendientes indios, árabes o griegos; cuadrúpedos y saurios de los ríos enormes que hacen tertulia en camalotes o juncales, razonando como el hombre y no desdiciéndole en tretas cuando no poseen el veneno o la fuerza; un cosmos en pequeño, variado, movido, múltiple en sus límites, viviendo y animando el panorama natal, siempre presente aunque no pintado exprofeso, quizá más acusado por eso mismo.

Con *Camperas* alcánzase una nota poquitas veces oída en la literatura argentina, a la cual, según acertadamente observa el prologuista, acrece en un nuevo estilo: el estilo del fabulista. Género, la fábula, que parece ser concreción de siglos de literatura y de vida, no puede mostrarse con la frecuencia de la efusión lírica o de la invención literaria más o menos accesible. Exige reposo y tradición, y por cierto, la consagración ejemplar que significa preferir un libro a llenar medio anaquel.

JUAN B. GONZÁLEZ.

Historia de niños, por *González Carbalho*. — Ediciones Anaconda. Buenos Aires, 1931.

ALGUIEN ha dicho muy juiciosamente: "Es un buen libro aquel que se abre con interés y se cierra con provecho". Y ello viene como de perlas para iniciarnos con la crítica de la última producción de González Carbalho.

Historia de Niños se abre con interés por su mismo título. El campo infantil ofrece tantos aspectos atractivos, que el escritor que realice incursiones en él cuenta de antemano con las simpatías de los mayores. Pero no siempre el literato satisface ese interés, ya porque su ojo no ha visto más allá de la superficie, ya porque no ha sabido trasladar al papel las impresiones recogidas.

Para hablar de los niños y sorprenderlos en sus múltiples estados de alma, hay que poseer un corazón de niño o de poeta. González Carbalho tiene lo uno y lo otro. De él copiamos: "María Anunciación Adelaida, *mi corazón de niño te escribe estas palabras*". (Cuento sexto).

Si dijéramos que el autor de la obra que comentamos nos ha hecho revivir los años (¡pretéritos, ay!) de nuestra infancia, expresáramos fría y encantadora naturalidad de todas las páginas de este libro. Y no sólo revivimos nuestra infancia, sino que por momentos nos creíamos protagonistas de los cuentos que íbamos leyendo. Debemos confesar, a fuer de francotes, que estamos agradecidísimos al poeta que tan bien siente el mundo de los niños, por las lágrimas vertidas en la lectura de sus amenas historias. Al terminar cada una de éstas nos sentíamos más buenos, más puros, más niños... Se operaba en nosotros el bíblico misterio de la transfiguración.

Sencillez, sinceridad, emoción, son las tres cualidades relevantes de *Historia de Niños*. Agréguese a ellas, como quieren los preceptistas, "sensibilidad exquisita, razón perspicaz, imaginación viva y creadora, memoria feliz, inspiración y dominio del arte." Todo ello está asociado en la presente obra. Faltaría añadir: penetrante observación, y tendríamos completo el cuadro de las excelsas condiciones que descubrimos en González Carbalho.

En las "historias" de niños hay ejemplos de perversidad, de egoísmo, de maldad ingénita, de repugnantes deformidades, de estupidez... Nada

de esto ha tratado el autor. Sus historias exhalan pureza. Los niños de González Carbalho no tienen otra desgracia que la orfandad. En sus actos, en sus palabras, en sus voliciones son "niños muy niños", sin malicia, sin maldad... Una infancia sin máculas físicas ni morales. La única infancia que concebimos como digna de la especie.

El autor dialoga magistralmente, haciendo verdaderas sus escenas. Transcribimos trozos dialogados de dos cuentos, para que los lectores aprecien la bondad del diálogo y la certera pintura del espíritu infantil:

Se acerca al hombre de luto con timidez en el paso. Se hunde en su abrazo amoroso. Le habla al oído:

—¿Te enojaste?

—No. ¿Qué querías saber?

—En el cielo, ¿hay patios?

—Creo que sí.

—Y cuando hace frío, ¿hay sol?

—También hay sol.

—¿Igual que aquí?

—Lo mismo.

Juan Carlos no pregunta más; ahora piensa. Contra el cuerpo de su padre ha ido abandonando la cabeza como pesada de meditación y su mirada ha cruzado el horizonte de lo real.

El padre, que en su soledad se ha vuelto el minucioso observador del niño, sigue los movimientos, busca la mirada, y aunque sus preguntas son tortura, en ese instante anhela una, porque ese meditar es una ausencia.

—¿En qué pensabas?

—En nada.

Debe insistirse varias veces para que el niño diga: "¿No te vas a enojar?", que es el prólogo de toda revelación.

—No le cuentes a nadie lo que te voy a decir, porque vos lo contás todo.

—Te prometo no decir nada.

—Vos me dijiste que en el cielo hay patios y hay sol. Entonces si yo me voy al cielo con mamita, me dejará jugar en el patio, aunque haga frío, ¿no es verdad? ("Obsesión", págs. 34 y 35).

El niño, distraído primero en la contemplación de los cromos que adornaban las paredes, pasó luego a las preguntas. Parecía encantado de cenar en una habitación que no era la suya. Se interesó por cosas nimias; luego, después de un silencio, dijo en voz alta, siguiendo sus ideas:

—Mañana tendré un rifle.

Pusieron estas palabras un dogal en cada garganta. Hubo el miedo de que siguiese hablando, de que persistiese en su ignorancia. La muerta estaba en todos los sitios: en los cromos, en los espejos, en la luz de la lámpara, allí, en la mesa, junto a la fuente humeante, como para servir las comidas. La muerta estaba en todos lados, menos en el corazón del niño.

—Papá — continuó el pequeño, — quiero ir a dormir.

Insistió en seguida:

—¿No me oís, papito?

Al momento, se quejó:

—Tengo sueño.

Se corrigió, después de un rato:

—No, no tengo sueño, pero quiero dormirme pronto, pronto.

Se volvieron hacia él las miradas interrogantes. Hubo en la voz del niño una inquietud que aguijó la atención.

—Quiero dormirme pronto, que pase ligerito esta noche para ver qué cosas me dejaron los Reyes. ("Las Primeras Horas", págs. 69 y 70).

Son estas "historias" verdaderos poemas; y si bien por fugaces instantes la prosa parecería negar esta condición, lo sustancioso del contenido disculpa la endeblez del continente. Mas son tan exiguos los vicios de forma: alguna cacofonía, alguna falla de puntuación (por exceso de comas, casi siempre), que no vale la pena señalarlos.

Los cinco primeros cuentos — a los que podríamos agregar el sexto — responden cabalmente al título de la obra. El autor no se prodiga mucho en los temas. Dijérase que no le interesa el asunto en sí. Con algunas

variantes, las cinco primeras historias podrían fundirse y constituir cinco capítulos de una novela corta. No apuntamos un reproche. González Carballo, como buen fotógrafo de almas, se preocupa de la calidad de sus negativos, únicamente, desentendiéndose de la mecánica tarea de las copias...

"Invierno" es de delicada factura. El final, emotivo y aleccionador. Pero no es una "historia de niño".

El cuento que no justifica su inclusión en el tomo, es el último, porque no despierta interés, ni conmueve ese intento de pinclada efectista alrededor de un "grito" y una "loca carrera". Recapacite el autor y estará con nosotros en que no hay motivo para que Rafael proceda de manera tan ilógica. Al menos nosotros no concebimos tanto terror. ¿A quién puede enloquecer el grito angustioso de la mujer amada que nos sorprendiera besando a otra? A lo sumo, nos pondríamos colorados y balucearíamos una disculpa... Este relato, conjuntamente con "Invierno" y "El venturoso", responden al complemento del título: *Historia de Niños (y otras cuentos)*. El valor capital de la obra, al que van dirigidos todos los ditirambos de esta crítica, finca en las "historias", quizás por aquello que dijera Daudet: "Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niños".

ANTONIO RUBÉN FERRARI.

Tierra adentro, por *Francisco Manuel Riva*. Bs. As., 1931. Ed. "Colón".

"El cautivo" (cuento), "Bohemia" (novela corta) y "El Caudillo" (cuento escénico) integran el presente volumen del autor de *Ananké* y *Almas atormentadas*. Francisco Manuel Riva no es ajeno al ambiente que describe. Tan familiar le es el campo como sus moradores, y de ahí que páginas como las de "El caudillo" tengan olor a pasto, a pulpería y a paisanaje... Es que parecen escritas en el mismo lugar de los hechos.

En la ciudad de Tres Arroyos, donde hizo sus primeras armas como escritor, estrenó una pieza teatral, *Almas atormentadas*. Si bien es cierto que no la conocemos más que por referencias, la escenificación de "El caudillo" hace esperar de Riva un discreto abastecedor de nuestra macerada escena nacional. La relativa facilidad con que dialoga cria alas a la esperanza de que pronto desplazará a tanto analfabeto que hoy grita su incultura desde los escenarios porteños. Es un anhelo que esperamos ver satisfecho, para bien de nuestro teatro, por parte de quienes estén en condiciones de competir con los "escribidores" que por una aberración de empresarios, cómicos y público, han infectado la literatura escénica con estúpidas producciones, donde el compadrito, la "rea", el extranjero simplón y "cachablé", el vividor, la celestina, el tartamudo, el precoz enamorado..., han hecho de la vida una cosa risible e idiota como los cerebros que los engendraron.

Corregido de la frase ampulosa y la metáfora rebuscada, ezequia de todo principiante (bastaría leer la dedicatoria inserta en su novela *Ananké*), de Francisco Manuel Riva puede afirmarse que escribe con claridad, sencillez y corrección, tres bondades de primer orden, a las que podríamos añadir: soltura y vivacidad, que haríanse más patentes si no las ensombrecieran un tanto los golpecitos cacofónicos de más de dos pasajes...

ANTONIO RUBÉN FERRARI.

LETRAS ESPAÑOLAS

Novelas, por Tomás Borrás. C. I. A. P. Madrid, 1932.

UNAS palabras muy fervorosas, de admiración y amistad, sirven de prólogo a este libro. Constituyen un credo para la nueva España intelectual y un saludo generoso para algunos de sus representantes: Bacarisse, Bosch, Abril, Marichalar. El autor, Tomás Borrás, aplaude en estos jóvenes su esfuerzo por la supremacía del espíritu, su hermandad y su honrada labor de creadores y críticos que alcanzan lo más difícil: convertir la crítica en lo que es realmente: Arte. Concepto éste muy discutido sobre todo por aquellos que consideran al creador como incapaz de juzgar las ajenas creaciones. Cuando acaso es el único que puede medir y pulsar la realidad vital en ellas contenida. Y descubrir y a veces "crear" o "re-crear" el propósito recóndito del autor, esa intención instintiva y genial, ignorada a menudo por los grandes creadores, y luego expuesta a la luz por sus comentaristas o intérpretes. Tomás Borrás, novísimo por el estilo y la concepción poética y literaria de sus asuntos, no pretende seguramente con sus palabras preliminares erigir una tesis tan absurda como la que observaron los críticos románticos: la admiración incondicional de la obra de arte, el éxtasis de Lamartine crítico y aún de Verlaine, ante ciertas creaciones, su idea contraria al análisis que les parecía imposible e impío, como la vivisección de un ángel. Quiere el autor tan sólo señalar su gratitud ante los hombres que por un conjunto especial de cualidades, dan altura y categoría a una joven generación.

Novelas está compuesta por varios cuentos de asunto poético-filosófico. Los conmueve a todos una inquietud melancólica, a veces una ironía de poso amargo. El estilo es muy personal, alumbrado por unos colores de intensidad fría, espigado, primoroso. Hay en todos los asuntos una idea central representada por un símbolo original y brillante. En "La estrella cautiva", se sitúa una isla de geografía imprecisa, apretada, umbría, lejos de las rutas azules de los navíos. Es refugio de piratas. En ausencia de ellos, sólo la habitan niños y mujeres hermosas y tristes, como sombras. — Luego llegan los piratas, desembarcan sus tesoros, cargan agua dulce, besan a sus esposas y se llevan los adolescentes para hacerlos a la vida recia del mar. Uno entre todos, soñador y sensible, se hace al mar, esta vez. Para él el viaje era algo anhelado: la conquista de los horizontes rojos del sol, la visión de la tierra donde se hunde la luz. Pero la vida es otra: es la rapiña y la sangre goteando sobre los puñales, es el odio y la guerra. Hasta que el niño, desencantado de la vida, oye dos voces que se lo disputan: la de las sirenas de cabellera verde y fría y la de la *Estrella cautiva*, que es un astro cuya luz cuaja como neblina en una figura de mujer, adorable y pura. El símbolo no puede ser más claro: el Hombre entre las eternas e inconciliables exigencias de la carne y el alma; la lucha difícil de la vida. Alcanzado por la muerte a traición, quiere él comprobar antes si es cierto lo prometido por la voz mentirosa y dulce: "Redúctete a lo que eres. No aspire a la altura". Y se hunde en la ola salobre y azul. Ya ha comprobado que allá en la noche del agua, sólo está el fango, sólo vive una vegetación rudimentaria. Ya va a morir y entonces le alcanza el hilo claro de una luz: la de la estrella amada. Y Ella, que simboliza la aspiración a lo Mejor, la certeza de un destino inmortal, le sube en su luz ardiente, le redime y le purifica. Mientras, en el cielo, la ronda de sus hermanas de resplandor, canta: "Es nuestro por el dolor. Es nuestro, es nuestro! El símbolo no puede ser más bello y está ayudado por un lenguaje y una forma poética claras y singulares.

"La Doncella de la risa y del llanto", añade también mucho encanto a este libro. Personificada en una niña bella y tornadiza, la Vida unge Rey y señor de un dominio florecido y maravilloso a un joven enamorado y feliz. El día de las bodas, ella ofrece otro rostro al esposo: el de un odio inesperado que se vuelve hacia él una flecha. Ha esquivado el arma y ha huido lejos el hombre ayer nomás deslumbrado y ebrio de dicha. Pero inútilmente quiere hallar los límites de ese dominio. Y un día vuelve junto a la esposa. Ella le espera y se le cuelga del cuello cariñosa y rendida. Ya él no le cree y ofrece el mismo rostro cerrado a las frases más dulces y tristes de ella: "No me preguntes lo que no sé decirte". Entonces manda el Rey construir un subterráneo suntuoso y sepulta en sus sombras a la joven Doncella. Desaparece la risa con ella, palidece el sol, se mueren de sed las rosas y no cuaja la dulzura cálida de las frutas. Y también el rey languidece de pesar y de amor amenazado. Hasta que muere. Ese es el día en que la Reina asciende desde su encierro hasta su trono. Viene pálida; ceñida en velos luctuosos. Y solloza sobre el cuerpo inerte: "Ay, de quien no ama su vida! Ay, del que aborrece su vida!" Es la canción que el Rey no oyó. No vivió, por temor. No vivir —atado a la cobardía— es un pecado sin remisión. La Vida sólo se entrega al que combate por ella y no se arredra ante su semblante ardido.

Pero acaso el símbolo más bello de este libro resida en "Trasmundo", donde la tesis del amor humano, perfecto, se completa en la aspiración a lo eterno. Hombre y mujer, constituyen las dos mitades inefables de una esfera inmortal. Hay en este amor, un intercambio de fluidos que se combinan y se integran. En la Muerte, Hombre y Mujer suplican ante lo Desconocido: "El Amor ha sido el guía que ha conducido nuestras vidas. Reflejadas una en otra, felices una en otra, no hemos desgastado el tesoro en vanidades. Y aquí te traemos al tesoro que nos diste, intacto. Si el Amor es la atracción a Ti, el imán que arrastra a tu seno, si hemos acertado a servir tu designio, acércanos a Ti". Y Dios, en voz lejanísima responde: "Venid a conocer la Verdad".

Hay en todos estos asuntos una fantasía alta y libre que sirve a la inteligencia y al pensamiento, no al modo de esas tesis torturadas por un modernismo infiltrado de morbos y venenos, tan común ahora. En estos días en que la literatura aparece casi por completo dedicada a plagar los entes patológicos eslavos, o las tesis liberales o los casos de clínica y de alcoba, en un descenso que marca una crisis para las obras de imaginación, da gusto leer un libro en que la idea y el estilo se completan como la forma y el color en una hoja o una flor.

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ.

Singladuras. Viaje Americano, por *Concha Espina*. Renacimiento. Madrid, 1932.

CONCHA Espina nos da en su nuevo libro *Singladuras*, una impresión personal y objetiva de un viaje reciente por Cuba y Norte América.

La invitación ultramarina tiene para su curiosidad incansable de viajera que ha rendido largas jornadas por mares y tierras, un prometedor miraje.

Tras el nombre sonoro: América, sintió una vez más la inquietud racial y escuchó la antigua invitación hecha a los capitanes de su raza.

El gran poeta que hay en ella —poeta que quiere escribir en prosa—, encendió la brújula encarnada del corazón y la puso sobre el mástil de un transatlántico, para alumbrar la ruta moderna. Ruta que se abre en un puerto español, se continúa sobre un buque de la misma nacionalidad

y ancla por primera vez en Cuba. Viene a bordo la viajera, soñando entre la noche y el mar, un poco al margen de la vida acelerada y feliz que rebulle a bordo, en canchas de tennis, piscinas de agua verde y salones de baile. Medita en las grandes palabras cuya realidad tangible apreciará en América. Al pisar tierra cubana padece su ilusión el primer desencanto, ante la nación oprimida, que reducen la dictadura interior y el imperialismo de la vecindad, cuya presión económica significa toda una esclavitud.

Aprécia de conjunto la situación especial de la isla, su condición de servidumbre no tolerada sino angustiosamente por hombres y mujeres de almas ardorosas, cuyas rebeliones van a aumentar la flor de una juventud recluida en prisiones y mazmorras.

Sólo una *pobre señora* se engríe ante la escritora, del carácter americanizado de Cuba. Está muy orgullosa de la vecindad prepotente de la América rubia. Y la demócrata ardiente que hay en Concha Espina, cuyo liberalismo se abre a todas las manifestaciones de piedad —hasta la contemplación triste del problema negroide— protesta con indignación:

—¿No les causa rubor, declarar que sólo sirven ustedes para humillarse a las sugerencias de otra casta, de otra gente muy discutible en civilización y en linaje intelectual?"

Ya desencantada de las palabras de sonido brioso y humana trascendencia: Libertad. Nacionalismo, desembarca la viajera en Nueva York.

Georges Duhamel ha ironizado muy bien la ceremonia con que la Unión preside los desembarques, y Concha Espina no le va en zaga al anotar con espíritu sonriente el hecho de que los interrogatorios que tasan y limitan toda libre acción, se efectúan a la sombra de la monstruosa estatua de la Libertad, esa que ha popularizado el celuloide de las cintas y el sagaz instinto de los directores cinematográficos.

Nadie mejor que ella, poseedora de un estilo recio y colorido, para describir la visión monstruosa de la Capital que trepa hacia las nubes con la incertidumbre humana y angustiosa de superar niveles día a día.

Percibe la artista el frío de lo desmesurado, la organizada y gélida magia de una mecánica negada al calor generoso y fuerte de lo vital. No hay allí sitio para la contemplación ni el ensueño; la prisa febril de aprovechar el grano de oro escurridizo en los minutos, devora al pueblo rubio, sometido voluntariamente a una esclavitud espantosa.

Es cierto que hay el oasis lujoso de las bibliotecas numerosas, los palacios nítidos donde se rinde culto al arte y a la ciencia, los templos de mármol de las universidades, donde se gradúan hombres y mujeres aún en la vejez, los Templos arbitrarios donde se venera a Santa Teresa junto a Cristóbal Colón. Pero esa grandeza carece de una recia estructura donde duela lo nervioso y perfume lo sensible. No tiene corazón. Es semejante al jardín del rey Midas donde la rosa y el agua de la fuente cobran dureza de oro. Predomina una uniformidad automática, que ahoga esa noble rebeldía, esa sagrada imprudencia generadoras de lo inmortal. Y el sentido de alta democracia que algunos mentecatos o ciertos acomodaticios atribuyen al pueblo yanqui, es otra mentira más. Es cierto que existen ejemplos de triunfante democracia: La Torre de Building Chrysler, en cuyo piso setenta y dos, el archimillonario de hoy, expone una vitrina reluciente de herramientas que se fabricaba él mismo de muchacho. Y existen hechos demostrativos y abundantes del poder de la industrialización y el comercio: reyes del chocolate y del aluminio, del cartón y la goma.

Pero esto no demuestra sino el concepto de lo práctico bien realizado, el instinto de la utilidad, que no se conforma con ningún triunfo, que anhela siempre más — y esto es lo grave. Porque Estados Unidos

es ya la tierra donde existen millones de hombres hambrientos en pie de guerra.

Admirablemente, Concha Espina, establece un símbolo para definir a las dos Américas: Marta y María. La del Norte, la rubia, la activa, la ambiciosa; y la del Sur, la morena, la de las equivocaciones geniales y la contemplación, la que escogió la parte inmortal: "que no le será quitada".

Sobre las torres gigantescas, vivas de luces modernas, sobre el tráfigo ardiente de la Capital del Dólar, cuyas dimensiones empujaban al hombre, le disminuyen, le humillan, le sumen, parece vibrar el acento bíblico, el que iba dirigido a Marta: "Mujer, ¿por qué te afanas?"

No hay en la escritora propósito de ironizar o condenarlo todo: por el contrario, hay un deseo de conciliación, y casi un deber para con quienes la agasajan y se detienen a oír su palabra; oyentes curiosos e intelectuales, profesores y alumnos, gente enterada y cortés. Y así ella tiene su recuerdo agradecido para Mister Archer M. Huntington, el fundador y mantenedor insigne de la Hispanic Society of America y para su esposa, tan dulce en su juventud plateada, tan modesta en su aureola de escultora genial y de dama muchas veces millonaria. Ante la pareja de excepción, unida por el amor y el ideal, la artista se inclina con mucha reverencia. También considera con curiosidad y emoción la juventud femenina: las jovencitas de sonrisa inconfundible, rubias, deportistas y oficinistas, en su ensueño de una felicidad equivocada, descubren sin embargo algo así como el anuncio de otra edad más clara, fácil y alegre, en la que impere un liso candor desdeñoso de las viejas supersticiones que han enfermado el mundo.

Sólo al considerar que la Unión ofrece tierra para una inmensa patria hecha de instinto y músculo, de capitalismo y máquina, se siente incapaz de admirar aquella grandeza sin alma, ese progreso sin dirección inmortal. Y en un deseo de frescura, se encamina a la casa de Poe, relegada entre rascacielos. Acaso allí la asalta más aguda su melancolía dentro de la pobrísima Cottage Poe, donde el hombre desdichado y genial sufrió y soñó sin vencer la nieve del incógnito, sin hallar cabida más que en publicaciones mediocres, desoído en el sordo bullicio de la Babel Moderna, despreciado por la prensa de altura.

No; Nueva York, con sus dimensiones vertiginosas, sus números, sus bancos, su fiebre, no calma la sed del poeta ansioso de las rutas azules y espumosas del océano, de los tramontes y las tierras que ofrecen caminos silenciosos y perfumados. El asombro inhibe allí la emoción. Nueva York no puede ser acreedora a la admiración fervorosa que se profesa a lo que despierta nuestro amor. Es lo que no lograrán sus poderosos banqueros judíos, sus instituciones archimillonarias, sus leguas de edificios hacia el cielo: la admiración que nace del corazón. Apenas la que se traduce en el asombro. Y pasa. Y se olvida ante cualquiera gracia minúscula de significado duradero. Y Concha Espina, representante por el Arte y el Sentimiento de toda una estirpe de poetas verdaderos y de una raza soñadora, deja perfectamente definida en este libro admirable y personalísimo, la fría reverencia de los saludos que impone la educación. Sin que haya tenido que otorgar la sonrisa espejada y diplomática con que la acompañaría un escritor menos sincero que ella, siempre tan valerosa y clara.

MARÍA ALICIA DOMÍNGUEZ.

Sencilla canción, por *José María Luelmo*. Valladolid, 1931. Edición minúscula, para amigos.

A veces sucede que para hacer hora o por cualquier otro motivo disculpable entramos a ver una de esas películas que en los programas se anuncian como parlantes y bailantes, y nos llevamos la grata sorpresa de encontrarnos con que no es la colección de foxtrots y rumbas que creíamos. Cosa parecida se siente, en materia de libros, cuando bajo un título que induce a pensar mal de antemano, van apareciendo una, dos, tres líneas interesantes, luego cuatro y por último cualquier señal visible de algo —la poesía—, cuya existencia sobre papeles impresos va siendo ya necesario poner en duda. *Sencilla canción* titula José María Luelmo a éste que según todas las apariencias es su primer volumen. Lo menos que imagina cualquiera es una mano de esas que siempre son "sencillas" y "humildes" para cumplir con esa modestia de salón que hace protestar a las chicas cuando les dicen que son lindas. Y se equivoca: la poesía del señor Luelmo es sencilla porque se queda en su lugar y no hace ruido. Tono menor, sostenido a través de los setenta y dos poemitas que componen el libro, todos lo suficiente análogos para dar una impresión de unidad poco usual hoy en los libros de versos. Todos realizados poniendo en práctica una verdad que muchos admiten evidente, pero muy pocos aplican: que cuando lo que se tiene que decir cabe en tres versos, el cuarto está de más.

Costumbre vieja es la de mezclar la poesía en mayor o menor proporción con una cantidad X de disolvente periodístico que bajo los nombres de editorial, folletín, telegrama, obliga al lector a filtrar lo que lee y extraer de catorce o quince cuartetas las ocho o diez líneas que no son prosa rimada. Y eso es cosa que en otros órdenes de la vida castigan los códigos, porque es más leal el vino malo, puro, que el buen vino transformado en agua. El autor de este librito sabe que el verso tiene recursos para expresar con dos palabras lo que en prosa requiere diez, y usa de tal conocimiento, no siempre con éxito pleno, pero siempre con voluntad, que es mucho ya aunque a veces el residuo de la depuración sea mínimo o no alcance la calidad que se esperaba. Breves los metros, contados los versos, la rima asonante por lo común y nunca llevada más allá —la rima es lenguaje también, o no es poesía— de lo necesario para decir algo, rodea una gama de temas suaves, en los cuales el título ha sido borrado por zángano y las cosas miradas de soslayo, método que en ciertos casos sirve para verlas mejor que cuando caen directamente en el campo visual. Sólo en muy contadas ocasiones encierran sus versos algo de color local o de anécdota, y sin embargo tienen siempre una delicadeza, una soltura que en seguida trascienden a cosa de su tierra y que lo ayudan a esquivar los peligros que entraña la manera: el desvarío, el ripio de metáforas o de imágenes, tan malo o peor que el otro. Véase la siguiente, que Juan Ramón Jiménez no se avergonzaría de firmar, acaso:

*La niña posa en mi pecho,
fríos, sus ojos de menta.*

O ésta:

*Simetría perfecta,
angelical, del alba,
Cielos, niños y pájaros
besándote la cara.*

O esta pregunta, que es el poema completo:

*Angeles con pinceles
vienen a retratarte.
¿Quieres, niña, posar
sólo para los ángeles?*

Es todo lo que se puede decir de un librito cuyo propósito —Lope de Vega da su testimonio— es juntar flores para formar determinada guirnalda, y cuyos defectos pueden muy bien perdonarse a cambio de otras cosas que no son tales y también en mérito a la sensación —inconfundible— que deja.

LISARDO ALONSO.

POLITICA

Al servicio de la república española. — La España anti-clerical. — Refutación a M. Gálvez, por Leo Goti, Buenos Aires, 1931.

HABIENDO el novelista argentino don Manuel Gálvez publicado varios artículos detractores de la nueva situación institucional de España, desde un punto de vista clerical, el autor se dedica a refutarlos con sincera pasión y eficacia, tras la encomiable muestra de probidad que da reproduciéndolos íntegramente.

La impugnación de que la revolución española signifique un "atraso", o una infidelidad al carácter de aquel pueblo, por el hecho de ser antitética, es decisivamente refutada mediante argumentos positivos como los siguientes:

"La República se ha hecho en España. Sea ella la que sea, ha dado libertad (yo diría: ha dado *un poco más* de libertad) al pueblo español. La libertad es el más grande bien del hombre, después de la vida y la salud íntegra. Su primer acto libre ha sido quemar unos cuantos conventos. Mil entre conventos e iglesias, dice Gálvez. El número no hace al caso.

"Hízolo el pueblo, el pueblo que después de varios siglos se sintió libre, fuerte y soberano.

"Quemó unos conventos. No quemó a los frailes. Pero en cambio los frailes quemaron, durante cuatro siglos de inquisición a muchos españoles.

"El pueblo español se ha mostrado más humano que los frailes!"...

"¿Es individualista el pueblo español? Pues no puede entonces ser católico. El catolicismo es una institución religiosa y política propia de una sociedad jerárquica, bien apretada, absolutamente sumisa y rebañega. Los sacerdotes son los pastores. Los creyentes son la grey, los pecadores son las ovejas descarriadas, los herejes son los rebecos (?) y allá en Roma el Sumo Pontífice es el supremo y representativo pastor. España no es católica ni lo fué jamás. Por algo se les impuso a los españoles la Inquisición. Para obligarlos a ser católicos. Pero las creencias no se imponen; no deben imponerse... No hay fuerte sentimiento católico ni siquiera en los pueblos vascos. Los pueblos vascos son en la entraña real los menos católicos de España. Son demasiado impetuosos y fuertes para ser católicos. Su catolicismo es sólo epidérmico. En su voluntad y en su sangre son los vascos completamente epicúreos, magníficos gozadores de la vida, soberbios gastronómos, insaciables bebedores. Hombres así no creen en el cielo y les importa bien poco de las penas del infierno. El cura entre ellos es un hedonista más, y como ellos come, bebe y quebranta los mandamientos. La fama de su catolicismo les viene quizá de su aparato religioso en las festividades del patrón del pueblo. Para la festividad del santo patrón será católica más que cristiana, pero es más

pagana que católica. Y esto es general en España. Que lo digan el Cristo del Gran Poder y la Macarena."

En efecto, los santos patronos son simbólicas personificaciones del patriotismo nacional (Santiago), regional (la Pilarica), lugareño (cada pueblo tiene su santo o santa respectivo), o de barrio (la Virgen de la Macarena), transformación de los dioses iares, especulativamente aprovechada por el sacerdocio católico.

"Aquí está el nudo —dice en otro pasaje— aquí es la explicación de la escandalosa blasfemia española. Haga el favor, señor Manuel Gálvez, de acompañarme por el senderito de una aldea española... Somos usted y yo labradores. Cultivamos un pegujal. De sus frutos tenemos que dar al dueño de la tierra el treinta y tres y un tercio por ciento... A trabajar... El sol es de fuego... Ya casi de noche, nos dirigimos a casa descuajaringados, fatigados, deshechos. No protestamos, no juramos, no blasfemamos... Pero de repente vemos un fraile: un fraile gordo, gordo, reluciente. Un fraile que come, pasea, predica y echa bendiciones. Confiesa también a nuestras hijas y mujeres. Nos endilga desde el púlpito sendos sermones para que seamos buenos, para que seamos católicos, para que seamos creyentes... Bueno. La sangre envenenada por el duro trabajo corre, salta, se precipita por nuestras venas tensas, la voluntad se nos alza indignada, la pasión nos empuja y arroja. Lanzamos una blasfemia contra todo lo que ese holgazán significa, defiende y adora, contra su congregación y orden, contra el dueño de la tierra que cultivamos, el cual se apoya en el fraile, contra la sociedad, tan mal regida por la justicia, contra... ¡Dios me perdone!, contra todo lo que sostiene la injusticia en la tierra."

He transcrito lo mejor que a mi juicio contiene el trabajo, y que da más cabal idea de su espíritu y estilo. No siempre se mantiene a esa altura el autor. Abusa del argumento histórico y literario que normalmente es tan endeble aun cuando suele ser de efecto para el vulgo, pues con citas históricas y literarias de detalle se puede igualmente "probar" el pro y el contra de cualquier tesis, abundando ellas para todos los gustos. Este vicio le restaría solidez a la refutación si no estuviera bastante asegurada por argumentos positivos, en el género de los transcritos. Y también deslucen el meritorio trabajo algunas retóricas inocentadas como la dicha contra Darwin en su pág. 35.

C. V. D.

ANTROPOLOGIA

Die Arten der künstlichen Schadeldeformation (Zusammenfassender Bericht), por el Dr. José Imbelloni, Viena, 1920.

EL estudio de las deformaciones craneanas fué considerado durante largo tiempo como materia muy difícil de ser tratada científicamente. Los antiguos, en especial Hipócrates y Galeno, se refirieron a pueblos del Asia que se deformaban artificialmente el cráneo. En los primeros siglos del descubrimiento de América, los cronistas observaron y describieron la moda de deformarse el cráneo que practicaban los pueblos más adelantados de América. En el siglo XIX los americanistas europeos iniciaron el estudio más o menos sistemático de la antropología americana, siendo seguidos por algunos americanos que llevados por un erróneo patriotismo trataron de reivindicar al indio de lo que ellos llamaban acusaciones injustas de los europeos, como ser el canibalismo y las deformaciones craneanas.

Tal es el caso de un autor cubano, vastamente difundido, Juan Ignacio de Armas, quien en el año 1884 publicó en La Habana un opúsculo titulado "La fábula de los Caribes", en el cual, con abundancia de hiper-crítica y escasez de fundamentos, trataba de demostrar que tanto la antropofagia como el hábito de deformarse el cráneo de no pocos pueblos americanos, en realidad nunca habían existido y no eran más que mañas interpretaciones de los cronistas del Nuevo Mundo, quienes aplicaban a los pobladores de las Indias Occidentales las costumbres propias de los asiáticos vistos por Marco Polo y otros viajeros, cuyas tierras, en un principio, Colón creyó haber descubierto.

El espejismo de los primeros conquistadores, convencidos de que en América debían tener vida real las leyendas y fantasías de los antiguos viajeros medievales que habían visitado el Oriente, contribuyó en numerosos casos a deformar los relatos hechos por los cronistas, los cuales revelan en sus escritos escribir a veces bajo la influencia poderosa de los clásicos, cuyas frases y modos descriptivos no es raro que copien casi textualmente, al referirse, por ejemplo, a las Amazonas y a otras leyendas del mundo antiguo, que por circunstancias especiales que explicamos en nuestra "Historia Crítica de los Mitos de la Conquista Americana", se reprodujeron en el Nuevo Mundo.

El autor citado anteriormente, José Ignacio de Armas, cuyas conclusiones referentes a los antropófagos americanos fueron refutadas, apenas emitidas por otro cubano, el señor D. Manuel Sanguiliz, acertó en parte, al analizar en el diario de Colón, conservado por el P. Las Casas, las frases interpretativas del Almirante, que demuestran que el recuerdo que éste tenía de los antiguos Calibes del Termodonte, mencionados por numerosos autores, desde Jenofonte hasta Virgilio, coincidió con el nombre de los indios caribes de las Antillas; pero se equivocó de pleno al pretender negar con estas observaciones la antropofagia y las deformaciones craneanas de todos los pueblos americanos.

Tenemos especial interés en insistir sobre esta rectificación, porque en la nota 2 de la p. 42 de nuestra "Historia Crítica de los Mitos de la Conquista Americana", hemos citado la opinión que las deformaciones craneanas y la *covada* merecieron a José Ignacio de Armas, sin hacer de ella, como si la compartiéramos, la crítica que necesitaba.

Los antropólogos contemporáneos, especialmente en Europa y Estados Unidos, dedican minuciosos estudios a los cráneos deformados de los indígenas americanos.

En nuestro país no faltan especialistas que se consagran a este género de estudios, y para ello basta mencionar una publicación interesantísima, relativamente reciente, del señor Milciades Alejo Vignati, sobre "Los cráneos trofeos"; pero sin duda ningún antropólogo ha sintetizado mejor lo que podríamos llamar historia y metodología de los cráneos deformados, que el Dr. José Imbelloni en *Die Arten der künstlichen Schädeldeformation; Zusammenfassender Bericht*, tirada aparte de la Revista *Anthropos*, de Viena, año 1930, volumen XXV, págs. 801 a 830.

En esta publicación, el Dr. Imbelloni ha resumido todos sus trabajos publicados en revistas científicas de Europa y América acerca de la deformación craneana artificial. No se trata, empero, más que de una sinopsis del aspecto mecánico, sistemático e iconográfico de dicho estudio, es decir, de todo lo que se halla comprendido en la parte *propedéutica* de la materia.

En sus estudios sobre las deformaciones craneanas artificiales, resumidos en la publicación que comentamos, el Dr. Imbelloni ha clasificado estas deformaciones en tres grandes grupos primarios, cuya diagnosis no sólo se basa en la observación anatómica, sino en el instrumental empleado para deformar las cabezas de los recién nacidos.

Los instrumentos deformantes pueden dividirse en tres grandes grupos: tablillas, cunas y cofias.

En consecuencia, los cráneos deformados tienen que ser cráneos tubulares oblicuos, cráneos tubulares erectos y cráneos circunferenciales.

Las tablillas y las cunas producen cráneos de superficies planas, y las cofias, de superficies cilíndricas.

Los indígenas de cráneos tubulares oblicuos llevan la frente y el occipucio orientados según un plano inclinado hacia atrás. (Estos cráneos los antiguos cronistas del Perú decían que tenían forma de *palas*).

Los cráneos tubulares erectos tienen el occipucio aplanado en la región del *Lambda*, de manera que su perfil resulta rectilíneo y vertical. La frente, en los casos extremos, tiende a formar con el occipucio una especie de cúneo. El ejemplo más característico lo constituyen los indios Natchez del Missisipi, que Imbelloni ha estudiado en un trabajo especial presentado al Congreso Internacional de Americanistas reunido en Roma.

Los cráneos circunferenciales, llamados impropriamente de estilo aymará, llevan la cabeza comprimida en toda su periferia por vendajes que la hacen desarrollar en altura, en forma cilíndrica.

Los siete capítulos que constituyen esta publicación, están adornados con 23 ilustraciones, la mayoría de las cuales se encuentran en doce grandes láminas nitidamente impresas, que ofrecen al lector, aunque sea profano, el medio de apreciar intuitivamente la importancia de las manipulaciones con que las madres indias alteraban la forma fisiológica de la cabeza de sus niños, de acuerdo con un hábito estético social cuyo estudio es indispensable para entender algo más que superficialmente la vida de los indígenas.

Casi todos los cráneos reproducidos pertenecen al Museo Nacional de París y proceden de Filipinas, África nilotica, Isla Vancouver, Austria medieval y Perú. Los cráneos reproducidos esquemáticamente halláncese en los Museos argentinos y fueron recogidos en el territorio nacional o en naciones adyacentes.

El lector no especializado hallará un estudio más completo que el que comentamos en estas líneas, en la exposición que el Dr. Imbelloni ha escrito para la *Enciclopedia Italiana* (Artículo *Cranio*, exponente *Deformazioni artificiali*), en el cual se trazan las líneas generales del asunto y se publica, por primera vez, un mapa de distribución de las prácticas deformantes en el mundo.

Este mapa demuestra cuán falsa es la convicción que aún tienen algunos estudiosos de que las deformaciones craneanas practicáronse únicamente en América. La deformación craneana se la encuentra no sólo en varias regiones de América, sino en Asia, Islas del Pacífico y hasta en Europa.

En Europa las deformaciones craneanas practicábanse en tiempos prehistóricos; en Asia Menor dejaron de usarse en los siglos de la Edad Media; en el Océano Pacífico y en América aún se las emplea. Este indicio es muy valioso para confirmar el carácter conservativo de las culturas americanas y el *sentido* o *dirección* de las corrientes conductoras de invenciones.

"Muy pocos —escribe el Dr. Imbelloni— han visto la importancia del aporte que pueden acarrear los deformados a la clasificación, no ya del hombre americano respecto a la antropogénesis, sino de las culturas americanas respecto a las culturas del mundo, lo que, por otro camino, permite llegar a la determinación de su historia continental. Tenemos en las amplísimas colecciones de cráneos deformados que llenan los estantes de las colecciones americanas una cosecha de elementos de insospechado

valor para discriminar las culturas, reconstruir las áreas y límites de cada una, y evidenciar el sentido de las migraciones humanas".

El Dr. Imbelloni no es un improvisado en los estudios antropológicos. Desde hace largos años se dedica a ellos consagrándole valiosas monografías. Después de haber revisado críticamente todas las doctrinas que acerca de las deformaciones craneanas se han emitido hasta la fecha, abordó el estudio del sentido *mecánico* de las deformaciones en una memoria editada en francés en el año 1924 por el Congreso Internacional de Americanistas de Göteborg, e inició después la reforma de la clasificación de las formas plásticas artificiales, ateniéndose a su discriminación instrumental, con tres monografías aparecidas en La Plata, Buenos Aires y Roma.

Hoy la clasificación de los cráneos deformados presentada por el Dr. Imbelloni goza de respetable autoridad en todos los laboratorios antropológicos, y el importantísimo manual técnico de Martin, *Lehrbuch der Anthropologie* (Jena, 1928, Zweite Auflage) la inserta recomendándola por su claridad.

No obstante, el estudio de los cráneos deformados aun requiere muchos afanes e investigaciones. El mismo Dr. Imbelloni escribe:

"Puede decirse que todo lo hecho hasta hoy no es más que una preparación, un trabajo propedéutico para trazar la doctrina general de las deformaciones. Recién me apresto a abordar los problemas mayores: áreas, mapas, correlaciones: hay material para más de una vida".

ENRIQUE DE GANDÍA.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN MARZO Y ABRIL

Novelas; cuentos, narraciones, poemas en prosa, etc.

- ENRIQUE AMORIM: *Del 1 al 6*. Impresora Uruguaya. 152 pp.
 PIERRE GUÉDY ET MOISE TWERSKY: *Israel à New York*. Roman. "Lesœuvres représentatives. 41, rue de Vaugirard, Paris, 1932. 256 pp. 12 fr.
 EDUARDO FRANCHERI LÓPEZ: *Sacuapé*. Relatos de tierra adentro. B. A., 1932. 184 pp.
 RENÉ TIRADO FUENTES: *Umbral*. México, 1931. 50 pp.
 ALBERTO F. RIVAS: *Luna encantada*. Gleizer. B. A., 1932. 112 pp. 2 pesos.
 JUAN MARIO MAGALLANES: *La Mariscala*. Evocaciones campesinas. Montevideo, 1931. "La Cruz del Sur". 124 pp.
 HENRY BORDEAUX: *Murder-Party o la que no estaba invitada*. Traducción de Antonio Guzmán Merino. Apolo. Barcelona. 234 pp. 5 ptas.
 CHARLES ROYAL: *5 Cuentos*. Quito. Ecuador. 80 pp.
 ALFONSO DANVILA: *El triunfo de las lises*. Espasa-Calpe, Madrid, 1931. 2 vols. de 262 y 256 pp. 5 ptas. cada uno.

Verso

- JESUALDO: *El Hermano Polichinela*. Biblioteca "Alfar". Montevideo. 58 pp.
 MARÍA ELENA MUÑOZ: *Puñado de agua*. Maderas de Castellanos Balparda. "La Cruz del Sur". Montevideo, 1931. 84 pp.
 GASTÓN FIGUERA: *Río de Janeiro, ciudad de hechicería*. Poemas. Cabaut y Cía., B. A., 1931. 130 pp.
 PATROCINIO FUENTES PÉREZ: *El eterno drama*. Poema dramático. 1932. 176 pp.
 EMILIO BALLAGAS: *Júbilo y fuga*. Poemas. Habana, 1932. 74 pp.
 HORTENSIA MARGARITA RAFFO: *En vaso de Murano*. Samet. 96 pp. 2 pesos.

- MANUEL J. DE VISCONTI: *Fontana de amor*. Kapelusz. B. A. 148 pp.
 LAURA PICCININI DE DE LA CÁRCOVA: *Vida, dolor y muerte*. Tor. B. A. 80 pp.
 MANUEL MORENO MORA: *En la torre de marfil*. Poemas. Cuenca. Ecuador. 320 pp.
 VICENTE MORENO MORA: *Gajo de crepúsculos*. Cuenca. Ecuador. 1932. 88 pp.
 LUIS PEDRO: *Acrónios*. Con prefacio de Fernando Pessoa Lisboa. 1932. 62 pp.
 ARISTÓBULO ECHEGARAY: *Ceros a la izquierda*. Poemas del servicio militar. Portada de Tallon. Biblioteca P. A. C., B. A., 1931. 128 pp. \$ 1.50.
 SALVADOR MERLINO: *Melodias*. J. Samet, Av. de Mayo 1292, B. A. 105 pp.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- HENRI BARBUSSE: *Zola*. París, Librairie Gallimard, 43, rue de Beaune, VII^o 302 pp.
 HENRI BARBUSSE: *Zola*. Trad. de Felipe Ximénez Sandoval. Colección "Vidas extraordinarias. Cenit. Madrid, 1932. 248 pp. 6 ptas.
 ARMANDO MARIBONA: *Macacos*. (La Aristocracia Latino Americana frente a intelectuales y artistas). Hernando, Arenal 11, Madrid. 240 pp. 4 ptas.
 JEAN ROYÈRE: *Frontons* (Première série). Editions Scheur. 10, Rue Tourlaque, Paris. 226 pp.
 FEDERICO DE ONÍS: *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*. Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Serie II, vol. 18. Madrid, 1932. 298 pp. 5 ptas.
 ANDRÉ BRÉTÓN: *Misère de la Poésie*. "L'affaire Aragon" devant l'opinion publique. Editions surréalistes. Paris, 1932. 32 pp.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- CARLO ROSSELLI: *Socialisme liberal*. Traduit de l'italien par Stefan Prioscal. Librairie "Valois". Paris, 1930. 200 pp. 15 fr.
 GASTON RIOU: *Europe, ma patrie*. Lettre-préface de M. Raymond Poincaré. Bibliothèque Syndicaliste. Paris, Libraire Vallois, 7, Place du Panthéon. 186 pp. 12 fr.
Les Procès De Rosa. Dépouillations, Plaidoiries et Jugement. Préface de Jean-Richard Bloch. Suite Politique Italienne, V. Paris, Libraire Vallois, 1930. 168 pp. 12 fr.
 RICARDO ROJAS: *El Radicalismo de mañana*. Bs. As., L. J. Rosso, 1932. 356 pp. 1 \$.
 E. DEL VALLE IBERLUCEA: *Justicia y Trabajo*. 1931, Talleres Gráficos "Editorial La Tierra", Rosario. 512 pp.
 HERVÉ PALUD: *Essai sur le crise économique mondiale*. Les œuvres représentatives. Paris, 41 rue de Vaugirard, 1932. 186 pp. 12 fr.
 LEOPOLD VON WIESE: Prof. of. Political Economy and Sociology University of Cologne: *Systematic Sociology*. On the Basis of the *Beziehungslehre* and *Gebildlehre*. Adapted and amplified by Howard Becker. New York; John Wiley and Sons. London. Chapman and Hall. 1932. 772 pp. \$ 6 01a.
 MANUEL MARSAL: *El negro en los U. S. A.* El caso de Scottshoro. 2^a ed. Prólogo de Juan Marinello. 1932. Ed. Hermes, Compostela 78-80. La Habana. 200 pp. \$ 0.50.
 CONFEDERACIÓN ARGENTINA DEL COMERCIO, DE LA INDUSTRIA Y DE LA PRODUCCIÓN: *Actas de la Cuarta Conferencia Económica Nacional (Extraordinaria)*. 24 Agosto-2 Setiembre 1931. B. A., 1931. 510 pp.

- CAMILO BARCIA TRELLES: *Doctrina de Monroe y Cooperación Internacional*. Mundo Latino (C. I. A. P.). Madrid. 742 pp. 10 ptas.
- Fundamentos del Seminario de Estudios Económicos, formado en el Departamento de Recaudación*. Biblioteca "Kipu-Kamayoc". Lima, 1931. 52 pp.
- NICHOLAS MURRAY BUTLER: *En un mundo cambiante. En un mundo sin plan. Enanos y gigantes. El paro forzoso*. Traducidos por Jorge Roa. 1932, Carasa y Cía., Rep. del Brasil, 12, La Habana. 76 pp.
- ALEJANDRO F. BUNGE: *La Independencia Económica Argentina*. (Conferencia). Universidad N. de Buenos Aires. Academia N. de Ciencias Económicas. Bs. As, 1932. 48 pp.
- JOSÉ JORRO Y MIRANDA: *Le problème des salaires réels et la politique des hauts salaires*. Sociedad para el Progreso Social, publ. núm. 25. Madrid, 1931. 12 pp. 1,50 ptas.

Historia, Crónica, Memorias, Diarios, Biografías, Viajes, etc.

- C. TIELROOY - DE - GRUYTER: *Kabar Anghinn. Impressions de Java et de Bali*. Présentation de Luc Durtain. Croquis de A. Breetvelt. Les œuvres représentatives. Paris, 41, rue de Vaugirard, 1932. 160 pp. 12 fr.
- TELMO MANACORDA: *El general Eugenio Garzón, soldado de la Independencia americana "Impresora Uruguaya"*. Montevideo, 1931. 328 pp.
- HERNÁN F. GÓMEZ: *El general Artigas y los hombres de Corrientes*. Corrientes, 1929. 242 pp.
- DIEGO CARBONELL: *1830. "Le livre libre"*. 141, Boulevard Perçire. Paris, 1931. 240 pp.
- EMMANUEL OEGERTER: *La vida de Saint Just*. Editorial Apolo, Flores 16. Barcelona 308 pp. 7 ptas.
- ANDRÉ LEVINSON: *La patética vida de Dostoievsky*. Traducción de Fabián Casares. Apolo, Barcelona. 282 pp. 7 ptas.
- JOSÉ TORRE REVELLO: *La virgen del Buen Aire*. Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones del Instituto de Investigaciones históricas. Número LVII. B. A., 1931. 48 pp.
- RICARDO URBANEJA: *Bolívar, su grandeza en la adversidad*. Caracas, 1930. 48 pp.
- T. O. RAYO VALERGA: *Historia de la Civilización Argentina*. Curso popular dictado en la Casa del Pueblo, bajo el patrocinio de la Escuela Libre de Estudios Sociales "Juan B. Justo", de agosto a noviembre de 1930. B. A., 1932. 94 pp.
- EMILIO DE MATTEIS: *Storia della Civiltà Argentina nelle fonti letterarie*. Introduzione e traduzione dall'originale spagnolo inedito di Sandro Cassone. Fratelli Bocca, editori. Torino. 1932. 292 pp. 35 liras.
- ARCHIVO DE INDIAS: *Indice de Documentos de Nueva España existentes en el Archivo de Indias de Sevilla*. Monografías bibliográficas mexicanas. Núm. 23. México, 1931. 638 pp. 35 liras.

Filosofía

- MANUEL NÚÑEZ REGUEIRO: *Filosofía Integral*. La Vida Superior, IX. Librería Anaconda, B. A., 1932. 342 pp.
- ENRIQUE BARBOZA: *Ensayos de Filosofía Actualista*. Lima, 1931. 262 pp.
- DELFINA VARELA DOMÍNGUEZ DE GHIOLDI: *Alejandro Korn: Sus ensayos filosóficos*. Biblioteca del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras. 30 pp.
- FRANCISCO DE VEYGA: *El Saber*. Su significado, su extensión, su estudio. B. A., 1932. 20 pp.

Religión

NICOLAU MARÍN NEGUERELA: *¿Por qué soy católico?* Apologética elemental. Tipogr. Cat. Casals, 1932, Barcelona. 196 pp.

Filología

- K. VOSSLER, L. SPITZER y H. HATZFELD: *Introducción a la Estilística Romana*. Trad. y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida. Colección de Estudios Estilística, T. I. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de Filología. B. A., 1932. 254 pp.
- A. HERRERO MAYOR: *La función estética del Lenguaje*. (Contribución al estudio de la expresión popular porteña). B. A., 1932. 38 pp.

Psicología

- SARA REY ALVAREZ: *Introducción a la Psicología*. De acuerdo al programa de 1er. año de Estudios Preparatorios y 4º año de Estudios Normales. "Casa A. Barreiro y Ramos", Montevideo, 1932. 292 pp.
- CARLOS SFONDRINI: *El Amor y el Genio*. El Amor como factor del intelecto humano. Ed. Poblet, Madrid-Buenos Aires. 332 pp. 10 ptas.

Geografía

- DR. LUIS VISINTIN: *Nuevo Atlas Universal de Bolsillo*. 112 mapas de todos los países del mundo. Vistas de las ciudades y paisajes más notables. Texto explicativo. Instituto Geográfico De Agostini, Novara, 1931. (Concesionario, José Anesi, San Juan 738, B. A.).
- JORGE A. BOERO: *Geografía de la Nación Argentina*. Estudio fisiográfico y humano. 11ª ed. Angel Estrada y Cia., Bolívar 466. B. A. 482 pp.
- LUIS F. DELETANG: *Contribución al estudio de nuestra toponimia*. II. Misceláneas toponimicas. (Obra póstuma). Facultad de Filosofía y Letras. Publ. del Instituto de Investigaciones Históricas, núm. I.VIII. B. A., 1931. 112 pp.

Antropología

PROF. DR. J. IMBELLONI: *Die Arten der künstlichen Schädelformation*. Anthropos, Revue Internationale d'Éthnologie et de linguistique. Tirage a part, tome XXV, 1930.

Medicina

- EDUARDO L. SABATÉ y OSCAR M. KOCH: *Sobre el primer caso de fiebre ondulante comprobado en Tucumán*. Universidad de Buenos Aires. Misión de Estudios de Patología Regional Argentina. Publ. Nº 4. B. A., 1932. 12 pp.
- ALBERTO L. RUCHELLI: *Sobre particularidades clínicas de los primeros casos de fiebre ondulante observados en el Departamento de Tinogasta (Catamarca)*. Universidad de Buenos Aires. Misión, etc. Publ. Nº 5. B. A., 1932. 16 pp.
- SALVADOR MAZZA, PRUDENCIO SANTILLÁN y STA. HILDA GUTDEUSCH: *Sobre focos de fiebre ondulante en la provincia de Tucumán y regiones limítrofes*. Universidad de Buenos Aires. Misión, etc. Publ. Nº 6. B. A., 1932. 12 pp.

Educación

PRÓSPERO G. ALEMANDRI: *Problemas de la Enseñanza Argentina*. B. A., Cabaut y Cia., 1932. 144 pp.

Didáctica

- SUZANNE BENYAMINE: *Bec a bec ou le bonheur d'apprendre*. Les œuvres représentatives. París 41, rue de Vaugirard, 1932. 310 pp. 12 fr.
GUIDO DE ANDREIS: *Metodología de la lectura. Volviendo a lo antiguo: Aegyptus docet*. B. A., 1932. 284 pp.

Teosofía

- HELÈNE DUFAU: *Les trois couleurs de la lumière*. Aux Oeuvres représentatives. (Crès, 1932).

Arte

- Esposizioni delle assonometriche dell' architetto Alberto Sartoris*. Galleria del Milione. Milano, via Brera, 21. 32 pp. 5 lire.
ARMANDO MARIBONA: *Decapitados*. Caricaturas. Ed. Excelsior, 27, Quai de la Tournelle. París, 1926. 128 pp.

Miscelánea

- FROYLÁN TURCIOS: *Páginas del ayer*. "Le Livre Libre", 141, Boulevard Péreire. París, 1932. 244 pp.
VÍCTOR H. ESCALA: *Paliques de ayer* (Crónicas). Ed. Elite, Caracas, 1931. 312 pp.

Varios

- CAJA POPULAR DE AHORROS DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES: *Compilación de decretos y resoluciones de la Intervención Nacional y del Directorio desde el 7 de octubre de 1930 hasta el 29 de diciembre de 1931*. La Plata, 1932. 272 pp.
CAJA POPULAR DE AHORRO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES: *Memoria correspondiente al año 1931*. La Plata, 1932.
DR. LUIS L. BOFFI: *Decadencia de la profesión médica*. Buenos Aires, 1932. 20 pp.
J. DIONYSOS NASO-PRADO: *Como enterraban los Griegos a sus Poetas y Pensamientos sobre Teatro Griego*. Córdoba, 1932. 30 pp.
JOSÉ MARÍA MONNER SANS: *Un conflicto en el P. E. N. Club de Buenos Aires*, 1932. 14 pp.
EMILIO A. CONI: *Los préstamos de colonización del Banco Hipotecario Nacional*. "El Ateneo", B. A., 1931. 58 pp.
EMILIO A. CONI: *Diez meses director del Banco Hipotecario Nacional*. "El Ateneo", B. A., 1931. 48 pp.

LOS PROBLEMAS COLOMBINOS Y LA CRITICA SERIA

Señores Directores de NOSOTROS:

EN la revista italiana *Le opere e i giorni* del 1º de diciembre último, el escritor Rinaldo Caddeo vuelve a la carga sobre el tema colombino. Esta vez, más que otras, pierde la serenidad adecuada y se desborda en adjetivos, ensayando, por descontento que sin éxito, un paso de ironía a mi costa. Me pitorrea porque aún no he publicado los cuatro volúmenes de crítica de las fuentes colombinas con cuyo anuncio lo tengo inquietado! En su oportunidad, y precisamente en NOSOTROS, expliqué ya el motivo del retardo. No voy a insistir, por eso. En lo que si debo hacerlo, es en aque-

llo que he proclamado como de exigencia básica para todo cuanto importe discurrir acerca de la leyenda colombina. En tal asunto, he dicho, hay que extremar la serenidad y hay que ser inobjetablemente serio. Para su desventura, el señor Caddeo no suele lucirse en este particular, y lo que con tal actitud logra, es rebajar el nivel de la polémica, favoreciendo, con ello, su retirada en derrota. Pero sea o no esto último una exacta realidad, les escribo a Vds. para dejar constancia de que en el plano en que el señor Caddeo mantiene la discusión, yo no estoy dispuesto a sostenerla. Hay que suprimir adjetivos, y hay que ir derecho a lo concreto. Antes de continuar polemizando y en lugar de ensayar chistes fáciles, por lo que tienen de impulimentados, el señor Caddeo debe responder, cuando menos, a los cargos de plagiarlo que le he formulado en *Nosotros* (Nº 257, págs. 94 y 95); explicar los tropezones que ha dado escribiendo como nombre de un autor el título de cierta obra antigua (*idem*, pág. 95); destruir las evidencias materiales que he exhibido acerca de la similitud del mapa de Toscanelli con el de Behaim; demostrar que es inexacta mi aseveración de que la carta de Colón que figura en el *Libro de las profecías*, está allí interpolada, y que los retoques que tiene son de Las Casas; explicar satisfactoriamente la anomalía que ofrece la supuesta biografía atribuida a Fernando Colón, donde hay trozos que pertenecen a producciones del célebre *Apóstol de las Indias*, escritos con mucha posterioridad a la muerte del hijo del Almirante (*Nosotros*, Nº 251, pág. 70); y sincerarse, en fin, de todos los pecados eruditos que en seguida voy a tener la dolorosa necesidad de descubrirle en público. Como a Vds. consta, ninguno de mis cargos ha sido levantado por el señor Caddeo, y no por falta de la prueba en contra que yo pido, sino por haberlos huido en la polémica, la cual, así, se ha concretado, por su parte, a palabras disonantes y a ironías que están muy lejos de ser propiamente áticas. Para no seguir malgastando mi tiempo, pues, voy a poner el necesario punto final, agregando nuevas evidencias corroborantes de mis asertos anteriores. Al hacer esto, como Vds. verán, dejo establecida, con la necesaria justeza, la serie completa de las cuestiones en debate.

1º Ha dicho el señor Caddeo que mi tesis de que el libro atribuido a Fernando Colón contiene una refutación a Oviedo y que ésta sólo resulta explicable en Las Casas, es absurda porque el célebre fraile aceptó la leyenda del piloto desconocido y, en consecuencia, una prioridad perjudicial para Colón. Y bien: he demostrado en *Nosotros*, Nº 265, págs. 146 a 148, transcribiendo el texto respectivo de la *Historia de las Indias*, que Las Casas no ha admitido semejante prioridad. Ha recogido sí, la leyenda del piloto, pero para aseverar que, aun siendo referencia a un hecho real, nada tiene que hacer con el proyecto del Almirante, que lo planeó y lo ejecutó siguiendo otra fuente hipocrenética. Como la prosa de Las Casas es enrevesada y Caddeo no domina el castellano del siglo XVI, su tropezón se justifica. Ello no quita, empero, que el ataque a mi tesis quede frustrado, según es visible. Agregaré, sin embargo, que como en su última nota, con el propósito de ultimarme, recurre al testimonio de Vignaud y dice que el juicio de este americanista lo acompaña, el señor Caddeo ha empeorado su situación. Porque si se le puede perdonar el poco dominio en el castellano de Las Casas, no es posible hacer lo propio con el francés de la *Histoire critique*. Y lo digo porque el señor Vignaud en dicha obra (tomo II págs. 222 y siguientes) sólo afirma que Las Casas recogió la versión legendaria y hasta le puso reparos. El celebrado americanista, como lo advierte cualquiera, sólo quiso documentar, con el testimonio de Las Casas, que la leyenda del piloto era tan antigua, por lo menos, como el mismo hallazgo colombino. Pero de ahí a lo que afirma Caddeo hay bastante distancia.

2º Ha escrito también mi verboso contradictor, que estoy equivocado en cuanto al juicio que Oviedo tenía de Colón, pues le cantó las loas que cita. Y en esto, como en todo, el señor Caddeo anda por las afueras del asunto. Yo sólo he dicho —NOSOTROS, N.º 251, págs. 64 y 65— que Oviedo asentó una prioridad que no era la de Colón, aunque sin negar a éste altísimos méritos. Pero el señor Caddeo le huye al asunto central y se cuelga en una de las ramas. Y así no hay polémica seria posible. Como se recordará, para probar la verdad de mi afirmación, le he transcrito hasta el texto de Oviedo. A ello ha respondido Caddeo con el más sepulcral silencio.

3º Para mover los agentes a favor suyo, el señor Caddeo ha escrito que yo no polemizo científicamente, sino que le insulto. Basta, sin embargo, seguir paso a paso la polémica para comprobar que el editor de dicterios es él, y que yo me he reducido a pitorrearle. A menos, está claro, que a su juicio señalar tropezones y evidenciar plagios sea, realmente, una forma de injuria. Si tal cosa fuera, yo me confieso pecador.

Y elegida así la posición que me corresponde en la realidad, paso a injuriar al señor Caddeo con algunas evidencias que robustecen mis afirmaciones anteriores. Son éstas:

a) He dicho antes que carece de una sólida erudición colombina, y que, por ello, echa mano, sin reparos, de las muletas que le presta Humboldt. Con anterioridad ofrecí la prueba. Ahora agregó una nueva. Cotéjense, sino, las aclaraciones al texto de *Le Historic*, tomo I, págs. 48 y 49, con las notas eruditas que trae Humboldt en el tomo I, cap. III, de su *Histoire de la géographie*, y se sabrá cómo el señor Caddeo sabe aprovechar al sabio alemán.

b) En publicaciones antecedentes he afirmado, también, que mi apurado contradictor no pisa fuerte en asuntos bibliográficos, y que ha llegado hasta crear a un escritor desconocido, bautizándolo, en el trance, nada menos que con el título de una obra. *Juvenio Fortunato*, lo llamó. Y sólo se trataba del libro: *Inventio Fortunatae*, de autor innominado. Ahora bien. No es esa su única creación. Ha descubierto otros autores. Diríase que se trata de una verdadera especialidad exclusiva. He aquí el nuevo hallazgo: En la pág. 54 del tomo I de *Le Historic*, que el señor Caddeo ha recitado, el texto de 1571 menciona a un curioso autor: *Giulio Capitolino* y nombra una obra suya: *De locis habitabilibus*. Mi ilustre aristarco se adelanta a ilustrarnos, y pone al pie del texto en cuestión una nota —es la 9— que dice así:

L'opera qui citata non è pervenuta fino a noi.

Y se queda tan tranquilo, sin advertir el resbalón que acaba de dar! Porque no existió jamás ningún escritor Julio Capitolino que se ocupara de la vecindad entre España y la India. El que abordó el tema, fué Cayo Julio Solino, al cual alude, al tratar cabalmente de este asunto, Pio II en su *Historia rerum* etc., y es el mismo nombrado en los márgenes del ejemplar de dicha obra que existe en la Biblioteca Colombina. En la acotación a que me refiero, en efecto, (nota 6), se lee: *Julius docet quod omne mare quod ab india usque in hispaniam, per dorsum africe sit navigatum*. El señor Caddeo ignora todo esto, y desconoce hasta que el libro de Cayo Julio Solino *é pervenuto fino a noi*, que se titula *Polyhistor*, y que el tratado: "de locis habitabilibus" es un simple capítulo de la obra (1). Agregaré, al pasar, que el único Julio

(1) El texto impreso de Solino apareció, por primera vez, en 1473 y hasta 1500 fué reproducido repetidamente, llegando a alcanzar once ediciones. El título de *Polyhistor* o *Polyhistoria* no se conservó siempre. Vacias veces cambió el primitivo por otros como el de *Rerum memorabilium* o *De situ orbis* (Conf. Graesse: *Trésor de livres rares*, etc., edic. 1922, tomo VI, págs. 430 y sigtes.).

Capitolino que todos conocemos, es uno de los editores de la *Historia augusta*, escrita en los días de Diocleciano y de Constantino, pero que no se ocupó en nada que tenga relación con el tema cosmográfico que desvelaba a Colón. No quiero creer que el señor Caddeo lo haya confundido con el cosmógrafo que tanto usara el P. Las Casas.

c) Refiriéndome a las denuncias de improvisación en los problemas colombinos que se advierten en lo que escribe el señor Caddeo, he afirmado antes de ahora que ellas son muchas. A las que ya tengo señaladas, agregaré en esta oportunidad una reciente. Figura en la página 37 del número de diciembre de *Le opere e i giorni* y consiste en propalar una loa al *cazalleresco e leale carattere del P. Las Casas*. Tanto entusiasmo delata a gritos que el señor Caddeo desconoce las terribles comprobaciones que ha realizado Serrano y Sanz, las desconcertantes notas de Nuix, y las fundadas acotaciones críticas del P. Cuevas en su *Historia de la Iglesia en México*, donde el obispo de Chiapa queda bastante mal parado.

Y basta ya. Ahora si que digo yo la última palabra. Para que ésta no lo sea, con respecto al señor Caddeo, reputo necesario que mi contradictor entre en lo hondo de mi tesis y destruya las pruebas que tengo dadas de que el P. Las Casas es un falsario histórico, que ha adulterado la auténtica biografía de Cristóbal Colón. Sólo así la crítica suya merecerá el nombre de seria. De lo contrario, no: rotundamente no.

Saludo a Vds. con todo el afecto de nuestra vieja amistad.

RÓMULO D. CARBIA.

Enero, 1932.

SOBRE EL SUBSIDIO A LOS DESOCUPADOS Y EL ADUCIDO EJEMPLO DE ITALIA

EL señor Carlos Boselli, residente en Milán, ha creído conveniente oponer una objeción a mi ensayo *El destructor subsidio a los desocupados*, bien que asintiendo en la tesis general del artículo. Se queja en su carta, transcrita el número precedente de *Nosotros*, de que yo hable al respecto de Gran Bretaña, Alemania, Francia y otros países, "sin mencionar a Italia, como si no existiera".

Lo cierto es que al estudiar el subsidio de desocupación me he concretado exclusivamente a Gran Bretaña, donde el sistema obtuvo prioridad y extensión, dando por hecho que sus caracteres y resultados son y serán análogos en los demás países donde se implante, por la consabida razón de que a iguales causas iguales efectos, sea ello en Alemania, Francia u "otros países" entre los cuales, si mi amable corresponsal lo tiene a bien, estaría incluido el de Italia, en caso de que allí, lo que no aparece, el subsidio hubiera sido implantado en modo análogo.

El me informa (lo que ya sabíamos todos, porque los hay constantemente en todo país civilizado) de que también en Italia hay desvalida gente sin ocupación y que allí se ha establecido un remedio que juzga muy original. "Italia —dice— es el primer país que ha dado el ejemplo de la necesidad de resolver el problema actual de la desocupación, iniciando vastos planes de obras públicas y bonificaciones". Y parece entender que señala aspectos inéditos al añadir que "naturalmente, esas obras públicas gravan el erario estatal del mismo modo que el subsidio a los sin trabajo, pero benefician al país y eliminan la inmoralidad del *oficio de desocupado*, pues el capital empleado en las obras públicas acaba amortizándose y produciendo suficientemente".

A esto le contesto que el arbitrio de ejecutar obras públicas para remediar la desocupación es tan viejo como el andar a pie, y completamente estéril y hasta contraproducente, a menos de ser aplicado a contra-tiempos muy ocasionales y esporádicos, como ser una inundación, terremoto, u otra local calamidad. En estos casos es sencillamente una forma de caridad, más o menos onerosa y tal vez reproductiva, ejercida a expensas de la totalidad del pueblo para alivio de unos pocos.

Pero cuando el arbitrio quiere aplicarse a una desocupación más bien general y crónica, el propósito resulta necesariamente frustrado, porque una de dos: o las obras son económicamente viables, esto es, efectivamente reproductivas, o no lo son. El segundo caso no hay para qué considerarlo, ya que significa evidentemente cargar sobre el conjunto del pueblo una calamidad más.

En cuanto al primero, por el que mi interlocutor aboga, debo advertirle que el haber un excedente general de gente desocupada se funda siempre, esencialmente, en la privación de acceso a la tierra por el trabajador elemental; pues no hay duda que si lo tuviese, ningún caso de involuntaria desocupación se presentaría. Cualquier tribulación pudo acontecer a Robinson menos la de hallarse sin trabajo. Teniendo manos y tierra a su alcance, le bastaba con las ganas de trabajar.

Las obras públicas económicamente viables causan necesariamente una elevación de la rentabilidad de las tierras afectadas por ellas, con lo cual se convierten en menos accesibles para el trabajador. De manera que aparte del momentáneo jornal que las obras puedan procurar a los desocupados, el problema de fondo resulta al poco tiempo empeorado por los mismas.

Por otra parte, tiene un límite la posibilidad de recaudar dinero para invertirlo en obras públicas y en fortificar por consecuencia el poder absorbente de los terratenientes. Ese sistema para dar trabajo a cuenta del erario se convierte de tal modo en un tonel sin fondo, que al poco tiempo es preciso desistir del intento de llenarlo. La capacidad adquisitiva de la colectividad así crecientemente empobrecida por los gravámenes, pronto se revela incapaz de responder al trueque con la mayor producción permitida por las obras forzosamente realizadas, y no es posible continuar arbitrando recursos para continuar moviendo artificialmente el artilugio. Primo de Rivera emprendió, a fuerza de gastar lo que el tesoro público tenía y no tenía, numerosas obras públicas que ocuparon mucha gente a cargo de tributos presentes y futuros, pero el agotamiento de las arcas y las cuentas de los intereses y amortización de los empréstitos contraídos llegaron con más celeridad que los beneficios de las obras realizadas o emprendidas. Ello fué factor muy influyente en precipitar la caída de la dictadura española... y ojalá suceda lo mismo a la de Italia, como seguramente le sucederá si avanza mucho en esa peligrosa dirección."

Lo que ciertamente resulta la cataplasma de las obras públicas (debido a la general ignorancia de serios principios económicos), es un tradicional y siempre infalible recurso demagógico de malos y desaprensivos gobernantes, dado que sus efectos inmediatos son muy aparentes y sugestivos, aun cuando transitorios, pero que, de todos modos, como alguien ha dicho sobre un plan semejante del presidente Hoover, "durarán en todo caso hasta la próxima elección.

Nunca los Estados Unidos —sea el ejemplo— han tenido acumuladas en su suelo tantas obras públicas "reproductivas" como al presente, ni nunca han tenido tanta gente desocupada y menesterosa. No quiero decir que carezcan de razón de ser las obras públicas, sino que ellas no cuen-

tan como remedio consistente, por si mismas, para la desocupación y la miseria.

Ni apele mi contradictor a motivos de sobrepoblación, porque Australia y la Argentina, casi despobladas, están en el mismo caso. No existe otra causa que la incompetencia de los gobernantes... y de la oposición...

En cuanto a los resultados generales y positivos que por ese y los demás conceptos haya alcanzado la política económica del fascismo, me bastaría recordar —según el testimonio insospechable de una viajera argentina filofascista— que en el sud y centro de Italia ya se ha generalizado entre las clases media y obrera la costumbre de hacer una sola comida diaria; pero, como más cercano y estrechamente pertinente, copio el siguiente telegrama aparecido en *La Prensa* de esta ciudad el mismo día de llegar a mis manos el número de NOSOTROS conteniendo las amables observaciones a que respondo:

"Menton, febrero 6 (Havas). — De conformidad con informaciones recibidas en ésta parece que, a pesar de la solidez de su organización actual, Italia ya no puede evitar completamente los disturbios sociales producidos en otros países a consecuencia de la grave crisis económica reinante.

"En Maddaloni, pequeña localidad cercana a Nápoles, que cuenta con unos 20.000 habitantes, los desocupados reunidos ante la municipalidad, en espera del pago de los socorros a los desocupados, intentaron apoderarse de un carro cargado de pan, siendo detenidos un gran número de ellos.

"En Liceto, provincia de Foggia, numerosas mujeres recorrieron las calles de la localidad gritando desafortadamente. Los carabinieri y la milicia fascista intervinieron enérgicamente dispersando a los manifestantes, de las cuales fueron detenidas varias. A consecuencia de la refriega resultaron varias mujeres heridas.

"En Benevento las autoridades municipales fueron violentamente maltratadas durante una manifestación de trabajadores agrícolas. El orden fué restablecido poco después".

Y todavía puedo aducir dos telegramas de último momento:

"Roma, febrero 19 (United). — Dice un informe oficial que durante el mes de enero último el déficit del Tesoro aumentó en 201.000.000 de liras, de modo que en la actualidad asciende a un total de 1.870 millones de liras.

Comparado con el promedio mensual, el aumento del déficit es de 278.000.000 para el primer semestre del año fiscal.

Según los mismos informes, durante el mismo mes de enero la deuda interna aumentó en 488 millones de liras, alcanzando a un total de 91.906 millones.

Roma, febrero 19 (Especial). — La industria italiana, por una serie de factores que no es del caso enumerar, no ha tenido nunca tantas dificultades como ahora. Mientras de parte del mercado interno disminuye la capacidad adquisitiva, ha disminuido, y en forma visibilísima, la exportación, quedando ésta limitada a unos cuantos productos, como los hilados y tejidos de cáñamo, y algunos otros, por el hecho de que se cuenta en Italia con la materia prima indispensable para su elaboración.

Problema vitalísimo, por consiguiente, el del porvenir de las industrias, completamente ligado al problema obrero, que agravóse en los últimos tiempos con una fuerte e impresionante desocupación.

Nadie será capaz de descubrir en estas noticias signos de prosperidad, ni de que haya alcanzado en Italia el problema de la desocupación remedio tan adecuado como lo ha creído el optimismo de mi parcial contradictor.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

El *Colegio Libre de Estudios Superiores* ha formulado ya la 1ª nómina de los cursos especiales que se darán este año en su local de la calle Belgrano 1732. Es ésta:

- ASTRONOMÍA.**—*Numa Tapia*: Capítulos escogidos sobre el sol.
- BIOLOGÍA Y BIO-QUÍMICA.**—*Cosme Lazzaro*: Matemática aplicada a las ciencias biológicas.—*Alfredo Sordelli*: Antígenos complejos.—*Raúl Wernicke*: Vida y radiaciones.
- ECONOMÍA Y FINANZAS.**—*Raúl Prebisch*: Los ciclos económicos en la Argentina.—*Nicolás Repetto*: Problemas agrarios argentinos.—*Jorge Robirosa*: Algunos conceptos determinantes de la organización económica y financiera de los E. U. de N. A.—*Alejandro E. Shaw*: Normas impositivas para la República Argentina.
- FILOLOGÍA.**—*Amado Alonso*: Clases de palabras y categorías gramaticales.
- FILOSOFÍA.**—*Butty Enrique*: El tiempo de Einstein y el tiempo de Bergson.—*Luis J. Guerrero*: Formación de la estética moderna.—*Francisco Romero*: El problema de los valores en la filosofía contemporánea.—*Ángel Vasallo*: Nuevos prolegómenos a la metafísica.
- FÍSICA, QUÍMICA Y FÍSICO-QUÍMICA.**—*Enrique Gaviola*: La naturaleza de la luz.—*E. Loedel Palumbo*: El núcleo atómico (Isotopia y radioactividad).—*Juan Sabato*: Algunos problemas de radiotécnica.—*Enrique V. Zappi*: Ensayo sobre la evolución de las doctrinas de la Química Orgánica.
- GEOGRAFÍA MATEMÁTICA.**—*Félix Aguilar*: La determinación de la intensidad de la gravedad y la forma de la tierra en nuestro país.
- HISTORIA E HISTORIA DEL ARTE.**—*Héctor Greslebin*: El tejido sud-americano prehispánico.—*Carlos Heras*: El problema político después de Caseros.—*Guillermo Korn*: El Greco.—*Augusto Rodríguez Larreta*: Juan Bautista Alberdi.
- LITERATURA.**—*Rafael A. Arrieta*: Peer Gynt, de Enrique Ibsen.—*Roberto F. Giusti*: La influencia de Erasmo en la vida y el pensamiento españoles.—*Julio Noé*: La poesía argentina moderna.—*Luis Reissig*: Otros aspectos de la obra de Anatole France.
- MATEMÁTICAS.**—*Juan Blaquier*: Aritmética Trasfinita.—*Julio Key Pastor*: Las crisis de la matemática.—*Juan C. Vignaux*: Fundamentos de las teorías matemáticas modernas.
- PEDAGOGÍA.**—*Juan Mantovani*: Individuo y comunidad en la educación.
- PSICOLOGÍA.**—*Anibal Ponce*: Diario íntimo de una adolescente.
- SOCIOLOGÍA.**—*Gregorio Bermann*: Higiene racial y la formación de las "élites".—*Eusebio Gómez*: Delincuencia política.—*Raúl Orgaz*: Tres problemas de introducción a la Sociología: La realidad de lo social. La causa y la ley. Las relaciones.

Bien se ve, por la autoridad intelectual de los profesores y estudiosos que dictarían dichos cursos, cuya duración varía, según los casos, de cuatro a doce lecciones, cuánta es la contribución a nuestra cultura, de esta institución enteramente nueva en el país, por su carácter y sus proyecciones. Surgida en 1930, por obra de algunos hombres idealistas, animados, hay que reconocerlo, por la fe y la tenacidad del escritor Luis Reissig, secretario del Colegio, ya se ha prestigiado de tal suerte, sin solicitar amparo ninguno oficial, viviendo de sus propios recursos, queremos decir de algunas generosas contribuciones particulares, aunque obligadamente modestas, y de las cuotas de sus alumnos, que su vida está definitivamente asegurada. Nunca se vió en el país un concurso igual de voluntades de profesores capaces, dispuestos a enseñar desinteresadamente —y no en cursillos de divulgación popular— como aquellos con que cuenta el *Colegio*; nunca pudo creerse que los estudiosos interesados por materias tan especiales como las que allí se enseñan, pudiesen sumar en nuestra ciudad tantos centenares, hasta alcanzar el año pasado, la cifra de las inscripciones, a un millar. ¡Qué no se podría hacer con tales fermentos, de poder contarse con la

colaboración de los hombres adinerados, como ocurre en otras naciones, sordos en cambio aquí a toda solicitud de los altos intereses del espíritu!

Este año la cuota de inscripción por cada curso completo, será de tres pesos.



El Centro de Estudios Históricos, que funciona en Madrid, bajo la jurisdicción del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, anuncia su vigésimoprimer curso de vacaciones para extranjeros, que se desarrollará entre el próximo 11 de julio y el 16 de agosto.

El curso general comprenderá: 1. A. *Reseña histórica de la lengua española*; 10 conferencias por Rafael Lapesa. B. *Fonética Española*, aplicada especialmente a la enseñanza práctica de la pronunciación: 10 conferencias por T. Navarro Tomás. C. *Resumen histórico de la literatura española*; 10 conferencias por Pedro Salinas.—2. *Clases prácticas de conversación, pronunciación y comentario de textos, y ejercicios de composición, traducción, etc.*, por grupos de 10 alumnos: 40 lecciones por varios profesores.—3. *Resumen de historia de la civilización española*, la pintura, la escultura y la arquitectura; geografía e historia, por los profesores Tormo, Gómez Moreno, Dantín y Barnés.

Los cursos especiales serán: 1. *1.ª España de hoy*: 10 lecciones, por Pedro Aguado.—2. *Literatura española contemporánea*: 10 lecciones, por Pedro Salinas.—3. *La vida y las costumbres populares españolas, con referencia a la historia y al lenguaje usual*: 10 lecciones (con proyecciones), por Rafael Martínez.—4. *Análisis práctico de la entonación española*: 10 lecciones por T. Navarro Tomás.—5. *La música española; canciones y aires de danzas regionales con ejemplos musicales*: 10 lecciones por Rafael Benedito.—6. *Español comercial, con prácticas de correspondencia y redacción de documentos*: 20 lecciones por Federico Orta.

Habrán además un curso elemental de gramática y composición y se realizarán excursiones y visitas artísticas. Los derechos de matrícula son: Curso general (indivisible), 175 ptas.; cursos especiales (matrícula voluntaria), cada uno, 35 ptas. En la Residencia de Estudiantes, Pinar, 21, donde se darán todas las clases y conferencias del Curso, el precio del hospedaje, habitación y comida, varía de 11 a 17 ptas. diarias. En la Residencia de señoritas, 10 ptas. diarias.

La Universidad Italiana para extranjeros creada en Perugia por ley de 1925, anuncia para el presente año —de 20 de julio a 15 de agosto—, los siguientes cursos de alta cultura: "*Lectura Dantis*": *Paradiso*, por el profesor Pietrobono; *Il Quattrocento*, en la historia, en la literatura, en las artes, en la política y en el pensamiento científico: distintos cursos especializados, a cargo de los profesores Arcari, Bertini Calosso, Bodrero, Caggese, Castiglioni, Fedele, Festa, Gentile, Mariotti, R. Papini, Solmi y Supino, todos conocidos como eminentes investigadores, directores de institutos de alta cultura y profesores universitarios; *L'Italia moderna e contemporanea*, que se iniciará por un curso del vicepresidente de la Cámara de Diputados, sobre *Diez años de fascismo*, y se seguirá con otros cursos sobre arte, música y política; *Lecturas*, desde el Doscientos hasta D'Annunzio, por la poetisa Ofelia Mazzoni; y por fin un Curso de celebración del Bicentenario de Washington, relativo todo él a la historia, cultura, política y economía de Estados Unidos, a cargo del Ministro de Relaciones Exteriores Grandi, del embajador de Estados Unidos, y de los escritores y hombres públicos, senadores y ministros, Formichi, Giannini, Rava, Schanzer y Volpi.

Además, un *Curso de Etruscología* que se desarrollará durante los años de 1932 y 1933 —de 14 de julio a 10 de setiembre—, que versará sobre la Civilización y Lengua Etruscas (prof. Nogara), la Literatura (prof. Buonamici) y el Arte (prof. Neppi Modona).

Por último, numerosos cursos, que se desenvolverán de julio a setiembre, sobre la lengua, la literatura, la historia civil y la historia del arte italianos, todos ellos a cargo de reputados docentes. Los derechos de inscripción varían, según los cursos y su duración. Los inscriptos, a quienes no se exige títulos ni diplomas, aunque sí para presentarse a examen, si lo desean, gozarán gratuitamente de numerosos beneficios como ser, la participación en excursiones de estudio y de recreo, la entrada libre en Museos y Bibliotecas, el disfrute de espectáculos, juegos, baños, etc. Todas las necesarias informaciones pueden requerirse en la Argentina del Sr. Armando Marotta presidente del I. A. de Cultura Itálica, Rivadavia 1745 (Buenos Aires) o del Sr. Julio Lencioni, Corrientes 155 (Rosario).

THE Pan American Society (capítulo de San Francisco), ofrece dos premios: 1º de \$ 40 (dólares) y 2º de \$ 20, por un ensayo sobre el tema: *Hacia la amistad entre las Américas*.

Deberá ser alumno de alguna universidad hispano-americana el que tome parte en el concurso

El plazo de admisión termina en enero 1º de 1933.

La Sociedad se reserva el derecho de publicar cualquier ensayo, premiado o no premiado.

Juzgará los ensayos un Jurado integrado por hispano-americanos y profesores norteamericanos, cuyo fallo será publicado el Día Pan Americano, 14 de abril de 1933.

Los originales —que deberán estar escritos solamente sobre un lado del papel— serán dirigidos a *The Pan American Society*, 112 Pine Street, San Francisco, California.



LA grave crisis económica y financiera que ha atravesado el país en los últimos meses de 1931 y en los primeros del corriente, con una paralización tal de los pagos en todos los órdenes, empezando por los sueldos administrativos, que se ha parecido a una moratoria de hecho, señaló a los editores de NOSOTROS, después de la aparición del número de febrero, la conveniencia de mantenerse prudentemente a la expectativa, suspendiendo momentáneamente la aparición de la revista, hasta conocer qué suerte reservarían los días venideros a estas empresas espirituales, en momentos en que la voz imperiosa es para todos: vivir, nada más que vivir, materialmente. La suspensión, afortunadamente, ha sido muy breve, apenas de dos meses: marzo y abril. La dirección, sorteada las posibles dificultades que se ofrecían en el horizonte, y considerando que la reciente aprobación por el Congreso de presupuestos más saneados y el lanzamiento del Empréstito Patrió-

tico, reactivan las actividades económicas y financieras casi paralizadas, ha resuelto reanudar la aparición de la revista, como de costumbre, sin modificar ni su presentación, ni el número de sus páginas, ni su periodicidad, ni el precio, cosas a que se han visto forzadas algunas publicaciones semejantes extranjeras. Sólo pide disculpa a sus suscritores si se ve obligada a comprender en un solo número los correspondientes a marzo y abril, a fin de restablecer de inmediato la periodicidad acostumbrada. Al solicitarles y agradecerles su indulgencia a este respecto, les recuerda que en este año NOSOTROS cumplirá sus bodas de plata —veinticinco años de existencia, que han sido, para sus directores y eficaces colaboradores, de larga labor sin recompensa material, y también de sacrificios—, y que es un deber de todos cuantos crean que la Argentina se honra con la publicación de revistas como ésta, de cultura desinteresada, conocida ya y respetada en todo el mundo. contribuir a su sostenimiento y progreso.

El número de mayo, como es de práctica, aparecerá en los primeros días de junio.

LA DIRECCIÓN.

N O S O T R O S

A ñ o XXVI — T o m o LXXIV

Í N D I C E

		<u>Página</u>
A		
Abregú Virreira Carlos	Los amores del sol (poesía)	202
Alvarez Héctor	María Cristina se ha ido (poesía)	203
Arciniegas Germán	El capitalismo en la conquista de América	54
B		
Barreda Ernesto Mario	Cartones de viaje: Roma.	148
Benavento Gaspar L.	Muchacha desnuda (poema)	296
Berges Consuelo	Ana María Benito	301
Bonesatti Tobías	El libro sonoro	194
Brenes Mesén Roberto	El fragmento de Roncesvalles ...	39
Bunge Augusto	El sentido fáustico	225
Burghi Juan	La cigarra (versos)	126
C		
Contreras Francisco	Retratos	5
Cortina Augusto	Los premios municipales de poesía	306
D		
Dessein Merlo Justo G.	Juvenil inquietud	200
Domínguez María Alicia	Nuestra civilización	201
F		
Fariña Núñez Porfirio	Eloy Fariña Núñez	179
Fatone Vicente	El misticismo sufi	46
Fernández Moreno	Ana María Benito (poesía)	17

		<u>Página</u>
G		
Guillot Víctor Juan	American Dreams and Chimerical Corporation (pieza en un cuadro)	18
" " " "	Un inmoralista activo (pieza paradójal pero razonable)	251
I		
Imbelloni Juan	Sobre hierografía hindú	316
LL		
Llorens Gracia B. de	Lírica catalana (traducciones) ...	170
M		
Mallea Enrique	"El gaucho de los Cerrillos"	72
Mandolini Hernani	La inquietud contemporánea	283
Marasso Arturo	La oscuridad poética en Fernando de Herrera	128
Marquedy Héctor	Versos del vano soñar (poesía) .	201
Montesano Delchi Arturo	Pedro Gori (con retrato)	113
S		
Soto y Calvo Edelina	Al Espíritu (versos)	62
T		
Talamón Gastón O.	Héctor Ruiz Díaz	83
V		
Valle Manuel Antonio	Hombres de América: Joaquín García Monge (con retrato)	173
Venegas José	La Iglesia en España	64
" " " "	Política Española: La ausencia de la Burguesía	187
" " " "	La Revolución Española y los intelectuales	268
Ventura Tona	Poesías	79
Villalobos Domínguez C. ...	Inoportunidad del librecambio ...	156
W		
Wilkes Josué T.	Música colonial	134

CRONICA

Mil novecientos treinta y dos bajo un doble signo (*F. R.*), 88. Mensaje de los intelectuales argentinos al Presidente de la República Española, 88. Un conflicto en el P.E.N. Club (*José María Monner Sans*), 89. La literatura hispanoamericana en los Estados Unidos, 106. En honor de las letras españolas e hispano-americanas, 109. Los premios municipales de literatura, 110. Segundo concurso literario de "La Peña", 110. Sobre el subsidio a los desocupados y el ejemplo de Italia (*Carlos Boselli*), 112. José Gálvez, 112. Sociedad de Artistas Argentinos Plásticos, 112.

La vuelta a la normalidad consitucional, 205. Conmemoración del centenario de Goethe, 223. *Giornale d'Italia*, 223. Guillermo de Torre, 224. Francisco Amighetti, 224.

Los problemas colombinos y la crítica seria (*Rómulo D. Carbia*), 339. Sobre el subsidio a los desocupados y el aducido ejemplo de Italia (*C. Villalobos Domínguez*), 342. Colegio Libre de Estudios Superiores, 344. Curso de vacaciones para extranjeros (Madrid), 346. Universidad Italiana para extranjeros de Perugia, 346. *Concurso de The American Society*, 347.

ARTÍCULOS BIBLIOGRÁFICOS

Artemio Moreno: *En torno a Maupassant* (Enrique Mallea), 92. Sigrífrido A. Radaelli: *Capítulos de Historia Argentina* (Rómulo D. Carbia), 94. Carlos A. Sánchez de Bustamante: *Algunas bases biológicas para la psicología política argentina* (C. V. D.), 94. René C. Oppitz: *Optimisme clairvoyant* (C. Villalobos Domínguez), 96. Enrique Díez Canedo: *Los dioses en el Prado* (Enrique de Gandía), 96.

José Rossi: *La senda alucinante* (Arturo Montesano Delchi), 205. Maruja Vidal Fernández: *Látigos invisibles* (Marta Serantes), 206. Elías Castelnuovo: *Larvas* (A. R. F.), 208. Chita de Leonard: *Velocidad* (A. R. F.), 208. Alcides Greca: *Cuentos de comité* (A. R. F.), 209. Felisa de Ourubia: *Pasa una mujer* (A. R. F.), 209. Amadeo Rodolfo Sirolli: *Pacha Mama* (A. R. F.), 210. Concha Espina: *La Virgen Prudente. Llama de cera* (María Alicia Domínguez), 211. Fritz Streicher: *Un nuevo alegato italiano sobre la patria de Colón* (Rómulo D. Carbia), 213. Willy Moog: *Geschichte der Philosophie in Längsschnitten*. Hermann Schwarz: *Deutsche Systematische Philosophie nach ihren Gestalten*. (F. R.), 214.

Jerónimo del Rey: *Camperas* (Juan B. González), 322. González Carbalho: *Historia de niños* (Antonio Rubén Ferrari), 323. Francisco Manuel Riva: *Tierra adentro* (Antonio Ribén Ferrari), 325. Tomás Borrás: *Novelas* (María Alicia Domínguez), 326. Concha Espina: *Singladuras* (María Alicia Domínguez), 327. José María Luelmo: *Sencilla canción*

(Lisardo Alonso), 330. Leo Goti: *Al servicio de la república española* (C. V. D.), 331. José Imbelloni: *Die Arten der künstlichen Schadeldeformation* (Enrique de Gandia), 332.

NOTAS Y NOTICIAS SOBRE LIBROS

M. Bataillon: <i>Le Roman picaresque</i> . Américo Castro: <i>Cervantes</i> . Jean Cassou: <i>Greco</i> . José María de Cossío: <i>Los toros en la poesía castellana</i> . E. Barriobero y Herrán: <i>El libro de la fiesta española</i> . John Dwinkwater: <i>Cromwell</i> . Lissagaray: <i>Historia de la Commune de París</i> . André Siegfried: <i>Estados Unidos de hoy</i> . Julio Noé: <i>Antología de la Poesía Argentina Moderna</i>	98
Libros y folletos recibidos en enero y febrero	215
Libros y folletos recibidos en marzo y abril	335

REVISTAS

<i>Scientia</i> . <i>La Crítica</i> . <i>Investigación y Progreso</i> . <i>Megáfono</i>	107
---	-----

LOS ESCRITORES ARGENTINOS JUZGADOS EN EL EXTRANJERO

La Raza sufrida (<i>Francis de Miomandre</i>), Un humorista argentino: E. Méndez Calzada (<i>Mario Puccini</i>)	101
Sobre la crítica (<i>R. Meza Fuentes</i>), 219. Un juicio extranjero sobre NOSOTROS (Antonio Montalvo),	221